



IMPEDIMENTA

PENELOPE MORTIMER

Papá se ha ido de caza

Traducción de Alicia Frieyro





IMPEDIMENTA

PENELOPE MORTIMER

Papá se ha ido de caza

Traducción de Alicia Frieyro



Papá se ha ido de caza



Penelope Mortimer

*Traducción del inglés a cargo de
Alicia Frieyro*



IMPEDIMENTA

CAPÍTULO 1

Ruth Whiting se apeó del tren en cuanto este se detuvo. Había recogido todos sus paquetes, las bolsas ornamentadas y los discretos embalajes de Knightsbridge cuando el tren pasaba por delante del cementerio. Se había apostado junto a la puerta, el billete remetido en el guante, los paquetes dispuestos sobre el asiento, con los lazos y las asas bien derechos para no perder ni un instante. Ramsbridge era la última estación. Aun si se hubiese quedado encerrada en el compartimento, no habría corrido peligro. De haber tenido prisa, quizá su aspecto habría delatado cierta ansiedad, una figura cargada con una montaña de bultos, preparándose para saltar al andén con torpeza. No tenía prisa. Sencillamente se encontraba allí, en el polvoriento y solitario compartimento, escenario fugaz de escoriales, ladrillos negros, anuncios de Té Mazawattee y de Virol, tratando de poner las cosas en orden.

Este trayecto en particular, después de enviar a los niños de vuelta al colegio, le resultaba siempre insoportable. De camino a Londres, el compartimento iba completo, ocupado por los dos muchachos que lo llenaban todo con sus piernas y sus pies, las rodillas encostradas tras las vacaciones y los zapatones nuevos; con sus cuerpos, por encima de aquellas largas, huesudas extremidades tan curiosamente ataviadas, canijos y hundidos, vestidos con *blazers* que les venían o muy pequeños o demasiado grandes; las manos abandonadas sobre el regazo, sin propósito, sin energía para desenvolver un *toffee* o pasar las páginas de los afamados cómics que ella les había comprado. La conversación era nerviosa, desganada, y resultaba, para los tres, una carga. Todo se orientaba al momento de la despedida, al momento en que el otro tren, más grande, más potente, más cruel que este,

partiría adentrándose en la neblinosa luz solar que reinaba más allá de la estación de Waterloo, con los dos bracitos de insecto diciendo adiós hasta que, de un brusco tirón, desaparecían en el interior.

Ruth levantaba la mano hasta que el tren desaparecía de la vista, no diciendo adiós, sino haciéndoles un tímido y extraño gesto de bendición. Cuando regresaba, volvía a un mundo exento de disciplina o propósito. Esa era la razón de que hiciese tantas compras. En el trayecto de regreso, los paquetes abarrotaban el silencioso compartimento, el vagón vacío; habría que desenvolverlos y colocarlos en su sitio, darles uso en los días posteriores; eran su garantía para el futuro.

Iba a la cabeza en el andén, con el golpeteo de sus tacones seguido por el cansino arrastrar de pies de un puñado de viajeros cotidianos, cuatro o cinco hombres de negocios envejecidos prematuramente que habían decidido, por razones de economía o de salud o de cobardía, que era razonable viajar un centenar de millas todos los días. Cruzó la barrera —estirando la muñeca con un gesto encantador, casi coqueto, para que tomaran el billete del interior del guante, murmurando que sí, que habían partido sin contratiempos, que sí, que iba a resultar raro no tenerlos en casa— antes de que la desgarrada fila de sombreros mustios de fieltro y antiguos impermeables del ejército hubiese sobrepasado, en su lento arrastrarse, la siseante locomotora. Ella se había acomodado en el coche y se había puesto en marcha antes de que ellos saliesen de la estación con los ojos entornados contra el sol tenue y tan poco familiar, las caras pálidas buscando ansiosas y escrutadoras a esa esposa que quizá, con un poco de suerte, había venido a recibirlos.

Ruth esperó a haber dejado atrás la calle principal para retrepase un poco en el asiento, relajar la presión de las manos sobre el volante, suspirar. Era otoño. El largo, doloroso, frustrante verano había llegado a su fin: el verano de calcetines mojados, de playeras fosilizadas por la sal y la arena; el verano de botas de agua y de Monopoly, de bicicletas olvidadas bajo la lluvia y del constante y punzante olor a chicle; el verano de la insuficiencia. Había comenzado con la recolección de fresas, arrancadas como si fueran joyas de debajo de las hojas mojadas y del manto protector de paja; había terminado con amargas discusiones sobre quién debía desenvainar las habichuelas,

duras y marrones como el cuero viejo. Y ahora todo había llegado a su fin. Los niños, el verano se habían marchado.

La carretera ascendía vertiginosamente entre las hayas incendiadas de cobre y carmesí. El aire estaba cargado de humo e impregnaba el pecho con el amargo sabor a leña carbonizada.

¿Qué queda? ¿Qué queda para mañana?

Angela. Angela sigue ahí. ¿Por qué no piensas en Angela?

Incluso Rex se había marchado, a Dios gracias, de regreso al trabajo, a su piso en Londres, después de ese mes de angustia y aburrimiento al que él llamaba sus vacaciones. Estaban a mediados de semana, y él nunca conseguía hacer un hueco para ir a despedir a los niños, cosa que compensaba llamándolos por teléfono la noche anterior. Ella podía adivinar, por los ojos en blanco, las sonrisas forzadas, los gestos de trabajada expectación y el desplome final contra la pared como en una muerte fulminante, que estaba contando su chiste de la matrona, advirtiéndolos de que no comiesen demasiado, recordándoles que le había pedido a ella que les diese diez chelines a cada uno, y que no debían perderlos. A veces, después de esta llamada telefónica, el mayor, Julian, desaparecía y pasaba una atormentada media hora dando bastonazos al perifollo, deambulando entre las gallinas. Esto, todo ello, había llegado a su fin.

Sintió un escalofrío y se preguntó si a Angela se le habría ocurrido encender la chimenea. Por fin había conseguido concentrar sus pensamientos en Angela, que había estado sola todo el día, que estaba esperando a que ella regresara a casa. Trató de alegrarse de que Angela estuviera allí. Trató de sentirse agradecida. Con determinación, se concentró en la imagen de Angela prendiendo el fuego, en su larga melena precipitándose hacia delante mientras se arrodillaba ante la chimenea, en sus largos dedos cogiendo el carbón con delicadeza, pedazo a pedazo, y disponiéndolo, como quien dibuja un mosaico, sobre la pirámide de palos; en su cuerpo alto y delgado, con los vaqueros negros y el jersey oscuro, encogido, casi inapreciable, sobre la alfombra de delante del hogar. La imagen cobró vida. El peso de la soledad se esfumó. Pisó el acelerador. Todavía le quedaba cuidar de Angela, que estaba prendiendo el fuego justo a tiempo.

Al rato se puso a cantar, bajito, un poco desafinada. Cuando los muchachos cantaban en el coche, ella se quedaba callada. Cuando estaba sola, entonaba todas las canciones que había aprendido en la escuela: *Drink to Me Only*, *The Lass of Richmond Hill*, *Men of Harlech*. A veces cantaba himnos o, si el viaje era particularmente largo y solitario, el *Te Deum*, de principio a fin. A veces se dedicaba a contar hombres con perro, hombres con barba, caballos picazos, batiéndose a sí misma con puntuaciones astronómicas. Esa tarde, mientras cantaba para armarse de valor, apenas alcanzaba a oír el sonido de su propia voz por encima de las notas cada vez más agudas del coche.

En la cima de la colina, el paisaje se desplegaba en una llana meseta de aulagas y zarzas y helechos, atravesada por estrechas carreteras sin vallar. Allí arriba el aire estaba cargado de escarcha. No había oscurecido aún, pero encendió las luces de posición y aminoró la velocidad cuando, unas veinte yardas más adelante, una motocicleta accedió a la carretera, aceleró y emitió un rugido salvaje al dirigirse a su encuentro. Alcanzó a ver a un muchacho con una enorme bufanda enrollada al cuello, a una chica que viajaba de paquete con la melena al viento y los brazos embutidos en una trenca, abrazados estrechamente a la cintura de él. Cuando pasaron disparados a su lado, la chica abrió la boca, se giró sobre su asiento peligrosamente y le dijo adiós con una mano. Cuando Ruth tomó el desvío, la luz roja del faro trasero ya se perdía en la distancia, se internaba en el bosque, desapareció.

Así que Angela no estaba encendiendo el fuego, después de todo. La casa estaría vacía.

Giró en el cruce y descendió lentamente el camino lleno de baches. Las luces de casa de los Tanner atravesaban como agujones el alto seto de tejo. Había dos coches aparcados en la entrada. Los Tanner tenían visita. ¿Y si hacía un alto, llamaba al timbre, se adentraba en la desastrada sala en penumbra y abordaba a los indiferentes extraños?

«Acabo de cruzarme con mi hija... —Podía escuchar su risilla, puede que demasiado ansiosa, demasiado insistente en que lo decía de broma—. Iba de paquete, a toda velocidad, en la Vespa de alguien. No, no tengo ni la más remota idea de quién era él. Digo yo que algún jovencito de Oxford.» Dando así a entender que, bueno, ya se sabe cómo son estas adolescentes, no hay

manera de controlarlas. Alguien le preguntaría, sin el menor interés, qué edad tenía Angela, y ella diría que dieciocho, y otra persona, quizá una mujer, le diría que no, que era imposible que ella tuviera una hija de dieciocho años, y Richard Tanner diría: «Ah, en su día fue un bombazo en *News of the World*».

En el transcurso de todos aquellos años de casada, una prolongada guerra en la que los ataques, aunque no se llevaran a efecto, eran siempre inminentes, había aprendido a armarse de astucia. La única manera de evitar que te hicieran daño, de soslayar la infelicidad, era huir. Los sentimientos de culpabilidad y de cobardía no constituían problemas que no pudiesen superarse con sueños, con juegos, con el suave sonido de su propia voz dándose consejos y reprendiéndose mientras iba y venía por la casa. «Pobre mamá —había escuchado a Julian decirle a Angela—, se le está empezando a ir la chaveta.» Ella todavía era joven, y su vida aparentemente corriente rebosaba fantasía, estaba repleta de escondrijos, era un laberinto de secretismo y engaño y esperanza excavado bajo los días invariables.

No iría a casa de los Tanner. Superó la tentación pasajera de exponerse, de hacer el esfuerzo y contactar con otras personas. Cambió de marcha con decisión y pasó de largo con una sonrisita radiante en los labios, como si esperase que hubiera alguien al final del largo paseo de entrada para darle la bienvenida.

CAPÍTULO 2

Ruth encontró una nota de Angela sobre la mesa de la cocina.

«Ha venido Tony y nos hemos ido a degustar las *delicias* de Ramsbridge — Espero que no te importe — Hay fiambre en la nevera — No me esperes levantada — Besos, A. Ver reverso.»

Ruth le dio la vuelta a la hoja obedientemente.

«Ha telefoneado papá — ¿Podrías llamarle antes de las siete? — Tony dice que gracias por el té — Espero que los chicos cogieran bien el tren — Besos, A.»

Sin resuello por la prisa y la urgencia. ¿Quién era Tony? ¿De dónde había salido y a qué había venido? Al parecer, eso no era asunto de Ruth. Y sin embargo, la sensación de que sí era asunto suyo, de que se requería su aprobación, emanaba a raudales de la cantidad de besos de la nota, de la necesidad de llenar la hoja entera con una caligrafía grande y enfática. El fiambre y el deseo de que los chicos hubiesen cogido bien el tren eran esfuerzos por establecer contacto, tan inútiles y alocados como la mano diciendo adiós, como el grito mudo mientras desaparecía a sesenta millas por hora en el horizonte.

Bueno, digo yo que no le pasará nada. No le pasará nada.

Dejó la nota sobre la mesa y se quitó los guantes muy despacio. En la planta de arriba, una puerta oscilaba en sus bisagras chirriantes; el grifo goteaba. No estaba del todo segura de si había hablado en voz alta o de si, por el contrario, solo había oído sus propios pensamientos. Se dirigió al armario de la cocina,

sacó la ginebra y el vermú, y se sirvió una copa.

«Adquirió la costumbre de beber a solas. Empezó a hablar consigo misma. Aquella tarde, mientras su hija salía con un joven llamado Tony...»

Se levantó de un salto y empezó a abrir los paquetes: *tweed* para un vestido nuevo, toallas de baño bordadas para «Él» y para «Ella», medias, un par de pijamas, un paquete de jabón. Por último, con sumo cuidado, desenvolvió una caja de música infantil.

Era un regalo para la niña de Jane Tanner. Había oído tintinear la melodía extrañamente triste y prolongada en las profundidades de la juguetería a la que había ido a buscar recambios para las piezas extraviadas del mecano de Julian. Una niñita adusta con gafas de culo de vaso hacía girar la manivela.

Era un artilugio precioso con forma de cuna, decorado con oropel y papel de estaño y encaje. La niñita, a pesar de su aspecto sobrecogedor, giraba la manivela con delicadeza.

—¿Qué es? La canción, digo.

La niñita escuchaba muy concentrada, accionando la manivela despacio primero y luego más deprisa. La melodía siguió sonando igual de melancólica y dulce, un lamento exento de amargura.

—Yo *diría* que es *Bye Baby Bunting*. Pero si quiere que le diga la verdad, no estoy segura.

—¿Te la vas a llevar?

—Se la puede quedar usted si quiere. Yo ya tengo siete años. Demasiados para esta clase de cosas.

De modo que la había comprado para la niña de Jane Tanner. Ahora, una vez desalojada de su envoltorio de papel seda, la sostuvo en alto y giró con suavidad la manivela. La melodía, retomada a mitad de compás, era un réquiem de insecto, desolado, intangible como el aire.

Bye Baby Bunting,
Daddy's gone a-hunting...[1]

Igual que la niñita, hizo girar la manivela a distintas velocidades, deteniéndose de pronto y escuchando la última nota, alerta y concentrada,

tratando de reconocerla. En el interior de la cuna de papel y encaje, la cabeza de celuloide, del tamaño de un guisante, dormía serena. Estaba adherida al cobertor y no tenía cuerpo. Sobre la palma de su mano, el ingenioso artilugio no pesaba en su conjunto más que una caja de cerillas.

Cuando sonó el teléfono, se llevó el juguete consigo al vestíbulo y lo sostuvo mientras descolgaba el auricular.

La voz espetó:

—¿Hola? ¿Hola?

Tomó asiento mientras colocaba la caja de música sobre la mesa y comprobaba el tacto del encaje entre sus dedos índice y pulgar. Evidentemente no es encaje auténtico, se dijo a sí misma, sino alguna clase de plástico, seguramente. Aunque tampoco es plástico, eso está claro. Es algodón, quizá de fabricación japonesa.

—¿Hola? ¿Estás ahí, Ruth? ¿Hola?

—Sí, Rex. Estoy aquí.

—¿Es que Angela no te ha dado el recado? Quería que me llamas.

—Perdona. Acabo de llegar a casa y la nota estaba en la mesa de la cocina. Acabo de entrar por la puerta.

—Pues sí que has tardado. He estado esperando en el piso hasta las siete. ¿Es que no has cogido el tren de las cuatro y media?

—Sí, pero iba con retraso y al coche le ha costado arrancar.

—¿Qué le pasa al coche?

—Digo yo que estaría frío o algo. —Cogió la caja de música y le dio la vuelta. Había sido fabricada en Alemania.

—Mañana tengo un paciente a las cinco y media, y después me llevan los Craxton a casa. Cenaremos tarde. ¿Te parece bien?

—Quieres decir que los Craxton se van a quedar el fin de semana.

—Sí. —Una breve pausa y, entonces, con un resoplido—: ¿Alguna objeción?

—No.

—Así podrás hablar con alguien. Es lo que quieres, ¿no?

Ella no dijo nada. De no haber sido una cuna basculante, se podría haber tocado la música solo con una mano.

—Podemos decirles a los Tanner que se pasen a tomar algo el domingo por la mañana.

—Sí. Angela ha salido con un chico llamado Tony.

—¿Qué chico?

—No sé. Es decir, solo sé que se llama Tony y que tiene una moto.

—Pero bueno, ¿es que no te lo ha dicho ella?

—No, yo no estaba aquí.

—Pero ¿quién es el chico este? ¿Me estás diciendo que no sabes quién es? Ella cerró los ojos y juntó las rodillas.

—No, Rex. No sé quién es. ¿Mucho trabajo?

—Mucho.

¿Cuántos incisivos y caninos examinados, se preguntó, cuántas cuidadosas perforaciones en hueso cariado, cuánto taladrar en el nervio, cuántas cavidades sangrantes después de la pulcra inyección de pentotal de Craxton? Tragó saliva, abrió los ojos y, nerviosa, se echó hacia delante en la silla.

—Bueno, eso está bien. Te espero mañana, entonces. Adiós.

—¿Estás bien? —preguntó él con cierta inquietud.

—Sí. Sí, estoy bien.

—Estarás sola, ¿verdad? Dado que Angela ha salido.

—Sí.

—¿Por qué no sales y les haces una visita a los Tanner?

—Creo que me voy a ir a la cama. Estoy agotada.

—Solo son las siete y media. No puede ser que vayas a acostarte a las siete y media.

—¿Por qué no?

Colgó el auricular a toda prisa antes de que él pudiese contestar. ¿Por qué no? ¿Por qué no? El corazón le latía deprisa, le temblaban las piernas. Cogió la caja de música y regresó a la cocina. El papel de seda había volado de la mesa, aventado por la corriente que entraba por la puerta abierta. Echó las cortinas y se sirvió otra copa. Pensó, sentada con la barbilla apoyada en la mano, que su aspecto ya parecía disipado. Es más, la expresión de su cara era dulce, contemplativa. Estaba sentada pacientemente, pulcra en su traje de chaqueta gris oscuro y sus zapatos lustrosos; su voz, al principio, apenas

resultó audible.

—Lo odiaba, a su marido. Eso no es del todo cierto, claro. —Hubo una larga pausa. La desesperación que le producía la idea de ceder, de dejarse arrastrar al vacío, era casi excesiva. Quiso apoyar la cabeza sobre la mesa y echarse a llorar, pero el sonido de los sollozos casi la asustaba más que el sonido de las palabras. Por muy tontas o terribles que fueran las palabras, constituían una forma de comunicación, eran humanas. Quizá fuera menos peligroso si se imaginaba que había alguien más con ella. Al principio le costó porque no sabía a quién imaginarse; el interlocutor trepidaba, no era ni un hombre ni una mujer, se desvanecía por completo y terminaba por no ser más que una silla vacía cuya pintura blanca brillaba bajo la luz inclemente. Si no miraba la silla era más fácil.

—Y cómo no —dijo—, tuvimos que casarnos. Ah, ¿no lo sabías? —Siguió el dibujo de la mesa de formica con la uña. Su voz sonó tímida, vacilante—: Supongo que, a pesar de ello, podríamos haber sido felices. Pero nunca lo fuimos. Creo que nos odiábamos —Pronunciar en voz alta estas cosas innombrables no cesaba de horrorizarla. Eran sus secretos, confinados bajo llave durante tanto tiempo que ya casi no los reconocía como verdaderos—. Angela nació a los seis meses de casarnos. Ella no lo sabe, claro. Yo no me quería casar. No deseaba a Angela. Tuvimos que casarnos. No hubo más remedio.

Se acercó la caja de música y la sostuvo entre las manos.

—¿A que es preciosa? No creo que se la regale a la niña de Jane. Además, es tan pequeña que no podría girar la manivela de todas formas. Le compraré una muñeca cuando vaya a Ramsbridge. Un osito de peluche o algo así.

Dejó escapar un leve suspiro, como de aburrimiento. Habían dejado de temblarle las piernas, se sentía bastante sosegada.

—No sé —prosiguió conversando con aire confidencial— por qué no hicimos nada al respecto. Bueno, yo, en realidad. No se nos ocurrió. Mi padre dijo que teníamos que casarnos. No, ni siquiera lo mencionamos. Yo no habría sabido qué hacer. Rex seguro que sí, pero no dijo nada. Supongo que lo dimos por hecho y ya está. No me acuerdo. Fue hace diecinueve años. Yo llevaba el pelo largo, ya sabes. Aunque recogido en dos coletas, eso sí.

Sonrió de oreja a oreja y se retrepó en la silla. Ahora su voz sonó con el tono perfectamente natural y alegre de una mujer que le habla a una amiga.

—¿Y si me sirvo otra copa? Oh, solo es la tercera, los vasos son terriblemente pequeños. Rex ya no es como antes. ¿Sabías que antes tocaba la guitarra? Tengo una foto de cuando Julian era bebé...

Hizo ademán de coger el bolso. Su mano se detuvo, emprendió la retirada lentamente por encima de la mesa, descendió hasta reposar sobre su regazo. La silla blanca vacía rutilaba bajo la luz, el grifo goteaba, la puerta de arriba volvió a batir sobre sus goznes chirriantes. Siguió sentada, bastante agarrotada, una pulcra mujer bonita, aterrorizada de moverse, las lágrimas derramándose, silenciosas, sobre el fino traje de color gris.

[1]. Canción de cuna popular que da título a la novela, podría traducirse: «Adiós, conejito / Papá se ha ido de caza...». (*Todas las notas son de la traductora.*)

CAPÍTULO 3

Despertó a la mañana siguiente y sintió miedo; luego se dio cuenta de que los niños se habían marchado; luego escuchó un ruidoso correr de agua en el lavabo del baño. Abrió los ojos, recordó que no estaba sola.

—¿Angela?

—Hola. —La voz sonó apagada, pero amistosa.

—¿Te lo pasaste bien ayer?

Un ruido enérgico seguido, al rato, de un «Genial».

—¿Qué hicisteis?

—Tomamos un café en ese local descuidado de King Street. Luego fuimos a la feria.

—¿Y qué tal?

—Carísimo todo. —Angela emergió del cuarto de baño frotándose el pelo con una de las toallas nuevas. Por alguna razón, había decidido lavarse el pelo antes de desayunar. En las raras ocasiones en que limpiaba su habitación, lo hacía a medianoche y, si estaba sola, bebía cantidades industriales de cacao para almorzar.

—¿Llevabas algo de dinero?

—No. Pagó Tony. ¿Me prestas tu peine?

Se sentó al tocador y empezó a bregar con los mechones enredados, la cara arrugada en una mueca de angustia.

—No entiendo —dijo Ruth— por qué no lo llevas corto.

—Ya lo sé —dijo Angela entre dientes—. Quiero decir que ya sé que no lo sabes. Porque parecería una farola más de lo que lo parezco ya. Maldita sea, lo he roto.

—Tienes otro en el cajón.

—Lo siento muchísimo.

—No importa.

—Te compraré uno.

—¡Ay, cariño, si no importa! ¡En serio! —Se incorporó en la cama, rodeándose las rodillas con los brazos. Se le olvidaba algo; tanteó tímidamente—: ¿No volviste muy tarde?

—No mucho. —Se encogió bajo los mechones de pelo mojado—. Los invitados de los Tanner no se habían marchado aún.

—Ah. —Eso no significaba nada. Los invitados de los Tanner a menudo se quedaban hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Ruth creyó que debía comentárselo, pero en su lugar se encontró diciendo—: Bueno, yo me acosté bastante temprano y me tomé una pastilla para dormir, así que es posible que lo que oyera fuera a los invitados de los Tanner marchándose.

—Sí —dijo Angela—, digo yo que sería eso. —Prosiguió dándose tirones al pelo en silencio durante unos minutos.

—Sea como sea, me alegro de que pasaras un rato agradable.

—Después de dos meses —dijo Angela— escuchando a Mike tocando *Dios salve a la reina* con su banjo y a Julian refunfuñando por su maldito mecano, *cualquier cosa* me parecería agradable.

—Pero ¡si me acabas de decir que lo pasaste genial!

—Bueno, así es. —Se echó la melena hacia atrás y se recolocó los tirantes sobre sus delgados hombros—. Es solo que parece que piensas que fue *extraordinario*.

—Pues claro que no pienso que fuera extraordinario —dijo Ruth, muy despacio—. ¿Qué quieres decir?

—Pues, verás, lo que digo es que eres de lo más comprensiva y todo eso, pero que no pareces darte cuenta... —Se giró resueltamente sobre el taburete, respiró hondo. Su huesuda y recién restregada cara estaba encendida. Qué pavorosamente flaca está, pensó Ruth. Debería tomar un tónico o algo así—. A lo que me refiero, si quieres que te diga la verdad, es que para ti está muy bien esto de vivir aquí día tras día, después de todo, es tu casa y tienes a los chicos, y a papá, que viene todos los fines de semana y..., bueno, es tu vida,

¿no? Pero no parece darte cuenta de que para mí es distinto. ¡A veces me siento tan sola que creo que me voy a morir!

—Pero, cariño... —Se miraron a la cara de un extremo a otro de la habitación, alarmadas ambas por el arrebato, sin saber qué hacer, sin saber cómo manejar esa pequeña verdad que de súbito había estallado ante ellas—. Pero, cariño..., ¡puedes hacer lo que te plazca! No hace falta que vengas aquí en vacaciones. No hace falta que vengas en ningún momento si no quieres. Siento que lo odies todo tantísimo, pero...

—¡Pues claro que no lo odio! Es que no lo *entiendes*.

—Sí. Claro que lo entiendo.

—¿Cómo vas a hacerlo? Te casaste cuando tenías mi edad. Yo diría que no has pasado un día de soledad en toda tu vida. Oh, lo siento. —Se cubrió la cara con sus largas manos—. Lo siento —sollozó—. Es que no sabes las estupideces que llega a hacer una cuando se siente sola y no tiene a nadie con quien hablar, nadie a quien le importe...

—Déjate de bobadas —la cortó Ruth con brusquedad. Se había levantado de la cama y se la veía menuda, insuficiente en su camisón, mientras agarraba los delgados brazos de la muchacha con manos firmes—. Deja de comportarte como una tonta de remate. —Aguardó mientras amainaba el temblor y los sollozos se tornaban en resuellos desolados. Entonces cruzó la habitación, sus pasos amortiguados por la moqueta, y cogió uno de los pañuelos de Rex. Angela lo tomó a tientas, con el rostro aún oculto detrás de una mano.

—En serio —dijo Ruth—, ¿a qué ha venido eso?

—¡Lo siento!

—¡Y, *por favor*, deja ya de decir que lo sientes!

Se fue hasta la ventana, tratando de calmarse, de armarse de paciencia. Ahora que se presentaba una ocasión para la verdad, no podía hablar. Podría contarle todo a Angela, pero ¿de qué serviría? Un esfuerzo tan enorme y ¿para qué? Mejor sería abrazar a la alta y peculiar muchacha y despachar el momento meciéndolo con unas palmaditas y un beso. Eso era lo que quería la muchacha, lo que estaba esperando. Era imposible. La imposibilidad era dolorosa, un impulso paralizador que actuaba contra su voluntad por

completo, contra el deseo de que la muchacha fuera feliz. Ansiaba tener la capacidad de hacerlo, y no podía. Sacudió los brazos con desasosiego, se frotó un pie descalzo contra el otro, fingió reprimir un bostezo.

—Hace un día precioso. Podrías recoger los arcos del *croquet* antes de que Folkes corte el césped.

—Julian se dejó los mazos fuera. Se están pudriendo todos.

—Mira lo que compré ayer.

—¿Qué es?

—Una caja de música. Escucha. —Giró la manivela.

—En serio, mamá, qué boba eres. —A su pesar, Angela se echó a reír y se restregó la cara con el dorso de una mano; en la otra sujetaba el pañuelo limpio.

—No sé —dijo Ruth, azorada—. Pensé que quizá le gustaría a la niña de Jane.

—Lo rompería en menos que canta un gallo. Ay, pobre mamá, te estás volviendo de lo más excéntrica. —Se sonó la nariz por fin, se levantó y regresó al cuarto de baño—. Me parece —dijo por encima del sonido del agua del grifo— que vas a acabar siendo una de esas fabulosas excéntricas inglesas. —Se sucedieron unos instantes de mucho salpicar y resoplar, y entonces regresó, secándose la cara con la otra toalla nueva—. Ya te veo dentro de cinco años con botines y pamelita *mariposeando* por el jardín entre nubes de tul o lo que quiera que sea.

—¿Cinco años? —preguntó Ruth, depositando de nuevo la caja de música sobre la mesa.

—Pues diez, entonces. Perdona por la escenita. No sé qué me ha pasado. ¿Preparo el desayuno? Ya se había embutido en los vaqueros negros y encajado en el jersey.

—Sí —dijo Ruth—. Gracias.

—No te habrás disgustado ni nada, ¿verdad?

—Pues claro que no.

—¿Los huevos los quieres cocidos o revueltos?

—Como quieras. Me da lo mismo.

—Tú dirás.

—De verdad, cariño, ¿me da lo mismo! —Hizo un gran esfuerzo, completamente desproporcionado en relación al problema—. Revueltos.

Angela bajó las escaleras corriendo. A los dos minutos la radio berreó, atronadora, y Angela bajó el volumen con consideración.

CAPÍTULO 4

No me conoce, pensó Ruth. Nunca me ha conocido. Es todo culpa mía. «Yo diría que no has pasado un día de soledad en toda tu vida.» ¿Eso creía? ¿La haría más feliz conocer la verdad?

La verdad es que no, claro está. ¿Pero cuánto de verdad, entonces? «Anoche yo...» No, sonaría demasiado estúpido. «Mira, cariño, me parece que no entiendes...» Pero ¿por qué tendría que hacerlo? No era de esperar que una muchacha comprendiese a su madre. «Mira, cariño, necesito tu ayuda...» Eso sonaba mejor, probablemente. Apoyarse en ella, que se sintiese necesitada. «Ya no eres una niña y estoy terriblemente preocupada porque...»

Bueno, a las claras, entonces. «Sé que piensas que no hago más que dejarte tirada y que no me importas porque soy incapaz de consolarte cuando estás triste, pero sí que me importas, lo que ocurre es que me pasa algo, me asusto. Escucha, Angela, tengo que hacértelo entender.»

¿Sonaba claro? Qué va. «Escucha, Angela...»

—Pero ¿por qué iba a decir eso? Quizá ni siquiera sea verdad.

Se llevó la mano a la boca. El susurro permaneció suspendido en la silenciosa y soleada estancia. Bajó las escaleras a toda prisa, abrochándose las mangas de la blusa.

Angela estaba sentada a la mesa de la cocina con la barbilla apoyada sobre las manos. Cuando entró Ruth, alzó la mirada rápidamente, de manera casi culpable. Su rostro había adoptado la expresión seria y preocupada de quien ha estado rumiando las cosas con deliberación y ha llegado a una triste conclusión. Se levantó y retiró los huevos revueltos de debajo del gratinador, los sirvió y volvió a tomar asiento. Se hizo un silencio ominoso. Ninguna de

las dos empezó a comer.

—Verás, mamá, yo...

—Cariño, yo...

Hablaron a la vez. Se echaron a reír, incómodas.

—Perdona —dijo Angela—. ¿Qué ibas a decir?

—Nada. ¿Qué ibas a decir tú?

—Se me ha olvidado. No sé si les he puesto sal.

Se pusieron a comer. La radio, atenuada, chillaba apasionadas canciones de amor para las amas de casa de Hull.

—¿Ha llegado la correspondencia?

—Sí. Solo un par de facturas.

—Se me hace raro —dijo Ruth, con voz vacilante— que no estén los niños. Ayer mismo por la mañana estaba aquí Mike, protestando por la tostada.

—Yo estoy en la gloria.

—¿De verdad? Bueno, claro, supongo que tendría que ser así. Pero, en cierta forma, no consigo acostumbrarme.

—Bueno —dijo Angela, apartando su plato a un lado y lanzando un sonoro suspiro—, supongo que es normal.

—Supongo que sí.

Angela se puso a dibujar con su cuchillo sobre el mantel. Trazó dos líneas profundas, luego las seccionó con otras dos.

—Debo de estar volviéndome un poco rara —espetó Ruth a la desesperada—, no dejo de hablar conmigo misma todo el rato.

—Mmm. Lo he notado. El padre de Tony es arquitecto. Diseñó un par de cosas para el Festival de Gran Bretaña.

—Oh —dijo Ruth—, ¿de veras?

—A lo mejor lo viste. Se llamaba el Salón del Mañana o algo así.

—No —dijo Ruth—. Creo que no lo vi.

—Bueno, al parecer es un arquitecto famoso.

—Cariño, por favor, deja de cortar el mantel. Eres igual o peor que Julian.

—Perdona. —Dejó caer el cuchillo y sacó el *New Statesman* de debajo de una pila de periódicos.

—Creía que papá te había dicho que anulases la suscripción.

—No. Dijo que si quería mantenerla me la tendría que pagar yo. Muy tolerante por su parte. —Empezó a pasar las hojas con aire abatido—. Teniendo en cuenta que lo leen las personas más inteligentes del país.

—Creo que tendría que ir al médico —dijo Ruth con un tono de voz neutral, meramente informativo.

—¿Y por qué no le pides que se pase a verte? Es aburridísimo esperar en esa consulta. —De repente se puso alerta, y tan pronto lo hizo adoptó, igual de súbitamente, una expresión despreocupada—. ¿Tú crees que esto es verdad?

—¿El qué? —pregunto Ruth con voz cansina.

—El descubrimiento Ogino-Kanus.

—¿Y qué demonios es eso?

—«Los brillantes descubrimientos del doctor Kyasaku Ogino y el profesor Hermann Knauss...»

—No —dijo Ruth—. No es verdad.

—Ni siquiera sabes lo que es. «... han establecido como hecho científico que una mujer solo puede concebir durante determinados días del mes y no en otros. Calcular con exactitud estos días fértiles, dependiendo como lo hacen de tantísimas variables, siempre ha requerido realizar complicadas sumas cada mes, siempre y cuando uno supiese cómo.»

—Siempre y cuando uno lo supiese —dijo Ruth—, desde luego.

—Oh, haz el favor de escuchar. «Ahora», dice, «con la ayuda de una pequeña calculadora suiza de precisión especialmente diseñada para ello, se muestran con antelación los días fértiles de cada mes y cualquier mujer sana puede planificar su familia de forma natural, con seguridad y en privado». ¿Crees que será verdad?

—No sé —dijo Ruth—. Puede ser. Probablemente lo hagan todas las personas más inteligentes del país.

—Pero ¿tú la usarías?

—No. No sé. Puede.

Los ojos de Angela se elevaron un instante, escrutaron a su madre, rápida, momentáneamente abochornados.

—Bueno, el caso es que dice que excluye cualquier posibilidad de error

matemático y que tiene en cuenta automáticamente las irregularidades de...

—Sí —dijo Ruth—. Seguramente podría hacerse por radar, siempre y cuando uno supiese cómo. ¿Te parece que freguemos esto?

Angela cerró el periódico, despacio.

—Lo siento —dijo—. Solo me preguntaba si sería verdad.

—¿Y yo cómo voy a saberlo?

—Ya, pero...

—Además —se oyó decir Ruth, haciéndose la tonta deliberadamente—, me parece una temeridad hacer anuncios de esa clase... y que puedan leerlos los niños. Yo friego. Tú secas.

—¿Es que no viene hoy la señora Wilson?

—Ya va a tener bastante que hacer. Papá se trae a los Craxton a pasar el fin de semana.

—Ay, Dios. Qué espanto. El horror de los horrores.

Ruth no dijo nada. Platos, tazas y platillos se amontonaron en el escurrerplatos. Por fin Angela reaccionó y empezó a secarlos laboriosamente. Parecía ridículamente molesta. La batalla que libraba consigo misma casi se podía oír, llenando el aire con alaridos incomprensibles y lejanos.

Finalmente habló con un tono estridente y muy educado.

—¿Por qué tienes que ir al médico? ¿Es que no te encuentras bien? —preguntó.

—Me encuentro bien —dijo Ruth. Retiró el tapón del fregadero para que se vaciara de agua y se secó las manos en el delantal—. ¿Te gusta Tony?

—Sí. No está mal.

Se separaron altivas y afligidas, como si, extrañamente, algo las hubiese apartado del peligro.

CAPÍTULO 5

—¿Qué demonios es esto? —Rex hizo una pausa en su inspección semanal del dormitorio, cogió la caja de música y la miró de arriba abajo con suspicacia. Todavía estaba vestido y aún no había acabado de fumarse el puro. Estaba inquieto porque Jill Craxton había despachado, como diría ella, a su marido a la cama y, claro, él no podía quedarse solo abajo. Evidentemente, no tenía ninguna intención de irse a dormir.

—Es una caja de música —dijo Ruth, dando la espalda a la luz.

—¿Para qué?

—No es para nada en particular. Se gira la manivela. Te toca una canción.

Con los ojos cerrados a propósito, escuchó el quejumbroso y dulce canto fúnebre, tintineando como prismas de cristal que entrechocan al ser mecidos por el viento.

—¿Me estás diciendo que has *comprado* esta cosa?

—Sí.

—¿Cuánto te costó?

—No me acuerdo. No estoy segura.

Por el breve suspiro exasperado que llegó a sus oídos supo que él la había vuelto a dejar sobre la mesa y que, encogiéndose de hombros, había proseguido con su paseo. Ahora inspeccionaba su tocador. Ahora se miraba en el espejo acariciándose la áspera piel de debajo de la barbilla con la punta de los dedos. Ella abrió los ojos. Era exactamente eso lo que él estaba haciendo. Los cerró de nuevo, temerosa de que, en el espejo, la sorprendiera despierta.

—Jill está en muy buena forma —dijo él—. Creo que es la mujer más

graciosa que conozco.

Obediente, la boca de ella se torció de manera casi imperceptible en una pequeña mueca de regocijo.

—Sí —murmuró.

—Cuando ha contado la anécdota esa sobre la encargada de los servicios del Tower Ballroom, he creído que se rasgaría el vestido de arriba abajo de la risa. Tampoco es que la historia fuera tan divertida, pero da gusto ver tanto entusiasmo. La gente es tan puñeteramente sensible que te mata de aburrimiento.

Ella se dio la vuelta sobre la cama hasta quedar boca arriba y cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—¿Te topas con mucha gente sensible?

—Con demasiada. —La miró con suspicacia—. ¿Es un chiste?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Me ha parecido —dijo, enfadado— que a lo mejor bromeabas. La gente hace esa clase de chistes, ya sabes.

—Oh —dijo ella—. Ni se me había ocurrido.

Se paseó el cabo del puro por sus gruesos labios húmedos y cogió el cepillo de ella, con el que empezó a cepillarse el pelo con aire distraído.

—¿Has tenido ya noticias de los niños? —preguntó.

—No. Solo hace un día que se marcharon.

—Ah, sí. Será por eso. Angela parece muy malhumorada.

—Yo creo —dijo ella, con la imprudencia que provoca el hastío— que se aburre.

—¿Que se aburre? ¿Y por qué demonios iba a aburrirse?

—Supongo que todo esto le parecerá bastante soso.

—¿Soso? ¿Todo esto? ¿A qué demonios te refieres?

—No me refiero —dijo, desahogada— a ningún demonio. Me refiero a que encuentra soso todo esto. Se siente sola. Eso es todo.

—Pero ¿por qué de...? ¿Por qué razón iba a sentirse sola?

—Ay, Rex. —Torció la cabeza sobre la almohada—. Yo qué sé. ¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—Y lo haré, desde luego. Por todos los santos, no hay muchas chicas tan

afortunadas como ella. ¿Por qué no se hace miembro del club de tenis?

—No le gusta el tenis.

—Vale, ¿y *qué* le gusta? ¿Por qué no sale con algunos de esos brillantes e izquierdosos Teddy Boys de los que tanto oímos hablar?

—¿Tú lo haces?

—¿Que si hago qué? ¿Por qué tienes que hablar farfullando todo el rato?

—Que si oyes hablar mucho de ellos. Yo no. Bueno, el caso es que anoche sí que salió. Ya te lo conté.

—Pues parece que no le ha hecho ningún bien.

Dejó el chicote muerto y mojado en el cenicero, y se inclinó para desatarse los cordones de los zapatos. Todo un esfuerzo. Había cumplido los cuarenta y cinco y había engordado muchos kilos. Enfundado en su ropa cara aún conseguía ofrecer un aspecto galante y aseado, despedir el olor agridulce a dinero y a loción de después del afeitado. Pero incluso delante de Ruth, se apresuraba a ocultarse bajo el pijama. Ella había vuelto a ponerse de costado, hundiendo la cara en la almohada.

—De todas formas —dijo él cuando se hubo desembarazado de los zapatos—, ¿quién era ese chico? ¿Eh?

—No lo sé. Su padre es arquitecto.

—¿Cómo se llama?

—Tony.

—No, ¡me refiero al padre!

—No lo sé —dijo con un hilo de voz contra la almohada—. No lo sé.

—¿Es que no sabes nada?

Ella negó con la cabeza. En la húmeda y sofocante blandura, su cara estaba contraída en una exagerada mueca de angustia, los dientes apretados a la vista, los ojos cerrados con fuerza, los músculos tensos. Contuvo la respiración prolongando aquella terrible mueca secreta.

—Se supone que eres su madre, ¿no? ¿Cómo sabes qué hace con estos chicos con los que sale? —Hablaba con superioridad moral, con una convicción que dotaba a su voz de un timbre firme y claro—. Viendo lo mucho que te importa, bien podría haber pasado la noche en el Red Lion, en la cama, ¿eh?

—No. Se tomó un café con él y fueron a la feria.

—Y supongo que en las ferias no puede pasar nada, ¿no?

Ella se encorvó en la cama con una ligera convulsión.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie —continuó él—. Y no voy a permitir que le pase a una hija mía. Es tu responsabilidad. Tú eres mujer. Si le pasa algo a Angela, la culpa será tuya y solo tuya. En lo que a mí respecta, puedes estar segura de una cosa: la echaría.

Ella había leído en algún sitio que, en el pasado, la gente creía que el cerebro tenía como finalidad derramar vapores fríos sobre el corazón para enfriar sus pasiones. Al parecer era eso lo que le estaba sucediendo a ella en aquel momento. Sintió una calma repentina. La cara se le relajó y adoptó su habitual expresión amable y un poco inquisitiva. Los dedos aflojaron su agarre sobre la almohada. Se dio la vuelta y se incorporó, echándose el pelo hacia atrás sin aspavientos.

—¿De dónde?

—Pues de esta casa que ella encuentra tan excesivamente sosa. —Se sacó el cuello de la camisa de un tirón y se liberó de los tirantes.

—No hablas en serio —dijo ella, como queriendo consolarlo.

—Pues claro que hablo en serio. —Se volvió hacia ella, furioso—. ¿Por qué te empeñas siempre en que no digo las cosas en serio? Las digo en serio, y digo...

Ella sonrió y acabó la frase.

—Lo que piensas.

—Pues, sí. Por Dios, sé lo que pienso. Mira, si no, la discusión de esta noche durante la cena.

—Oh... —Ella se recostó sobre las almohadas.

—¿Qué? ¿Qué me dices?

—Angela no estaba de acuerdo contigo. Eso es todo.

—Ya, ¿y *por qué* no estaba de acuerdo conmigo? Yo tenía razón, ¿o no?

—Pues...

—Vamos, dilo. ¿Tenía razón o no tenía razón?

—Pues..., pues no sé.

—¡Jesús! —dijo él—. No lo sabes. ¿Pero qué pasa contigo? ¿Por qué no lo

sabes?

Ella respiró hondo.

—Está bien, como quieras. Opino que no tenías razón. Pero no creo que lo dijeras en serio porque —habló atropelladamente, por encima de la furiosa interrupción de él—, de haberlo pensado detenidamente, no lo habrías dicho en serio. Me parece que solo lo dijiste porque sabías que a Angela no le iba a gustar. Quieres herirla. No quieres que esté de acuerdo contigo. Solo quieres herirla.

Los dos estaban igual de asombrados. Ella se lo quedó mirando con la boca abierta. Él bregaba por hablar, como si las palabras lo estrangularan.

—No lo hagas —susurró ella—. Por favor. No sirve de nada.

—¡Que no sirve de nada! —Hablabla a trompicones, desesperado—. Por Dios, pero ¿qué eres tú? Jugando con cachivaches infantiles... —Cogió la caja de música.

—Por favor, Rex, no la rompas.

—¿Cuánto crees que he tenido que trabajar para comprar este trasto? ¿Cuántas malditas horas de trabajo me ha llevado?

—Vámonos a dormir. Los Craxton te van a oír. Vámonos a dormir, por favor.

—¡Dormir! —Pero volvió a dejar la caja de música donde estaba y bajó la voz—. Tú lo has dicho. Dormir. ¿Alguna vez se te ha pasado por la cabeza que exista alguna otra razón para meterse en la cama que no sea dormir?

Ella se tumbó y se cubrió con la sábana hasta la barbilla.

—¿Y bien? ¿Qué dices?

—No sé —dijo ella.

—¡No sabes! —Y, furibundo, se metió en el cuarto de baño.

Ella se quedó escuchando el remoto sonido de un furioso refregarse, escupir y correr de agua.

—Menos mal —dijo, mientras apagaba la luz del baño y volvía a cruzar el dormitorio a grandes zancadas— que hay unas cuantas mujeres normales en este mundo. A Dios gracias, es todo lo que puedo decir.

—Sí —dijo ella—, a Dios gracias.

Se tiró en la cama, se envolvió en las sábanas y le dio la espalda, iracundo.

Ella apagó la luz. Tanta ira, tanta furia... ¿y para qué? Para hacer un poco de ruido, para perturbar unos pocos momentos y fingir que importaba. Pensó en Angela, estudiando sola en su habitación; en sus hijos, un par de extraños en algún dormitorio silencioso, con su chicle alojado en el larguero de la cama, moviéndose y retorciéndose en el sueño como perritos. Ellos tres eran reales. Eran, en la medida en que eran capaces de desear, de cambiar, de escoger entre el bien y el mal, adultos. Para Rex y ella ya no quedaba ninguna esperanza o posibilidad de cambio; ya no quedaba ninguna elección que hacer. Se hallaban, en plena madurez, aun capacitados para cometer cualquier crimen y cualquier grandeza, paralizados por la trivialidad.

Somos dos personas solitarias, pensó, que al menos podrían reconfortarse la una a la otra en la oscuridad. El prolongado y rítmico sonido de los ronquidos de Rex dio comienzo. Ella se volvió con sumo cuidado, se tapó los oídos y se adentró, como un nadador nervioso, en el sueño.

CAPÍTULO 6

El pueblo, cualquier domingo por la mañana, está muerto. Ninguna carretera lo atraviesa. No hay trabajo que hacer. El pueblo yace sofocado en este valle desde hace quinientos años. Produce jardineros y mujeres de la limpieza para el Common, mano de obra labriega para la finca Rackworth. El domingo no hay nada en el pueblo salvo el repique de las campanas de la iglesia, salvo la energía de las gallinas.

Dominando el pueblo, pero a los pies del Common, se levanta ese vasto despropósito, esa pila de plomo y pedernal conocida como Rackworth House. Ralph Rackworth trabaja en su escritorio, irritado por las campanas. Ha equipado a sus arrendatarios con apliques eléctricos y modernos bidés. Ha provisto a sus granjeros de tubos fluorescentes para los establos de las vacas y a los peones de labranza, de radios *walkie-talkie* para que puedan intercambiar algunas palabras mientras traquetean arriba y abajo por las onduladas colinas en sus relucientes tractores de color naranja. Las campanas medievales le producen desaliento.

Este hombre alto, que murmura tras unas lentes sin montura, se hace confeccionar la ropa por un sastre secreto: pantalones de pana tan planos a la altura de sus planas caderas que la presencia de una caja de cerillas en el bolsillo resultaría obscena; fabulosas chaquetas de cuero con forro de piel y camisas sombrías que le otorgan el aspecto de un penitente avejentado. Interpreta piezas de *jazz* clásico con enorme brillantez en el Rackworth Broadwood, su cabeza afeitada y entrecana inclinada en un rígido gesto sobre

las manos en movimiento. Ha convertido su ala de la casa en un desierto de pardo alfombrado, un vacío que de continuo retumba con el quejumbroso y estruendoso sonido de la música. Sus padres, ancianos y achacosos, merodean sigilosos por su parte de la casa en impermeables de plástico, y se retiran cada noche para yacer en sendas camas de gran altura, endoseladas como tumbas, sus pequeñas garras cruzadas apaciblemente, sus pequeñas caras chupadas por el sueño. Ellos son los únicos que obedecen a las campanas. Saben dónde, y a qué profundidad, serán enterrados cuando mueran.

Las mañanas de domingo en el Common son únicas en su especie. Los que viven en el Common son personas adineradas. Necesitan coches potentes para llegar a sus casas de otro modo inaccesibles y necesitan casas potentes para que el viaje merezca la pena. Al igual que en la clase de un colegio, son todos prácticamente de la misma edad, visten el mismo tipo de ropa y están especializados, con casi indistinguibles grados de éxito, en la asignatura del dinero. Cada semana contiene al menos dos días inapelables de ocio, pero los domingos descansan. El domingo es una fiesta de guardar recurrente que nada tiene que ver con Dios y que, no obstante, encierra, en sus prolongados silencios, el tañido distante de las campanas, el olor a cordero asado suspendido sobre los sosegados helechales, las perezosas espirales de humo, una devoción nostálgica; una sensación, como si rememorase domingos pretéritos y veranos pretéritos, de lasitud y pérdida.

A excepción de algún que otro niño solitario, demasiado pequeño para ser enviado a la escuela, nadie se mueve hasta llegado el mediodía. Del asado del cordero, de la confección de las tartas de manzana se encargan unos cocineros muy capaces, alemanes o suizos o noruegos, que van sumando ahorros para poder viajar alrededor del mundo algún día. Más tarde montarán en sus bicicletas y pedalearán en grupos organizados hasta las casas de unos y otros, y allí almorzarán salchichas de lata y ensalada de patata, fumarán cigarrillos turcos y discutirán sobre las ventajas de la India sobre Brasil. La mayoría de ellos llaman a sus jefes por el nombre de pila y pasan buena parte

del día en un estado de ligera y agradable embriaguez, debido a las copitas de jerez que les son ofrecidas para tenerlos contentos.

A mediodía y por todo el Common, como si se tratara de una serie de complejos relojes de cuco, se abren las diversas puertas principales, y corredores de bolsa y dentistas, directores de compañías y censores jurados de cuentas, directores de agencias de publicidad y fabricantes de plástico se plantan sobre sus céspedes verde tapete y respiran con reverencia el aire dominical. El agente literario, el director de cine y el dramaturgo, de oficios menos consistentes, emergen minutos después y se apresuran a inspeccionar la gravilla, con aire culpable, en busca de hierbajos cuando nadie los mira. Altos setos de tejo, gallos ornamentales y arbustos de aligustre, un acre de terreno rústico por aquí y por allá separan a estas casas las unas de las otras, y aun una vista aérea mostraría una figura solitaria en cada jardín, el mismo brochazo de color amarillo perruno o rojo caza, la misma bandera blanca de periódico cuidadosamente plegada después del desayuno; y al cabo de un rato, las mismas esposas diminutas, que salen al sol como remates de último momento.

Las esposas guardan entre sí menos parecido que los hombres. Se ajustan a una manera determinada de vestir, dirigen sus hogares siguiendo las mismas pautas, crían a sus hijos de la misma forma; todas prefieren el café al té, todas conducen automóviles, juegan al *bridge*, atesoran como mínimo una joya de valor y son moderadamente atractivas. Esto es cuanto se puede ver. Pero no lo es todo.

Las relaciones entre los hombres se basan en una aquiescencia del éxito. La admiración es general, el afecto no poco común. Incluso conocen la compasión. Las mujeres no comparten esta aquiescencia. Como pequeños icebergs, mantienen su cara despierta y rutilante por encima del agua; bajo la superficie, sumergida a muchas brazas de ociosa profundidad, retienen su propia personalidad. Unas son felices, otras están emponzoñadas de aburrimiento; unas beben demasiado y otras, por debajo de la línea de demarcación, están un poco desequilibradas; unas aman a sus maridos y otras agonizan por la ausencia de amor; unas pocas tienen talento, que les es tan inservible como una extremidad paralizada. Sus relaciones de amistad, en

apariencia francas y risueñas, son febriles y pasajeras, y enseguida se tornan en malicia. Unida, la energía de estas mujeres podría hacer estallar una revolución, ser el motor de la mitad del sur de Inglaterra, hacer funcionar una planta atómica. Toda ella se consume en la cómoda tarea de vivir en el Common. Hay ocasiones, hacia mediados del curso escolar, en las que el aire tranquilo parece cargado, se diría que a punto de descargar rayos; ocasiones en las que constituye un peligro tocar un teléfono que suena con estridencia y en las que una taza de café puede estallar sin razón.

No hay, sin embargo, señales aparentes de ello cuando, vestidas de domingo en pantalones estrechos a cuadros y jerséis de cachemira, las esposas se unen a sus maridos en los bronceos y dorados jardines septembrinos. Unos pocos, los que ejercerán de anfitriones a lo largo de esta mañana, se quedan donde están. Otros cogen al perro y parten despacio, parejas que se encuentran y se saludan en los sinuosos y esponjosos senderos, a veces para proseguir juntos, a veces para continuar cada cual su camino. Aquellos que viven en la periferia del Common sacan el coche y transitan veloces como rutilantes canicas negras por las carreteras sin vallar. No hay ni un solo hereje, ni un solo vecino del Common que, en esta apacible mañana dominical, no saboree el dulce consuelo de un jerez, la satisfacción de un palito de queso.

CAPÍTULO 7

Ruth vio llegar a los Tanner desde la ventana del dormitorio de Angela. Traían a sus invitados de aquel fin de semana. Richard, menudo, atildado, tocado con una gorra de gabardina, iba delante, acompañado por una muchacha rubia cuyas manos, flojas y colgando de unos codos doblados, se balanceaban de lado a lado como péndulos. Detrás de ellos iba un hombre alto y flaco luciendo un Príncipe de Gales, que se inclinaba confidencialmente hacia Jane y el consabido carrito de bebé. Jane, sin apartar los ojos de las agitadas mantitas, asentía con énfasis. Doblaron la esquina de la casa.

—Han llegado —dijo Ruth.

—¿Quiénes?

—Los Tanner y los que pasarán con ellos el fin de semana.

—Oh. —Angela levantó por un instante la vista del suelo, donde, tumbada sobre el estómago y estirada como el trazo de una línea negra, supuestamente estudiaba—. Cómo no. Puedo oír llorar a esa mocosa.

—Baja, por favor. Es una falta de educación. Todos saben que estás en casa. Piensan que te crees superior.

—Sinceramente, ¿por qué tengo que bajar y aburrirme como una ostra con esa panda de sosos? Y lo de los Craxton ya es un martirio. Anoche creí que me *moría*.

—Tengo que bajar. Me encantaría que vinieras.

—No, gracias. —Levantó la vista fugazmente hacia Ruth, que se dirigía hacia la puerta, pesarosa y renuente como una niña—. Transmíteles todo mi amor de mi parte.

Ruth recorrió el pasillo despacio. Al fondo, un ventanal daba al jardín. Jane Tanner paseaba el carrito por el césped como un obediente, aunque curiosamente agobiado, centinela. Era la única esposa del Common por la que Ruth sentía un cálido, si bien a menudo confuso, afecto. Jane rara vez entendía nada de lo que le decían, obsesionada como estaba con los sonidos de gases, dolor, furia o contento que acababan de emerger o emergían o estaban a punto de emerger de la cunita o el carrito. Vivía en un estado de perpetuo peligro, desesperadamente preocupada ante el dato fehaciente de que un niño podía ahogarse en dos pulgadas de agua, de que era habitual que los gatos asfixiaran a los bebés al saltar al interior de sus carritos, de que ponerse un camisón era causa segura de muerte y de que todos los hombres sin excepción eran maníacos sexuales. En la superficie de la vida, que ambas compartían, Ruth se sentía bastante más sosegada y bastante menos amenazada en comparación.

—¿Jane?

Jane no aminoró el paso ni por un instante. Levantó la vista, vio a Ruth asomada a la ventana, agitó una mano en el aire implorando silencio, señaló al carrito, se encogió de hombros con un gesto desesperanzado y siguió dando vueltas con el cochecito. La criatura, mareada por la velocidad, empezaba a perder el conocimiento. «Un minuto», articuló sin emitir sonido alguno a la vez que señalaba la casa con un dedo. Ruth asintió y se dirigió, escalón a escalón, deslizando la mano por la barandilla, hacia el salón.

Al principio, la llegada de los Tanner la alarmó. Jane había sido secretaria de Tanner durante cinco años antes de casarse con él y se la consideraba, cuando menos, una advenediza. Incluso su apariencia, ese tercio que asomaba a la superficie, le había resultado descorazonadora: urbanita, enérgica e inteligente. A diferencia de otras esposas, ella sabía con exactitud de dónde salía el dinero y cómo. Sabía qué vida llevaba Richard de lunes a viernes, dónde colgaba su sombrero, en qué cajón guardaba los comprimidos de magnesio, y estaba al tanto de que, en otra época, había reunido una reducida biblioteca de libros pornográficos en el armario pegado al archivador. No hubo tiempo para averiguar si el hecho de saber todo aquello iba a ser bueno o malo. De inmediato, con la precisión de un mecanismo de relojería, ella se

quedó embarazada.

Nadie supo jamás qué le sucedió durante las seis horas que duró el parto. Algo se quebró o encajó en su lugar, o la presión le removi6 el cerebro como las piedras coloreadas de un caleidoscopio, confeccionando un dibujo completamente distinto. Fuera lo que fuese, cuando sali6 de la clínica era una mujer gorda, bonachona, madurita, y habí a adoptado la costumbre de entonar, en medio de una frase, un cántico irrelevante, como poseída por algú n hechizo: «Cuchi-cuchi, puchi-puchi, ay mi pichurrita, aquí está mi cosita, ¿un airecito para mamaíta?». No habí a remedio. Jane, decían las demás esposas con satisfacción, se habí a realizado.

Su matrimonio, aunque ella no se diera cuenta, muri6 en el acto. Se neg6, alegando tímidas razones psicol6gicas, a contratar a una niñera y, en su lugar, emple6 a una triste muchachita suiza para que manejara la batería de artefactos que zumbaban y tronaban en la cocina. Ella creía, de manera bastante patética, que «estaba al tanto de todo», pero esto consistía en sacarle algú n fallo a la casa con el fin de perturbar lo que de otro modo era, para su marido, un tolerable ambiente de é xito. Su fantasía particular, que satisfacía durante los breves periodos en los que dejaba que la criatura durmiera, consistía en mantener en el Common una especie de salón o refugio para los menospreciados. Lejos del tumultuoso Londres, actores radiof6nicos y modelos masculinos de pasarela, escritores de esl6ganes que deberían haber sido poetas y poetas que eran, inexplicablemente, actores radiof6nicos podían encontrar en él un paraíso de tranquilidad. Puesto que ella nunca viajaba a Londres, cada vez le resultaba más complicado dar con estas ovejas descarriadas. Ellos, tras pasar dos días en estrecho contacto con Baby, rara vez regresaban.

Aquel fin de semana en particular, las víctimas eran un joven demacrado llamado Herb y su amiga, Maxine. Ambos, le habí a explicado Jane a Ruth atropelladamente por teléfono, estaban interesados en una cosa llamada «Teatro Básico». No le contó que solo habí a visto a Herb una vez, en una fiesta hacía tres años, en la que él interpretaba el escueto papel, a Dios gracias, de un suboficial que se volví a loco en las trincheras durante la guerra de 1914. Entonces la impresion6, creía recordar, el hecho de que él se

hubiese leído tres libros sobre desórdenes mentales antes de abordar el reto, y de que ya al final de la fiesta gritase de repente: «¡No lo soporto! ¡No lo soporto!» y saliera zumbando, heroicamente, del lugar. Ella se había sentido secretamente aliviada al comprobar que él parecía recordarla, sin caer en la cuenta de que, ante la imprevista oportunidad de disfrutar de una escapada gratuita de fin de semana, esto apenas importaba. Es más, él no tenía la más mínima idea de quién era ella. Pero tal y como Maxine le había dicho, ¿qué importaba?

CAPÍTULO 8

—**T**iene usted una casa absolutamente maravillosa, señora Whiting.

—Gracias.

—¿Sabe? Estos fines de semana campestres suyos me dejan baldado. El ritmo es tremendo.

—Es que en Leicester no tienen fines de semana campestres —suspiró Maxine—. Herb es de Leicester, ¿saben? Uno podría pensar que es de Estados Unidos, pero no. Es de Leicester.

—Bueno —dijo Craxton, con entusiasmo—, eso ha quedado claro.

Todos se echaron a reír. Muy despacio, Maxine se volvió de nuevo hacia Rex, dedicándole toda su atención, su rostro más circunspecto que cualquier otro rostro circunspecto, su voz más queda que la de cualquier otra voz hablando quedamente. Era una muchacha de gran sensibilidad, con un profundo interés en el teatro. Ya le había confiado que su pelo era rubio natural, pero que en más de una ocasión había pensado en teñírsele para que la gente la tomara más en serio.

—No hay nada más peligroso —dijo Herb— que una muchacha que tenga que pagarse su propio alquiler. —Estaba discutiendo con Maxine. Lanzó una mirada penetrante a Ruth con los ojos entornados—. ¿Ha estado usted alguna vez en Leicester, señora Whiting?

—No —dijo Ruth—. No lo creo, no.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Jill Craxton, echándole un capote a Ruth—. Tiene un destello malvado en los ojos.

—Hola, preciosa —dijo Richard Tanner, con aire melancólico—. Ven a hablar conmigo. ¿Se han marchado ya los chicos al colegio?

—Sí, se fueron el jueves. ¿Cómo estás, Richard?

—¿Cómo me ves?

Ella adoptó automáticamente ese aire dulce y tímido que las esposas se reservaban para los maridos de las demás.

—Pachuchillo —dijo ella—. Sí, bastante pachuchillo.

—Querida Ruth, si tú supieras...

La reunión se vio entonces alterada por la llegada de los Johnson y su perro labrador, un animal ansioso que dio tres vueltas a la sala a toda velocidad, volcando varias piezas pequeñas del mobiliario y jadeando con afectación hasta que le ofrecieron un cuenco de agua en el que se zambulló de inmediato. Entretanto, los Johnson gesticulaban inútilmente palmeándose los muslos, chasqueando los dedos y arrojándose con torpeza tras él.

—¿No es una monada? —susurró Maxine, extasiada—. Yo es que siento verdadera adoración por los perros. De alguna manera, me parecen más *cariñosos* que las personas. ¿Cree usted que es muy excéntrico por mi parte, señor Whiting?

—A mí también me gustan los perros —dijo Rex—. Pero por desgracia no podemos tener uno.

—¿Y cómo es eso, señor Whiting?

—A mi esposa no es que le gusten demasiado y como se pasa aquí sola toda la semana, no merece la pena.

—Pero ¡le haría tanta compañía, señor Whiting!

—Es que no le gusta demasiado tener compañía.

Los Wilmington-Smith hicieron acto de presencia entre catastróficos lamentos.

—Cielo, perdona que lleguemos tan tarde, pero ¿qué te parece? Edelgard se ha despedido... en domingo, ¿te lo puedes creer? ¡Así, *por las buenas!* ¡A mí me da algo, en serio, me da algo!

Las mujeres se agolparon a su alrededor, como imanes atraídos por la crisis.

—Dice que se quiere marchar a Johannesburgo... Ruth, querida, ¿me pones una ginebra bien cargada? Pero como ya le he recalcado, una no puede *marcharse* a Johannesburgo así como así, se necesitan billetes y visados y vete a saber qué más. Pero dice que lo tiene todo arreglado, que primero se va

a hacer un *tour* a pie por la Selva Negra. ¿Se puede ser más egoísta? Muchísimas gracias, cielo, no te imaginas cómo la necesitaba. Me dice que no ha tenido vacaciones en tres meses... y digo yo, ¿quién las ha tenido? Es como para echarse a llorar. De hecho, me he echado a llorar, ¿a que sí, John?

—Y ella también —respondió su marido, un tanto incómodo—. En mi vida había oído semejante escándalo.

—Bueno, ¿y *qué* voy a hacer ahora? Claro que para ti es tan fácil, cielo, tú tienes una hija ya mayor...

Ahora la reunión estaba al completo. Fuera, en el césped, extenuada y al borde de las lágrimas, Jane trazaba con el carrito del bebé la enésima vuelta. En el salón, el jerez se les subió rápidamente a la cabeza, hablaban más alto, las oleadas de risa alcanzaban la cresta, rompían y se recogían para elevarse de nuevo; el labrador lamía el jerez de las copas olvidadas.

—El otro día me crucé con Angela —se oyó decir Ruth con una voz vaga y distraída—, iba de paquete a toda velocidad en la Vespa de alguien...

CAPÍTULO 9

—¿Una Vespa? ¿La Vespa de quién?

—No tengo la más remota idea. Digo yo que de algún jovencito de Oxford. Ya sabéis cómo son... —La reproducción era impecable: una ligera pausa, un suspiro de indulgencia—: nunca te cuentan nada.

—Pero cómo, señora Whiting..., ¿de verdad tiene usted una hija mayor?

—Tiene dieciocho años —intervino Rex.

—Vaya, ¿no es increíble? Solo cinco años menos que yo, ¡habría dicho que usted no pasaba ni un día de los treinta!

—En su día fue todo un bombazo en *News of the World* —dijo Richard.

—No lo dirá en serio, ¿verdad, señor Tanner? ¿Verdad que no?

Richard bostezó. Después de pasar una noche en compañía de Baby, Maxine le traía sin cuidado.

—Ah, ya veo. Solo bromea. —Maxine apartó la vista de él con frialdad—. Pues yo pienso que debe de ser fabuloso tener una madre joven, o sea, una madre que parezca joven. Y supongo que se entenderán a la perfección, ¿verdad?

—Bueno... —dijo Ruth.

—El otro día leí en un libro que la relación madre-hija es mucho más complicada que la relación padre-hijo. Aunque a mí, personalmente —sus ojos se abrieron de par en par y se iluminaron al recordar esa fascinante, aunque en apariencia irrelevante, faceta de su personalidad—, me gustan bastante los Teddy Boys.

—No me sorprende —murmuró Betty Johnson.

Los Johnson vivían en una hilera de chalés remodelados: es decir, aunque

ocupaban todos los chalés, no eran exactamente vecinos del Common. El coche de Robert, aunque grande y potente, no era nuevo. Él era unos años más joven que su esposa y volvía a casa todas las noches. Todo el mundo le llamaba «el pobre Robert». Le aterraban las mujeres, no fueran estas a sonreírle, tocarle o colocar las piernas o la delantera donde él no pudiese evitar verlas. Se pasaba la mayor parte del tiempo mirando al suelo.

Betty Johnson, pendiente de Robert por si miraba a Maxine y pendiente de Maxine, no fuera esta a sonreírle a Robert, y pendiente de controlar al perro, y con el estrés de tanta vigilancia, bebiendo demasiado jerez, se sentía abandonada y con ganas de matar a alguien.

—Es más —dijo—, yo diría que tenéis muchas cosas en común.

Los demás se dispusieron a escuchar embelesados, radiantes de buen humor, como si de común acuerdo hubiesen captado los rayos de un rutilante sol ártico.

—Me aterroriza pensar en mis hijos haciéndose mayores —balbució alguien—, sobre todo las chicas. Porque, quiero decir, ¿cómo puede uno evitar que les sucedan las cosas más horrendas?

—No puede —dijo Jill Craxton—. Todas acaban casándose, ¿no?

—Bueno, es de esperar.

—Pero ¿y si empiezan a acostarse con todo el que se les cruza en el camino *antes*?

—Fácil —dijo Rex—. Les dices que no lo hagan y ya está.

—Oh, estoy de acuerdo —suspiró Maxine—. A mí no me parece que tanta libertad sea buena para una chica. Me refiero a que no te hace feliz, ¿no? Lo que digo es que eso es algo sagrado, en serio. Pensarán que estoy chapada a la antigua, ¿verdad? —Se enfrentó a aquellas miradas de asombro con franqueza—. Es que yo pienso en las cosas —explicó con modestia—, es curioso, pero no puedo evitarlo. Me paso casi todo el tiempo pensando.

Las interrupciones de Maxine eran como pequeños desprendimientos de tierra en un sendero mil veces transitado. Las mujeres las rodeaban fingiendo que no estaban allí; los hombres se detenían a observarlas con interés u optaban por salirse de la conversación por las buenas, agradecidos.

—No puedes encerrarlas bajo llave —dijo John Wilmington-Smith. La idea

le pareció muy graciosa y se echó a reír como un salvaje, abriendo y cerrando abruptamente la boca bajo su largo y poblado bigote—. A ver, que no estamos en la Edad Media.

—No —dijo Maxine—, eso creo yo, pero...

—Ay, por Dios, pero ¿a qué viene tanta historia? —Rex se levantó pesadamente de la silla y fue a buscar la licorera—. Las chicas deberían permanecer vírgenes hasta el matrimonio. Así de sencillo, ¿no?

—Pero ¿cómo? —preguntó Jill Craxton—. Eso es todo lo que queremos saber, querido. ¿Cómo?

Jane Tanner entró sigilosamente por las puertas acristaladas que daban al jardín, las cerró con tiento exagerado y cruzó la estancia de puntillas. Se derrumbó exhausta sobre el sofá.

—Está dormida —susurró—. Con la sonrisa más amenazadora que podáis imaginar. Estoy segura de que está soñando con colocarme sobre el potro de tortura o con meterme cerillas encendidas bajo las uñas de los dedos. Es un auténtico monstruo. ¡Robert, cariño, qué corbata tan preciosa!

Robert se sonrojó y se dispuso a recoger miguitas de la alfombra.

—Sí que es bonita, ¿verdad? —dijo Betty—. La compré en Simpsons la última vez que estuve en la ciudad.

El grupo volvió a animarse.

—No se imaginan —dijo Maxine— lo excitante que es escuchar a la gente manteniendo una conversación de verdad. Y con eso me refiero a gente inteligente de verdad. Lo echo tanto de menos en Londres.

—¿Es que he interrumpido una conversación? —preguntó Jane, horrorizada—. ¿De qué hablabais?

A todos les costaba acordarse. ¿Sobre el servicio doméstico? ¿Los hijos? ¿Perros? ¿Golf?

—Pues... —dijo Maxine—, hablábamos de sexo, la verdad.

Todos sonrieron agradecidos excepto Betty Johnson, que dijo: «Tonterías», y empezó a ponerse los guantes. Nadie le hizo el menor caso, y Rex se dispuso a servirle a su marido otra copa.

—Nos estábamos preguntando —dijo Jill Craxton— de qué manera podríamos salvar a nuestras hijas de un destino peor que la muerte. Rex

sugiere que las encerremos bajo llave y las despachemos puras al altar. La mía solo tiene ocho años, pero he de reconocer que a veces me lo planteo.

—Bueno, pues la mía solo tiene dos —dijo Jane, con brío— y no me planteo nada. Me ocuparé de que lo sepa todo en todo momento, y cuando tenga una edad razonable...

—Ja, ja —volvió a estallar John Wilmington-Smith—. Pero ¿qué edad es razonable? ¿Eh?

—Pues depende de la niña. Antes de que vaya a la universidad, claro está.

—¡Pero bueno, señora Tanner! —exclamó Maxine, con un leve aullido—. Es usted inhumana, de verdad que lo es. Cuando pienso en esa preciosa niñita..., bueno, de verdad, me entran ganas de llorar. ¿Es que no le gustaría que se casara toda de blanco, con el órgano y las damas de honor y todo lo demás? ¿Y ver su fotografía en el periódico?

—¿Y eso qué demonios tiene que ver? —preguntó Jane—. Por mí como si se casa de verde botella.

—Ay, por Dios, Jane —dijo Rex—. Sabes perfectamente a qué se refiere la señorita...

—O'Donovan —murmuró Maxine.

—A qué se refiere la señorita O'Donovan. ¿Y tú, Dick? Me gustaría saber qué opinas tú de todo esto. ¿Qué me dices?

Richard Tanner bostezó con sonora aparatosidad.

—Bah, al diablo con todo el asunto. Además, para entonces es probable que estemos todos muertos. Que yo sepa, Ruth es la única persona a la que de verdad le atañe la cosa. ¿Por qué no le preguntas a *ella*?

El grupo se volvió hacia Ruth. Ella separó los labios y tomó aliento. ¿Que qué pensaba ella? Pues que Jane tenía razón; y aun, que Jane se equivocaba. Que era todo muy importante; que no importaba, que no eran más que voces errantes en un soporífero domingo. Que su opinión era que..., que ella había..., que ella pretendía...

—No lo sabe —dijo Rex—. Eso es lo maravilloso de Ruth. Que actúa por instinto.

—Es verdaderamente maravilloso, ¿no creen? Porque el instinto maternal nunca se equivoca y estoy convencida de que —Maxine exhibió una sonrisa

angelical— la señora Whiting es una madre maravillosa. Cómo me gustaría conocer a su hija, señora Whiting. Estoy convencida de que las dos se llevan de *miedo*.

—Lo siento —dijo Ruth—. Está estudiando. —Se sentía derrotada y apaleada y vieja. Fuera de aquella sala cargada de humo, con sus migas y sus flores mustias, con las ropas alegres ocupadas por cuerpos envejecidos, con su intimidad y su malicia, en algún lugar, estaba el mundo. Barcos que lo surcaban de parte a parte, botes que cruzaban bahías, canoas que remontaban ríos; negros que se disponían a almorzar y soldados que yacían en hoyos, jirafas que comían de las copas de los árboles. ¿Era posible que todos ellos estuvieran muertos sin saberlo?

—¿La has oído?

—¿Oírla? ¿Oír a quién?

—Pensaba que habías oído a Baby llorar.

—No. No, no la he oído.

—Oh. Bueno, vamos. Es hora de ir a preparar la comida.

Maxine se levantó sinuosamente de la silla y Herb, que había pasado todo aquel rato tratando de justificarse ante Craxton y que volvía a sentirse un hombre entre los hombres, estrechó la mano de Ruth con calidez.

—Una fiesta magnífica —dijo—. Esto que tiene usted aquí sí que es un auténtico hogar.

—Gracias —dijo Ruth, distraída.

—Me dicen que tiene usted una hija de dieciocho años. Seguro que me toman el pelo.

—Adiós —dijo Ruth.

—Solo cinco años más joven que yo —exhaló Maxine, sin soltar la mano de Rex—. ¿No te parece increíble?

Ruth se quedó en el umbral y observó el discurrir de la lenta y tambaleante procesión por el camino de gravilla. La encabezaban los Johnson, sin mediar palabra y con el labrador correteando y olisqueando a su alrededor; luego iban los Wilmington-Smith flanqueando a Maxine, que necesitaba más espacio del que ellos le estaban dando para caminar; después Herb y Jane; y finalmente, Richard, que con la gorra bien calada sobre los ojos, arrastraba

los pies y empujaba el rutilante carrito del que brotó un estridente gritito de protesta.

¿Es que nunca va a pasarnos nada?, se preguntó. ¿De veras vamos a seguir así para siempre? ¿Es posible que nada vaya a cambiar jamás?

CAPÍTULO 10

Por Dios —la única exclamación de angustia que utilizaba Angela—, ¿es que nunca va a pasar nada? ¿Nada? ¿Nada de nada? Cuando se aproximaba el fin de las vacaciones, su cuarto se convertía en una suerte de refugio intolerable. Lo odiaba, y solo salía de él para las comidas. Con la puerta cerrada, la radio a todo volumen y las ventanas empañadas, podía emborracharse de aburrimiento, de desesperación, de la holgazanería más absoluta. Fuera, en el pasillo, su madre iba y venía con pasos apresurados, subía y bajaba las escaleras, entraba y salía de las habitaciones vacías igual que una gata buscando a sus gatitos. La aspiradora gimoteaba, el teléfono berreaba, los tenderos aporreaban la puerta de atrás. Y Angela tumbada en el suelo delante de la estufa eléctrica, con la cabeza apoyada sobre los brazos, mirando el pelo tieso de la alfombra, oliendo el polvo.

Ocupaba la mayor parte de su tiempo en escribirle a Tony. «Te he escrito esta mañana, así que la verdad es que no tengo nada que contarte...» Y así era. Chupó el extremo de su pluma mientras paseaba la mirada, sin rumbo, por la habitación. «Todo parece quedar a millones de millas de distancia cuando estoy aquí, y no consigo hacerme a la idea de que dentro de una semana a esta misma hora estaremos de regreso en Oxford...» (Vaya tontería.) «... y podré hablar contigo en lugar de escribirte». Ni siquiera es verdad. Nunca hablo con él. Solo escucho. «Supongo que, cuando vengas el domingo —prosiguió rápidamente—, esta casa te parecerá normal y corriente, y que no creerás ni una sola palabra de lo que te he contado, así que en cierto sentido me da bastante reparo que vengas. A mamá le preocupa muchísimo mi *equipaje*. Dice que cómo voy a meter todo mi equipaje en una

Vespa, pero a lo mejor lo dice porque le parece mal que vengas a buscarme, no sé. De todas formas, no llevo equipaje, así que no te preocupes. Tú eres el primero de mis novios al que conoce, así que creo que está de los nervios; es más, ya me ha preguntado dos veces si te gustan los sándwiches de pepino, de modo que más te vale que así sea. No sabe nada de lo nuestro ni tampoco le interesa, lo que a fin de cuentas es mejor, porque tampoco es que fuera a entenderlo, la verdad. Creo que cada vez está peor y a veces me *desespero* con ella porque es un horror no poder contar con nadie para absolutamente nada; y claro, ese es mi gran problema, y tienes toda la razón cuando dices que soy una persona insegura...»

Suspiró con amargura. Por favor, pensó, qué aburrida soy. Ni que a él fuera a importarle nada de todo esto y, además, ya se lo he contado un millón de veces. Pero ella tenía que fingir que a él le importaba. Al fin y al cabo, estaban enamorados, ¿no? «Nunca me ha importado nadie salvo tú —mintió, testaruda—, y supongo que, además, nunca he confiado en nadie salvo en ti. Cuando estoy contigo tengo la sensación de que todo es *de verdad*, eres la única persona *real* en este mundo, cuando digo que eres la primera persona a la que he amado nunca no es solo por el sexo —que también—, me refiero a toda mi vida...»

Ahora escribía muy rápido, llenando una página tras otra. Lo sentía más cerca que nunca, atrapado entre sus brazos delgados y vacilantes. Había alcanzado, por medio de la imaginación, lo imposible. Lo había convertido en una persona indiferenciable de ella.

Era un jovencito de aspecto menudo, de nariz alargada y corte de pelo a lo centurión romano. Se dirigía a Rex por el apelativo de «señor» y fumaba en pipa. No miraba a Angela, ni tampoco, salvo que fuera estrictamente necesario, le hablaba.

—He aquí algo que sí que echaba de menos cuando estuve en ultramar —dijo, a la vez que Ruth le ofrecía el último sándwich de pepino—: el té. No hay nada como el té. Es más, me considero una especie de degustador de té. Este, por supuesto, es Earl Grey.

—Angela —dijo Ruth—, sírvele otra taza.

—Siempre lo adivino. Mi madre, ahora, toma Twinings Lapsang Su Chong. El otro día nos sirvieron un paquete de Peking Chu Fin por error. Nadie se dio cuenta salvo yo.

—Vaya —dijo Ruth—, qué cosa tan extraordinaria.

—Sí, realmente lo es.

—¿Y cuánto tiempo estuviste... en ultramar?

—Dos años. En el servicio militar. Fueron los días más felices de mi vida. Es más, ahora solo ocupo las horas esperando la próxima guerra. Me siento militar de pies a cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Rex con interés.

—Bueno, señor, sencillamente me encanta esa vida. En la próxima guerra tengo intención de ser coronel. Iré con vaqueros y con una chaqueta de combate estadounidense y una bufanda amarillo chillón y un bull terrier.

—Lo que quiere decir —dijo Angela— es que llevará al perro consigo a todas partes. Como una mascota.

—Pero ¿no será eso un poco complicado si viajas al extranjero? —preguntó Ruth—. Lo digo por lo de la cuarentena y todo eso.

—En absoluto.

—En la próxima guerra —dijo Rex—, no vas a tener mucho tiempo para esa clase de cosas, que digamos.

—Pues perdone que se lo diga, señor, pero no estoy de acuerdo. Para mí que todo eso que dicen de la bomba H y demás no es más que palabrería, francamente. Es mucho más probable que volvamos al combate de trincheras de toda la vida. Es más, no me sorprendería que recuperasen la caballería. Las guerras políticas son cosa del pasado. Hoy por hoy, la gente solo quiere las guerras para desahogarse. En la última guerra nadie recurrió al gas, ¿a que no? Sin embargo, sí que lo hicieron en 1914.

—En la última guerra —dijo Rex con notable paciencia—, recurrieron a la bomba atómica.

—Exacto. Así que no la emplearán en la próxima. En el fondo, todas estas cosas no son más que flor de un día. Que yo sepa, las guerras solo se montan para tener a la gente entretenida. Claro que soy consciente de que es un punto

de vista un tanto revolucionario.

—¿Te apetece otra taza de té? —ofreció Ruth.

—No, gracias. ¿Le molesta que me prenda la pipa?

—Qué va, en absoluto. ¿Y qué estás estudiando en Oxford?

—Lengua inglesa. Pero como les decía, no es más que para pasar el tiempo.

—¿Y a qué te vas a dedicar? Me refiero a si no hay otra guerra.

—Dios dirá. —Depositó la cerilla apagada en el cenicero que le tendía Angela—. Supongo que siempre está el British Council. De hecho, no me importaría trabajar en la Bolsa.

—He oído que tu padre es arquitecto, ¿es así? —preguntó Rex. Era evidente que Tony lo tenía impresionado.

—Así es. Es un viejo rojales incorregible, pero nos llevamos bastante bien. Aunque nos pasamos la vida discutiendo, claro está.

—Y nosotros dos también —dijo Angela, sonrojándose.

—Pero te convertiré, ya verás —dijo Tony sin mirarla. Era la primera vez que se dirigía a Angela directamente, y Ruth sintió una débil e inusitada punzada de posesividad, de temor casi. Le lanzó una mirada llena de severidad a Angela, de quien, de no haber tenido esa cara tan flaca y consumida, se podría haber dicho que sonreía como una tonta—. Mi padre es un caso perdido —dijo Tony—. Es más, hace un año o así pensé que tendría que tirarlo todo por la borda y hacerme con un empleo o algo. Pero por suerte la cosa quedó en nada.

—¿Y eso?

—Bueno, me refiero a que, a su edad, que te arresten en una ridícula concentración socialista pasa de castaño oscuro. Es un hombre bastante conocido y demás. Mi madre se llevó un disgusto horroroso. Y yo se lo dije a las claras: uno no consigue nada lanzando petardos a la policía montada. Me refiero a que esa clase de cosas ya aburren. Vamos, que están muy bien para cuando estás en la escuela, pero después, bueno, lo normal es que se te pase.

—Vaya —dijo Angela con tono acalorado, mientras colocaba ruidosamente los platos en el carrito—, pues yo creo que si más gente lanzara petardos con más frecuencia, a todos nos iría muchísimo mejor.

—Tonterías —espetó Rex—. No sabes de lo que hablas. Él tiene toda la

razón.

—Angela está muy chapada a la antigua —dijo Tony con tono afable—. Es extraordinaria la cantidad de gente que lo está, incluso en Oxford. Si uno se fija, la mayoría ha pasado de la escuela a la universidad directamente, o se ha librado de prestar el servicio militar de una forma u otra. —Chupó enérgicamente la pipa—. Si hay algo que el ejército hace por ti, es que te obliga a aceptar la realidad.

—Oh —dijo Angela—, ¡por favor!

Y salió de la sala como una exhalación, empujando el carrito. Rex y Tony estaban sentados uno frente al otro junto a la chimenea, con las piernas cruzadas; ninguno miró hacia la puerta.

—Iré a echarle una mano a Angela... —dijo Ruth. Los dos asintieron con aire distraído.

—Convendrá conmigo, señor, en que toda esta historia de eliminar el servicio militar es un craso error, ¿no cree? Porque, vamos, francamente...

Ruth cerró la puerta. Angela ya se había puesto a fregar los platos. Tenía una expresión serena.

—No hace falta que friegues —dijo Ruth—. ¿Por qué no terminas de preparar el equipaje?

—Ya he terminado. No me importa. Seca tú.

—No sabría qué... —empezó Ruth.

Angela, que no la escuchaba, la interrumpió.

—Nos marcharemos enseguida si no te importa. No tiene sentido que nos quedemos más tiempo.

—No, claro que no. —Secaba las tazas con delicadeza.

—Se llevan a las mil maravillas, ¿no te parece? —preguntó Angela, con una leve tirantez en la voz.

Ruth asintió, sonriendo.

—Papá lo encuentra maravilloso, obviamente.

—Bueno, ¿y tú no? —preguntó Ruth, mirando en el interior de la tetera.

—¿Yo? —Angela la miró estupefacta. La pregunta, tan inesperada, tan impropia de su madre, liberó un centenar de respuestas contradictorias, un pequeño caos de emoción para el que no estaba preparada en absoluto—.

¿Que si lo encuentro maravilloso? —repitió, como si no estuviese del todo segura de lo que significaba—. Bueno, pues..., no sé... No está mal. Es decir, a veces es lo que pienso, pero luego hay otras veces en las que... Oh, no sé. No está mal.

—Ya veo —dijo Ruth. Sabía con mucha mayor exactitud que Angela lo que esta quería decir. Era probable que Tony fuera un pelmazo estúpido e insoportable, un matón y un mojigato, pero eso no era lo que importaba en ese momento. Lo que importaba es que era un hombre. Siempre había sido un hombre, apoltronado en su carrito de paseo cuando tenía un año, tirador experto y propietario de una escopeta de aire comprimido a los siete, un hábil retuercebrazos y arrancapelos hasta que, en un colegio del tipo apropiado, se ganó el derecho de azotar a los niños pequeños que no eran tan hombres como él. Le iría bien. Veinte años más y puede que hasta fuese dueño y señor de una casa en el Common. Amarle supondría sostener, mes tras mes, año tras año, un pesado espejo en el que él pudiese ver reflejada su propia hombría; supondría envejecer tras ese espejo, y debilitarse, y cómo no, al final, ceder. Haría enloquecer a su esposa, pero llegado ese momento ya no sería maravilloso. Sería glotón, gordo, su estupidez se habría tornado inexcusable, su ordinariez nunca más volvería a verse justificada por un caprichoso corte de pelo o por una demostración de encanto infantil. Nunca comprendería por qué el mundo lo tenía en tan alta estima y su mujer, en cambio, lo odiaba. Nunca comprendería que había perdido su único atractivo, la cualidad de dar placer, que ignoraba por completo poseer. Nunca comprendería nada que no fuera el derecho a ser amado.

—¿A ti te gusta? —preguntó Angela, casi con timidez—. Bueno, ya sé que acabas de conocerlo y que es imposible que sepas cómo es, pero...

Ruth colocó en su sitio el último plato, cerró la puerta del armario, se quitó el delantal.

—No te gusta, ¿verdad? —preguntó Angela—. Lo sabía. Es igualito a papá. Supongo que es todo muy psicológico o como se diga.

Si hubiesen podido sonreír entonces, romper el silencio con un estallido de risa, por cruel o trivial que este hubiese sido, ambas se habrían podido salvar. Pero una sombra de melancolía pesaba sobre el rostro alargado y flaco de

Angela; hundió las manos en los bolsillos y cruzó la cocina con aire distraído para ir a plantarse delante de la ventana, en una actitud de desesperanza y derrota, la cabeza hundida, siguiendo vagamente con un pie el dibujo del linóleo del suelo. La sonrisa de Ruth se transformó en un suspiro breve, apenas audible.

—Pues claro que me gusta —dijo—. No seas tonta.

No recibió respuesta.

—De todas formas —continuó—, aun cuando no me gustara, no sé qué importancia podría tener. Al fin y al cabo, tienes dieciocho años.

Angela emitió un sonido breve, furioso.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Ruth, armándose de paciencia.

—Oh, pues que no tienes remedio, nada más. ¡Es que no tienes remedio! —Salió corriendo de la cocina, desmadejada por la zozobra, y subió con gran estruendo por las escaleras. Se oyó un portazo. El grito persistió en la cocina, vibró en la menguante luz del sol, se demoró resonando contra las cacerolas bruñidas, las superficies duras y frías. «No tienes remedio, no tienes remedio.»

Oh, bueno, pensó Ruth.

—Oh, bueno —dijo—, menuda novedad, más pasada que el pan rancio. —Sonrió, los labios temblorosos—. Pan rancio. Queso duro. Rosquillas con hormigas.

Se encogió de hombros y se deslizó para bajarse de la mesa sobre la que estaba sentada. Cuando volvió al salón su aspecto era despierto y saludable, se había desvanecido el agotamiento de la última hora. Sacó un pedazo de cordel del costurero, se sentó sobre sus piernas en la esquina del sofá y se puso a jugar al cordel consigo misma.

—Bueno, señor —dijo Tony—. Ha sido de lo más interesante conocerle. —Le lanzó una mirada rápida a Ruth—. Y a usted también, señora Whiting. Tiene usted una casa de lo más acogedora.

—Gracias —dijo Ruth, mientras volteaba con pulcritud la cuna de cordel de dentro hacia fuera.

—Creo que deberíamos marcharnos ya si queremos estar allí antes de que anochezca. Supongo que Angela estará preparándose o algo, ¿no es así?

Ruth le sonrió radiante.

—Digo yo que sí.

—Ay, por el amor de Dios —murmuró Rex. Se despegó de la butaca y se dirigió hacia la puerta—. ¡Angela! —bramó—. ¿Podrías darte prisa? ¡Tony te está esperando!

—¿Tú te acuerdas —pregunto Ruth con delicadeza— de cómo se hacía la corona doble?

—¿Y eso qué es? —preguntó Tony con recelo.

—Sé que va después de la trucha, pero...

—¡Angela! —bramó Rex.

—Ah, sí. Ya lo sé. Era así. ¿Lo ves? —Levantó en alto la intrincada red de cordel para obtener la aprobación del muchacho. Sus miradas se encontraron, un instante de pleno reconocimiento, de profunda hostilidad—. Es facilísimo —dijo Ruth—. Hasta un niño puede hacerlo. Es más, lo hacen a menudo.

—No me diga —dijo Tony—. Qué interesante.

Angela bajó muy despacio, cargada con una pequeña bolsa de lona. Se había puesto la trenca, pero no se había molestado en cepillarse el pelo ni en limpiarse las lágrimas secas de la cara.

—Pues, venga —dijo—. Vámonos de una vez.

—Tienes una pinta horrible —dijo Rex—. ¿No puedes arreglarte un poco? —Se giró para mirar a Ruth, que hizo un gurrño con el cordel y se levantó—. ¿Es que no puedes hacer algo para que se arregle un poco? Tiene una pinta horrible.

Angela se encogió de hombros. Tony se enrolló a toda prisa la bufanda.

—Bueno —dijo—, muchas gracias por el té.

Ruth apenas reparó en él.

—Adiós, cielo —dijo desde la otra punta del vestíbulo.

—Adiós. —Angela se dio la vuelta, vaciló. Sintió alivio y remordimiento, una desdicha momentánea. Se aproximaron apresuradamente la una a la otra, se abrazaron, una estrambótica escaramuza que los dos hombres observaron con embarazo—. No te preocupes —dijo Angela con torpeza.

—Pues claro que no. Cuídate.

—¿Llevas dinero? —preguntó Rex, haciendo un vago gesto hacia su

cartera.

—Sí, gracias. Ay, Señor, viene gente. Vámonos.

Ruth dio un paso atrás desde el umbral y los observó mientras se subían a la Vespa. Luego, silenciosa, con pies de bailarina, subió corriendo las escaleras. Cerró la puerta de su dormitorio y se acercó apresuradamente a la ventana, para llegar a tiempo de verlos virar a toda velocidad entre los setos, mientras los Johnson se detenían y les decían adiós con la mano. Se quedó escuchando y entonces oyó voces, la risa exorbitada de Betty, conforme cruzaban el vestíbulo. La puerta del salón se cerró. Ahora tocaba otra copa, otro cuenco de patatas fritas. Las campanas de la iglesia tañían distantes en el aire neblinoso, por las habitaciones se desperdigaban periódicos de días pasados, las asistentas alemanas habían salido. Un enorme bostezo se tragaba al Common, succionándolo hacia el invierno, desvistiendo sus árboles, malogrando sus frondosos jardines.

«No tienes remedio. No tienes remedio.» Una pesadilla lejana empezaba a desplegarse por la casa, por las habitaciones vacías. El silencio se acumulaba. Podía sentirlo, esperando, tornándose más profundo, más mortífero. La habitación estaba repleta de peligros, su propio reflejo en el espejo, su propia voz, su propia mano extendiéndose delante de ella. Cogió la caja de música, la sostuvo con sumo cuidado. Hizo girar la manivela y escuchó la melodía gotear nota a nota, agua en el interior de un pozo vacío. La llevó consigo hasta el tocador y se sentó, girando la manivela una y otra vez. Al cabo de unos instantes, sus labios empezaron a moverse, mudos, articulando palabras tan remotas e inocentes como la propia melodía...

*... Baby Bunting
Daddy's gone a-hunting,
Gone to fetch a rabbit skin
To wrap his Baby Bunting in,
Bye Baby Bunting...[2]*

La hizo sonar una y otra vez, temiendo detenerse y escuchar, otra vez, el silencio.

[2]. «Adiós, conejito / Papá se ha ido de caza / A conseguir una piel de conejo / Con la que arropar a su conejito / Adiós, conejito...»

CAPÍTULO 11

La primera fase de la pesadilla consiste en perder la capacidad de creer en lo insignificante. La consciencia se aguza hasta el punto de que nada es trivial, sino que cada momento, cada detalle posee la misma insoportable cualidad de generar pavor. En este estado de desesperación no hay crisis. El bondadoso censor de la memoria ha perdido el control y todo se recuerda con el mismo horror, la uña partida se transforma en la irregular delatora del sinsentido de la existencia, el comentario más inocente da rienda suelta, sin previo aviso, al dolor o al terror de toda una vida. Pero aun así los días se amontonan, uno encima del otro, de manera ordenada; las semanas siguen marcadas por un domingo en rojo y los meses tienen nombre. Es necesario comer y dormir. Es necesario disponerlo todo para el futuro, aun cuando ello consista únicamente en tomar aliento con el fin de que este pueda, en algún momento, exhalar y respirarse de nuevo. El juicio moral que se le destina a este estado de desdicha es tan severo como el que se les otorga a los lunáticos de Bedlam.^[3] Una pérdida absoluta, dice con petulante repugnancia, del sentido de la medida. Y es exactamente así.

Ruth estaba sola ahora, sin los niños, sin Angela, sin Rex. Nadie la juzgaba; nadie respondía cuando hablaba. Observaba, pegada contra la pared junto a la ventana del rellano, a mujeres que aguardaban en el umbral, mujeres a las que se les había ocurrido pasarse de visita..., y en el mismo instante en que se marchaban, cruzando la verja con paso enérgico, la correa del perro enredándoseles en los tobillos, sentía el deseo de verlas, a menudo las llamaba, a sabiendas de que ya era demasiado tarde. Cuando sonaba el teléfono, se quedaba petrificada, allí plantada, mirándolo, hasta que sonaba el

último timbrazo y solo entonces hacía ademán de mover la mano, vacilante, en dirección al auricular.

No había ni un instante en que no estuviera asustada. A veces el miedo se tornaba más tenaz, como si ella hubiese intentado soltarse; a veces era engañosamente laxo, un nudo de ansiedad soportable, hasta que intentaba moverse hacia delante o hacia atrás, hacia el pasado o hacia el futuro. Consideraba la posibilidad de ir a Londres, de telefonar a Rex, de pedir ayuda. «Rex, escucha, no estoy bien.» Silencio. «Rex, he pensado que convendría que te dijera...» ¿Y bien? ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Rex, escucha, creo que voy a tener un bebé.

—¿Y qué demonios se supone que he de hacer yo?

—Si no estás dispuesto a comportarte como un hombre decente, Whiting, hundiré tu carrera, por Dios que hundiré tu carrera.

—Pero, naturalmente, señor, no existe otra alternativa. Permítame que le diga, señor, que siento su implicación...

Y su madre, que creía en Dios: la hora más oscura es justo antes del amanecer y, tal y como están las cosas, el bebé será demasiado prematuro, creo que un sencillo vestido estampado, dadas las circunstancias, y siempre había deseado una bonita boda de blanco. La ingratitud, cielito, es muy dura de soportar, pero tenemos suerte de que tu pobre padre esté a punto de jubilarse y el condado de Wicklow, me dicen, está repleto de gente encantadora, claro que no podrás venir a vernos con un recién nacido, pero no hay mal que por bien no venga, siempre y cuando ores implorando perdón.

Ella gimoteaba sosteniéndose la cabeza entre las muñecas.

—Eres estúpida, Ruth, eso es lo que te pasa. ¿Por qué no dejas de llorar como una mocosa? Además, ¿de qué sirve llorar? ¿Eh?

—No lo sé.

—¿Es que ya no me quieres? ¿Eh, Ruthie? ¿Ya no me quieres?

—No lo sé.

—Además ¿por qué te crees que me casé contigo? ¿Por lo increíblemente atractiva que eras? ¿Eh? Me casé contigo porque estabas preñada y lo sabes. Entonces no pusiste ninguna pega, ¿a que no? ¿Eh? ¿A que no?

—No lo sé... No lo sé...

Y entonces crujía el suelo en la planta de arriba, un perro ladraba en la distancia, un pedazo de papel se retorció, moribundo, en la chimenea. Ella lo observaba, llorando, con un desconsuelo insoportable. Un pedazo de papel. Nada.

Jane la acorraló por la tarde. Después de comer, Jane —la única esposa en aquel extremo del Common con un bebé— salía a pasear, un tortuoso agacharse junto a cada piedrecita, junto a cada palito, a lo largo de todo el paseo y de vuelta otra vez. A las tres y media cruzaron la verja arrastrando los pies y exploraron la extensión de césped durante un rato, antes de aproximarse a las puertas acristaladas que daban al salón de los Whiting. La casa, a excepción de su finísima señal de humo, parecía muerta. Jane escrutó el interior a través de las cristaleras y vio a Ruth acurrucada en un extremo del sofá, la parte superior de su cuerpo colgando sobre el reposabrazos.

—Ruth está dormida —murmuró, tratando de alejarse con la niña.

Baby aporreó el cristal con la palma de la mano.

—Ya volveremos mañana —rogó Jane.

Baby propinó una patada a la cristalera con la punta redondeada de su zapatito de paseo. De un solo movimiento, grácil como la culpa, Ruth se puso en pie. Su boca se abrió sin emitir sonido alguno y ella dio un paso adelante, se atusó el pelo, echó la vista atrás hacia la puerta. Jane esbozó una tímida sonrisa, efectuó una serie de exagerados gestos de pesar. Cuando Ruth se aproximó a la cristalera, emergiendo lentamente de la estancia en penumbra, Jane reparó con horror en que todavía iba en camisón. ¿Todavía? Quizá se lo hubiera puesto para descansar. Se deslizaron los pestillos, la puerta de cristal se abrió.

—Cuánto lo siento, querida, ha sido todo por su culpa. ¿Estabas dormida?

—Sí —dijo Ruth. Soltó una risa fugaz y volvió a atusarse el pelo—. Sí, debía de estarlo, qué tonta soy, ¿qué hora es?

—No lo sé —dijo Jane, tirando incómoda del brazo inquieto de la niña—. O sea, digo yo que serán las tres y media o así. Siento muchísimo haberte..., ay, Señor, lo siento. —Baby se había zafado de ella y, tras escurrirse al interior, se había encaramado a una butaca y estaba allí sentada con sus polainas, tiesa como un obispo de visita pastoral.

—¿Te apetece un té? —preguntó Ruth con frialdad, mirando a su alrededor, sin hallar señales de la bebida.

—No, no —dijo Jane, completamente desolada—, no hemos venido a tomar el té.

—Pero, cómo que no... —empezó Ruth—. Seguro que hay unas galletitas...

Cuando regresó, con el té preparado y un platillo de migajas de galletas de chocolate que había encontrado en el fondo de una lata, Baby seguía esperando.

—Cuánto lo siento —dijo Ruth—. No hay nada... Yo no suelo... Y ni siquiera una gota de leche. —Su voz rayaba la desesperación. Depositó la bandeja sin mirar a ninguna de las dos—. Lo siento en el alma.

—Oh, santo cielo, así está bien.

—¿Dónde están los sándwiches? —preguntó Baby, escudriñando la bandeja.

—Ay, Dios... —dijo Jane con voz lastimera.

—No hay —dijo Ruth. Esta constatación sometió a la niña a un estado de pasmado silencio. Se quedó sentada con el platillo de galletas en equilibrio sobre sus piernas estiradas, mirando a Ruth y sin moverse durante al menos tres minutos. Entonces, miga a miga, empezó a comerse las galletas, maquinando su venganza.

—¿Cómo te va? —se apresuró a preguntar Jane, consciente de que no disponía de demasiado tiempo—. Hace días que no te vemos. Supongo que Angela ya se ha ido, ¿no es así?

—Sí. Sí, se fue el domingo.

—No tienes buen aspecto, ¿sabes? Te veo muy mala cara. ¿Ocurre algo?

Las lágrimas se agolparon furiosas en sus ojos.

—No —dijo—. No sé, es decir, no, nada. —Un esfuerzo ciclópeo, la voz clara, temblorosa, de quien se está tomando el té sobre la cuerda floja—. ¿Qué tal está Richard? No os veo desde...

—Ya, aquel horrendo fin de semana con Herb y Maxine. Pero ¿tú te *fijaste* en Maxine? Qué espanto de muchacha. Se quedó prendada de ti.

—¿De verdad? —Una risa breve, descreída—. Yo habría dicho que era de

Rex de quien...

—Uy, ¿eso? No se lo tengas en cuenta. Es una manía que tiene, la pobre, no lo puede evitar. —Lanzó una mirada perspicaz a Ruth. No, cómo iba nadie a ser tan estúpida. ¿La niñata esa la había disgustado? Pase que disgustase a Betty Johnson, pero nadie con dos dedos de frente...—. ¿Y cómo está Angela? ¿Sigue circulando por ahí a toda velocidad en esa Vespa?

—Sí. Supongo que sí, sí.

El teléfono empezó a sonar en el vestíbulo. Jane y Baby adoptaron a la vez una expresión de alerta, complacidas y radiantes, como si escucharan una voz familiar.

—Es el teléfono —dijo Jane.

—Sí.

Siguió sonando, cacareando alegremente una invitación, un escándalo, una noticia importante. ¿Por qué seguía allí sentada, mirando desvalida a su alrededor? ¿Qué es lo que le pasaba?

—¿No vas a contestar?

—Sí. Supongo que sí.

Se puso en pie muy despacio. Jane no le quitaba ojo. Se dirigió al recibidor lentamente, pero el teléfono seguía sonando. Por fin, cuando el suspense se había tornado casi insoportable, enmudeció.

Descolgó el auricular, pero no dijo nada.

—¿Hola? ¿Hola? —Repiqueteó bruscamente la voz del otro lado—. ¿Estás ahí? ¿Qué demonios le pasa a esta maldita línea de teléfono?

Ella se sentó, sosteniendo el auricular con ambas manos.

—¿Hola? —gritó él.

Ella se pasó la lengua por los labios resecos.

—¿Rex?

—¿Qué demonios pasa con el teléfono? He intentado llamarte como seis veces. ¿Es que te pasas el día fuera o qué?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Oye? ¿Estás ahí?

—Sí.

—Digo que he intentado llamarte seis veces.

—Lo siento.

—La línea está fatal, no te oigo. ¿Tú me oyes?

—Sí. Sí, te oigo.

—Vale, escucha, no iré este fin de semana. Mañana tengo un par de pacientes y el domingo juego al golf con Craxton. ¿Te parece bien?

Ella asintió con impotencia.

—He dicho que si te parece bien. ¿Me has oído?

—Sí.

—Perfecto. Entonces te veo la semana que viene. ¿Va todo bien?

—Rex, escucha...

—Convendría que llamasas a un técnico. He intentado llamarte seis veces. ¿Lo harás?

—Pero es que yo...

—Por Dios, no es tan complicado. Solo tienes que llamar a la operadora.

—Rex, escucha...

Había colgado. Ella se quedó mirando bobamente el auricular. Su boca acusó un temblor indeterminado, como si quizá fuera a sonreír.

—¿Ruth? ¿Puedo acompañar a la niña al...? Ruth, ¿estás bien?

Asintió a la vez que retorció las manos en torno al auricular. Le temblaba todo el cuerpo, encajado allí en aquella sillita.

—¡Ruth! Ruth, ¿qué te ocurre?

Levantó la vista, tenía los ojos dilatados con la afligida mirada de alarma de quien se precipita al vacío.

—Yo...

—Venga, ven, vamos, te acompañaré arriba. Venga, vamos, no pasa nada, no llores... —La mujer, menuda, fornida, la sostenía, cargaba con su levísimo peso, la conducía hacia las escaleras. Baby, abandonada, empezó a chillar. Por primera vez en su vida, Jane la odió—. Oh, ¡cállate! —le espetó con voz sibilante—. ¡¿Puedes callarte por una vez?!

[3]. El Bethlem Royal Hospital (Londres), también conocido como Bedlam, fue el primer hospital psiquiátrico fundado en Europa (1241). Las terribles

condiciones en que vivían sus internos y lo siniestro del lugar lo convirtieron en objeto de la ambientación de toda suerte de cuentos e historias de terror. Tanto es así que, en la actualidad, la voz inglesa «*bedlam*» es sinónimo de la peor de las locuras.

CAPÍTULO 12

—**B**uenos días —dijo la señorita De Beer, lo bastante alto como para despertar a Ruth. Retiró las cortinas de delante de una pared de niebla—. No es una mañana demasiado bonita, me temo. —Encendió la estufa y la lamparita de la mesilla de noche. Ruth contempló su rostro cetrino, triste, con los ojos hundidos nadando, incorpóreos, sobre el abrupto halo de luz—. Aquí tenemos el desayuno y cuatro cartas preciosas —dijo, con su pulcra vocalización de vicaría—. Y el doctor ya está aquí; le he pedido que espere.

—¿Qué hora es? —Ruth se incorporó, liberándose con esfuerzo de las cálidas mantas, del largo y pesado sueño.

—Las diez y media. La asearemos en un pispás. Como ve, he traído una taza para el doctor.

—Sí. Gracias.

—Y el huevo se ha estado cociendo sus buenos cuatro minutos.

—Gracias.

—¿Nos encontramos bien esta mañana? ¿Está animada?

¿Cómo lo voy a saber? ¿Animada? Tiró de la bandeja, con su mugriento mantelito, su desnudo huevo cocido y su pringoso bote de mermelada, y se la colocó sobre las rodillas. La señorita De Beer era su guardiana, contratada por Rex para que la cuidara. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Semanas? ¿Meses? Ayer había visto unas pocas hojas en los árboles. ¿Era noviembre ya?

—Le he contado que anoche estuvimos un pelín lloronas —dijo la señora De Beer con tacto.

Ruth tomó las cartas y volvió a soltarlas.

—Sí —dijo—. Bueno, pues dígle que suba, ¿me hace el favor?

John Phillips era un hombre corpulento, calvo, más que harto de ejercer la medicina. Le gustaba cazar, jugar al críquet y, qué curioso, los bailes folclóricos. Mientras brincaba de un lado para otro con cascabeles atados a sus piernas robustas, sudaba con una especie de regocijo campestre desolador. El tratamiento que le había aplicado a Ruth durante las últimas cuatro semanas había sido simple: arremánguese, piense en los fantásticos hijos que tiene, no pierda la esperanza. Le recetó varias pastillas de color chillón y, tras hojear un manual de psicología, sugirió encargarse de un telar. En los momentos más espinosos —y se habían producido unos cuantos, vaya que sí—, había traído a Dios a colación, como si se tratara de una suerte de asesor experto. Su fe en Dios era ampulosa y sentimental, como la de una mujer. Era popular en el Common, donde era sospechoso, entre las esposas, de poseer alguna oscura pero interesante peculiaridad sexual.

—Buenos días, Ruth. —Daba, o eso esperaba él, una impresión cruda y lívida como la de la niebla, trayendo consigo un halo de dificultades y responsabilidades, cierto aire de tener que llegar a tiempo a algún sitio—. Pensé que para estas horas ya te habrías levantado y estarías haciendo el equipaje. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. —El hombre se había esforzado tanto; no quería dejarlo tirado. Añadió una sonrisa—. Mucho mejor, la verdad.

—Me dice Beer que anoche te entró un poco de llantina. ¿Cómo es eso?

—Oh... No fue por nada. No me acuerdo. En serio, por nada.

—Bueno —dio una palmada y se frotó las manos—, con este viaje a Antibes se te pasará todo. Ya verás, serás una mujer nueva cuando regreses, te lo prometo.

—Sí, John. —Un viaje a Antibes; ¿de verdad se creía que iba a servir para algo?

—Ya verás como lo ves todo de otra manera.

¿El Common? ¿La casa? ¿Una casa donde las paredes construidas como protección se habían convertido en muros que encerraban fosas de soledad? ¿De qué otra manera iba a verlo? ¿Cómo era posible que pudiese cambiar?

—Sí, John. Seguro que sí.

—Y tienes que pensar en los niños, ya lo sabes. Angela, Julian, Mike. Ellos quieren que te recuperes. Merecen el esfuerzo, ¿no crees?

Ella asintió con énfasis. Eres tan afortunada de tener hijos; de tener hijos durante seis semanas al año. Vienen, desconocidos, crecidos, extraordinarios, e irrumpen en un frágil estado de ansiedad; y se van dejando atrás los pedazos, dejando la puerta abierta para que entre una bocanada de silencio.

—Por supuesto —dijo—. Por supuesto.

—Y entonces —dijo él con entusiasmo—, las navidades ya estarán a la vuelta de la esquina y tendrás que empezar con los preparativos. Tendrás mucho en qué pensar y mucho que planificar.

Pensar. Planear. Preparar. Doce veces al año tu cuerpo se prepara, elaboradamente, para nada. Vivir es un perpetuo prepararse para nada. Pinchar banderitas en las medianoches, comprobar el armario de la despensa, vaciar los ceniceros, tenerlo todo en orden, hacerse la manicura, mandar breves felicitaciones a corta distancia por teléfono. Cuando te mueves, se produce un susurro de listas anticuadas de la compra, como hojas muertas; cuando paras, te aborda la terrible sensación del tiempo que pasa. Debes continuar. Corres de un lado para otro en el interior de los altos muros. Preparas para preparar para preparar...

—Oh, lo conseguirás, estoy convencido. Ya has avanzado mucho. No hay razón por la que no deberías darte una palmadita en la espalda de vez en cuando, ¿sabes?

Así que echas la vista atrás para darte la enhorabuena. Pero ahí no hay nada. Todo sigue igual que antes. Has estado ocupada con puñados de aire, moviendo sombras, disciplinando el vacío.

—Todavía eres una mujer joven. Tienes sentido del humor, una cara bonita, una buena familia. ¿Qué más puedes pedir?

—Nada, John. Nada.

—Como ya te he dicho en otras ocasiones, yo no soy un loquero y no creo que sea eso lo que necesitas. Si lo hiciera, ya te habría enviado a uno hace mucho tiempo.

—Sí, lo sé.

—Bueno... —No estaba demasiado convencido de haber tenido éxito—. Si

hay algo que pueda hacer por ti —dijo—, ya sabes que no tienes más que decírmelo.

—Gracias. Te has portado maravillosamente, John. —Se miró las manos, que yacían sobre la colcha—. Siento haber sido un incordio.

—Tonterías. No has sido ningún incordio. Si esta horrible profesión mía tiene algo de bueno es que, de tanto en tanto, te permite sacar a alguien de un aprieto. Hace que todo lo demás merezca la pena, ya sabes. Prefiero mil veces ofrecer una pizca de compasión y comprensión que recetar todas las pastillas de la Cristiandad. —Echó un vistazo a su reloj, no parecía muy dispuesto a proseguir con su ronda, observar el interior de la garganta de niños gritones, palpar sus pechos flácidos, examinar el progreso de sosos embarazos—. Bueno, yo no puedo quedarme aquí de cháchara, y tú tienes que preparar el equipaje. ¿A qué hora te vas mañana?

—Hacia las ocho, creo. Rex viene esta noche.

—Me pasaré antes de la cena y hablaré con él. No quiero que nada te preocupe mientras estás fuera. Si surge algún problema con los niños o algo..., Rex tendrá que ocuparse de ello.

—Sí, John.

—Tú solo intenta pensar en este problemilla como si se tratara de un esguince de tobillo. Guarda reposo y mejorará. No queremos complicaciones, ya lo sabes. Me pasaré esta noche.

—De acuerdo.

Cogió la caja de música y dio unos giros a la manivela.

—Qué bonita. ¿De dónde es?

—No me acuerdo —dijo ella, con una suerte de paciencia agónica.

—Bueno. Te veo esta noche, entonces.

—Sí, John. Gracias. Adiós.

Cuando se hubo marchado, ella se desplomó de nuevo sobre las almohadas. Ahora, por fin, podía volver a dormir. Dormir y dormir y olvidarlo todo. Cerró los ojos y se concentró en conciliar el sueño.

—Vaya, vaya, ha derramado el café. No se ha comido el huevo. No ha echado ni un vistazo a estas bonitas cartas. ¡Vaya, señora Whiting!

—Quiero dormir.

—No, no, nada de eso. Ahora no. Tenemos muchísimo que hacer, un montón de cosas felices con las que ilusionarnos. Venga, vamos. Incorpórese; arriba, y ahora dos pastillitas. Así está mejor... —Contempló con ojo crítico la postura en la que había colocado a Ruth, tiesa y enfadada—. No hay nada difícil si una se esfuerza, y ya hemos dormido bastante por ahora.

—Pero es que estoy cansada.

—Qué va, qué va a estar cansada. En absoluto —dijo la señorita De Beer, con una indulgente hilaridad—. Digo yo que solo está un poco embotada por culpa de las pastillas para dormir. Le prepararé el baño y usted vaya leyendo sus cartas; verá como en cinco minutos se siente como una rosa. —Embutió las cartas en la mano de Ruth y se quedó plantada junto a ella—. ¿Lo ve? Mire qué invitación tan bonita. Ahí tiene algo por lo que ilusionarse.

Una tarjeta blanca rotulada con pulcros caracteres dorados. Ralph Rackworth solicita el placer de la compañía del señor y la señora de Rex Whiting en la fiesta «Rock and Roll» que tendrá lugar en Rackworth House el sábado 30 de noviembre, a las 9:30 de la noche. Sin condecoraciones. Sin espadas.

—Vaya —dijo la señorita De Beer, escudriñando la tarjeta—. ¡Qué divertido!

—A lo mejor le gustaría ir a usted —sugirió Ruth—. De todas formas, yo no voy a estar aquí.

La señorita De Beer, ofendida, se dirigió al baño a grandes zancadas.

La siguiente carta, en papel grueso de color rosa, tenía las palabras dibujadas, más que escritas, en tinta violeta.

«Estimada señora Whiting:

Me apena enormemente oír que ha estado usted enferma y he pensado que podría escribirle unas líneas. Espero de corazón que ya se encuentre mejor. El tiempo es tan horrible que debe de ser agradable permanecer en cama, aunque supongo que estará deseando levantarse de nuevo. Bueno, solo quería decirle lo mucho que me apena oír que ha estado enferma, puesto que disfruté muchísimo conociéndola y visitando su preciosa casa. Reciba mis más cordiales saludos y mis mejores deseos para una pronta

recuperación.

Suya atentísimamente,

Maxine O'Donovan»

Abrió la siguiente con recelo. Una carta de los niños, fotografías de ellos, casi su sola mención podía desencadenar aquel dolor una vez más, aquel llanto bochornoso. De forma nauseabunda, conforme leía, las palabras se desdibujaron, la hoja de papel rayado tembló.

«Querida mamá:

Espero que ya estés mejor. Es una pena que no pudieras venir a vernos. Mike pasó el último fin de semana con los Robinson y se atiborró, como siempre. Yo no salí. Espero que te encuentres mejor. Ha hecho un tiempo asqueroso y hay casi treinta chicos en la enfermería con gripe, pero yo no la he cogido aún. ¿Podrías enviarnos unos caramelos Polo y unos Refreshers y dos bolsas de picapica y algunos sellos más? Me gustaría unos guantes de boxeo para Navidad si te parece bien. Mike está demasiado ocupado (!) para escribir, pero dice que lo hará la semana que viene. Espero que ya estés más animada.

Muchos besos,

Julian»

Alguien tendrá que ocuparse de comprar los caramelos. Alguien tendrá que ir a la oficina de correos. Alguien tendrá que escribirle, comprarle los guantes de boxeo... Hundió el rostro en la almohada. Se odiaba tanto que su debilidad, y su incapacidad de castigarse, le resultaron insoportables.

—El baño, señora Whiting.

—¡Márchese!

—¿Qué ocurre? —Recogió del suelo la carta de Julian, le echó un rápido vistazo—. No es más que una carta cariñosa de su hijito, no tiene de qué preocuparse.

—¡Márchese!

—Y esta —dijo la señorita De Beer, casi chillando—, digo yo que será de su hija. El matasellos es de Oxford. Pone «Urgente».

Ruth se quedó paralizada. ¿Urgente? ¿Angela?

—¿Quiere que se la lea? —La señorita De Beer había rasgado el sobre.

—No. —Se incorporó, le arrancó el pedazo de papel de las manos. Era una hoja arrancada de un cuaderno. La sostuvo en la mano, sin desplegarla, mientras observaba a la señorita De Beer cruzar la habitación hasta la ventana, atarearse innecesariamente con las cortinas. Entonces, con un gesto casi furtivo, la abrió.

«Queridísima mamá:

Esto es terriblemente importante. Tengo que verte. Llegaré a casa el viernes por la tarde, a eso de las seis. Te explicaré por qué no puedo llamarte por teléfono. Es *superimportante* y, por favor, tengo que verte *a solas*. Lamento la urgencia.

Con todo mi cariño,

A.

Espero que estés mejor de la gripe o de lo que sea que hayas tenido. ¿Puedes inventarte alguna excusa para papá? Tengo que verte *a solas*.»

—Vaya —dijo la señorita De Beer—, la niebla se está despejando. Es una buena señal. Me temo que el baño se le estará quedando frío.

—¿Hoy es viernes? —preguntó Ruth, con un extraño tono neutro en la voz.

—Efectivamente —dijo la señorita De Beer, felicitándola con efusividad.

—Mi... mi hija viene a dormir a casa.

—¿Esta noche?

—Sí.

—Para despedirse, supongo. Vaya, ¡¿no es emocionante?! ¿Lo ve? Siempre hay algo por lo que ilusionarse, ¿a que sí?

Ruth salió de la cama con lentitud. Paseó la mirada vagamente por la habitación, como si acabara de darse cuenta de dónde se encontraba.

—Quizá podría usted prepararle una bolsa de agua caliente...; habrá que airear su cama.

—Pues claro, usted déjemelo a mí. Tiene la bata sobre la cama, señora Whiting.

—Tendré que preparar su dormitorio.

—Vamos, no se preocupe. No hay nada de qué preocuparse. Las zapatillas, señora Whiting...

—Y mientras esté aquí, por favor, no le hable de... Es decir, no hable con ella sobre mí.

—Por supuesto, señora Whiting, no se me ocurriría...

—Y otra cosa, señorita De Beer. Cuando llame a Turners para hacer el pedido, ¿podría decirles que envíen cuatro paquetes de caramelos Polo, cuatro paquetes de Refreshers y seis bolsas de...?

—¿Picapica?

—Sí. Picapica.

—Su hija ha sido todo un estimulante. Justo lo que el doctor le había recomendado. Incluso ya le veo mejor cara, vaya que sí.

—Y solo una cosa más. —Su voz sonaba firme, pero le temblaban las piernas.

—¿Sí, señora Whiting?

El grito, el alarido de ira pudo escucharse por debajo de su entonación cuidadosamente neutra.

—¿Puede dejarme en paz de una vez? ¿Puede?

—Pero el equipaje...

—El equipaje puede esperar. No es importante.

La puerta se cerró de golpe. La mano de Ruth voló fugaz hasta su boca; sobre su mano ahuecada, sus ojos brillaron sobrecogidos por la vacilante ejecución de aquel pequeño acto de valor.

CAPÍTULO 13

Mientras rodeaba la casa de camino a la entrada trasera, Angela pudo escuchar cómo la Vespa salía disparada hacia la oscuridad. Ay, Señor, pensó, seguro que lo oyen. Estaba helada de pies a cabeza, tenía la boca entumecida y sentía que sus ojos eran dos piedrecitas petrificadas por el frío; al mover la mandíbula notaba como si las mejillas se le agrietasen igual que una finísima capa de hielo. Abrió la puerta trasera, tropezó con las botas de agua. ¿Qué les costará —pensó por millonésima vez— poner una luz en la puerta trasera...? En el ambiente flotaba un olor inusual, a goma y repollo en remojo, el olor a pasillo de colegio. Se dirigió a la cocina, parpadeando bajo la intensa luz, creyendo que allí encontraría a su madre. En su lugar, con un delantal estampado, batiendo algo en un cuenco, encontró a una extraña. Ambas se quedaron estupefactas.

—Oh —dijo Angela. Percibió, sin reparar realmente en ello, desorden, grasa, botellas de leche sin enjuagar—. ¿Dónde está la señora Whiting?

—¿Y supongo que usted es...?

—Soy Angela. ¿Dónde está la señora Whiting?

—Creo que está en el salón. Yo...

—¿Ha llegado ya mi padre?

—No, no, creo que no.

—Pero viene esta noche, ¿verdad?

—Oh, sí, porque su madre...

El resto de la casa, al menos, parecía igual que siempre. Atravesó la puerta de servicio de paño verde, dejándola sumida en un furioso bamboleo y avanzó deprisa por el pasillo. El teléfono estaba sobre la mesita, los cepillos

para la ropa pendían a ambos lados del espejo, las escenas de caza seguían colgadas simétricamente en la pared, el pomo de latón de la puerta del salón seguía abollado y bruñido. Era extraordinario que todo aquello siguiera existiendo cuando ella no estaba allí; que le pasara lo que le pasase a ella, allí siguieran pasando el polvo y sacando brillo y enderezando los cuadros, como si tuviera alguna importancia. Vaciló un momento, pero no había alternativa. Abrió la puerta. Su madre se volvió, se levantó del sofá de un brinco. Ay Dios, por favor, no permitas que monte una escena.

—Cielo... —Sus caras se encontraron un instante—. Qué fría estás. No te he oído llegar. ¿Cómo has venido hasta aquí desde la estación? ¿Has cogido un taxi? Pensé que quizá, con esta niebla, no subirían hasta aquí, pero como no sabía a qué hora...

—Ya no hay niebla. Me ha traído Tony. —Está fatal, ¿por qué no puede nadie llegar nunca a casa sin que parezca un puñetero milagro? Se arrodilló delante del fuego, abrazándose el pecho. Ahora que estaba aquí, dispuesta, de hecho, a contárselo, se sentía aturdida, incapaz de tomárselo ni mucho menos tan en serio. La ansiedad, la desesperación de la semana anterior, se habían transformado, en el instante en que entró en esa habitación, en un enorme bostezo.

—Por cierto, ¿quién es esa mujer tan peculiar que está en la cocina?

—Oh, pues una especie de... ama de llaves. Vino a ocuparse de todo mientras yo estaba enferma. ¿Dónde está Tony?

—Se ha ido. —Bostezó, la recorrió un escalofrío, se frotó los brazos—. ¿Podrías ofrecerme una copa o algo?

—Pues claro. —Su madre se levantó de un brinco de nuevo. Qué mal aspecto tiene, pensó Angela, resentida. Envejecida. No me ha mirado ni una sola vez—. ¿Qué te apetece?

—Oh, pues, ginebra, jerez..., lo que haya.

—Pues —esa risita nerviosa tan familiar— tú dirás.

—Lo que sea. Me da lo mismo. ¿Y cómo se llama?

—Es la señorita De Beer.

—Y ¿por qué De Beer?

—No sé.

No, claro que no.

—Es ridículo.

Estaba tiritando, daba sorbos a su copa como si fuera un medicamento. Su madre había regresado al sofá, donde se encontraba ahora sentada muy tiesa, las manos sobre el regazo, aguardando. Si al menos preguntase. Una madre normal iría directa al grano, seguro: «Y bien, ¿por qué has venido a casa?». «Bueno, la verdad es que es una situación de lo más cursi, pero...» Con el dedo enterrado entre el grueso pelo de la alfombrilla de la chimenea, ocultando la cara tras su pesado pelo lacio, Angela también aguardaba. Era una batalla de silencio.

—¿Te ha...? —arrancó su madre por fin. Angela levantó la vista rápidamente, muy aliviada. La cara de su madre estaba gris, brillante, la pálida boca retorciéndose, tratando de formar las palabras—. ¿Ocurre algo? Decías...

—Sí, lo sé. —¿Cómo contaba una estas cosas? ¿Cuáles eran las palabras correctas, las menos melodramáticas? No resultaba nada fácil. Era horrible. No había salida. Lo dijo por las buenas—: Voy a tener un niño. Eso es todo.

Silencio.

—Estoy embarazada —insistió; y a continuación, con una terrible sacudida de miedo—: ¿Me entiendes?

Su madre se levantó y cruzó la habitación, rodeando el sofá y la mesa con sumo cuidado, hasta que alcanzó el rincón más apartado, en la penumbra.

—Sí —dijo. Pareció hacer una pausa, como si tomase algo en consideración—. ¿Te apetece otra copa?

—No, gracias. A no ser que tengas zumo de tomate.

—Tengo en la nevera. No me importa ir a buscarlo.

—No, en serio. No te molestes.

Ninguna de las dos dijo nada durante un minuto entero. ¿*Por qué* no dice algo? ¿Por qué no me grita? ¿Por qué no me demuestra lo impresionada que está? ¿Por qué no me castiga de alguna forma? Una amarga sensación de injusticia, agravada por su irracionalidad, la hacía querer golpear el suelo con los puños, aullar, gritar, hacer lo que fuese para quebrar aquel silencio.

—¿Estás completamente segura?

—Un amigo de Tony me examinó. Es estudiante de Medicina. Estaba bastante seguro.

—A lo mejor se equivoca.

—¡No se equivoca! ¡Está seguro!

—¿De cuánto...? ¿De cuánto dijo que estabas?

—De dos meses. Pero eso ya lo sabía yo, de todas formas.

—¿Por qué?

—Porque fue la noche esa en la que fuimos a la feria. El día que los niños regresaron al colegio. Después de esa vez he tenido, ya sabes, más cuidado.

Intentaba llevarlo lo mejor posible. Tal y como Tony no cesaba de repetirle, de nada servía perder los papeles. ¿Tony? Para él era sencillo. Fácil.

—¿Cómo has podido ser tan estúpida?

—¿Qué? —Levantó la cabeza de golpe, lanzó una mirada incrédula hacia el otro extremo de la habitación.

—¿Cómo has podido ser tan *tonta*?

Su madre temblaba. Podía verla temblar. La incapaz, distraída y bobalicona mujercita, con su pulcra vida de *chintz*, su segura y petulante vidita, sus agradables juegos y sus nervios y su risa de besugo, estaba furiosa. Era increíble. Olvidaba que había deseado que estuviera furiosa. Solo tomó conciencia de que una y otra y otra vez era rechazada, abandonada, traicionada por alguien que supuestamente debía quererla. No había palabras para describirlo. Sabía que lo que ahora gritaba era inútil, que su aspecto era feo y desgarrado, y que no le estaba haciendo ningún bien. No le importó.

—Eso es todo lo que se te ocurre decir, ¡¿eh?! Me hago todo el viaje hasta aquí para contártelo porque pensaba que podrías ayudarme, y lo único de lo que eres capaz es de gritarme. No estás pensando en *mí*, ¿verdad? Te da lo mismo lo que *yo* sienta. Tú nunca has tenido que enfrentarte a nada como esto en toda tu vida. Estas cosas no le suceden a la gente como nosotros, ¿verdad? ¿Qué pensarán los Tanner y los Johnson y los puñeteros Wilmigton-Smith...? ¡Oh, por *Dios*, tendría que habérmelo imaginado!

—¡Ya está bien!

Se miraron la una a la otra durante un instante. Una pieza de carbón se deslizó en la chimenea y unos pasos se aproximaron por el pasillo. La

cabeza de la señorita De Beer se asomó por la puerta al mismo tiempo que sonaba su alegre repiqueteo en la puerta.

—Ya nos hemos presentado —dijo, dirigiéndole un alegre gesto de asentimiento a Angela—. Ya debería estar acostada, señora Whiting. Ya sabe que se lo prometí al doctor.

—¡Oh, márchese!

—Perdón, ¿cómo dice?

—Esta noche no pienso acostarme hasta después de cenar. Me encuentro perfectamente. Ya se lo diré yo al doctor Phillips cuando venga...

—Esto no funciona así, señora Whiting. Usted es responsabilidad mía y, teniendo en cuenta el largo viaje de mañana, insisto tajantemente en que se acueste. Su madre ha estado muy mal —le espetó a Angela—. Es esencial que no se agote en exceso. Mañana tiene que levantarse muy temprano.

—¿Por qué? ¿Qué viaje es ese? —Se volvió, indignada, hacia su madre—. No irás a marcharte, ¿verdad?

—Su madre se va al sur de Francia mañana —anunció la señorita De Beer con petulancia, como si fuera un castigo que Ruth se mereciera con creces—. Para descansar. El viaje será agotador.

—Pero ¡no puedes! ¿Cuándo piensas volver? ¡Nadie me ha contado nada!

Las tres se miraron entre sí. Cabos sueltos, callejones sin salida, sentimientos descarnados y abandonados, desnudos, a la intemperie.

Sonó un portazo en la puerta principal.

—¿Hay alguien en casa? —bramó Rex con jovialidad.

Durante un segundo ninguna de las tres se movió. Entonces, la señorita De Beer, cabizbaja, se escabulló del salón. Ruth salió al pasillo.

—Sí —dijo—. Angela también está aquí.

—¿Angela? ¿Y qué puñetas hace *ella* aquí? —Luego, al verlas allí plantadas, mirándolo con aparente confianza, realizó un esfuerzo ciclópeo—: Bueno, cariñito, qué alegría verte. —Y las besó a las dos.

CAPÍTULO 14

—¿Te has enterado? —Se sirvió soda en el whisky con el sifón, se acercó a la chimenea y se quedó mirándolas desde lo alto con una sonrisa radiante—. Tu madre se marcha al sur de Francia mañana mismo. ¿Qué te parece?

—Ya lo sé —dijo Angela. Se precipitó hacia la puerta—. Voy a asearme. Estoy hecha un asco. ¿Qué le digo a esa espantosa mujer si la veo?

—¿Qué espantosa mujer?

—Tú sonríe —dijo Ruth—. No hace falta que digas nada.

—¿Qué espantosa mujer?

—La señorita De Beer.

—¿Y qué tiene de espantosa?

—Nada.

—Oh, vale... —Apuró su copa pensando en lo pronto que acabaría todo aquello—. Tenemos que estar en el aeropuerto a las diez. Lo que significa salir de aquí hacia las siete y media. Supongo que tendrás hechas las maletas y demás, ¿no es así?

¿Cómo voy a abordar esto? Con tacto, con tacto. Cruzó las manos. Inclino la cabeza.

—Pareces ansioso por deshacerte de mí.

—Oh, venga, Ruth...

—No he estado tan bien esta semana. La señorita De Beer te lo puede confirmar.

—Lamento mucho oír eso. Pero este viaje te curará del todo.

—Tengo miedo. Me aterra ir.

—No, no, claro que no. Solo lo piensas.

Sonrió con indulgencia mientras se encendía un puro.

Ruth lo observó con cautela. Su rostro macizo, aún atractivo, estaba relajado. Podía entender por qué él seguía teniendo éxito, por qué tantas actrices, debutantes, madres de debutantes, modelos y estrellas infantiles, abrían sus bonitas bocas para él. Él las comprendía; las cautivaba con amabilidad y destreza. Si era capaz de taladrar un diente sin dolor, entonces tenía que ser capaz de comprender el sufrimiento. ¿O no?

Pues claro que no. Ella sabía que no era así. No obstante, se movió, ocupando el lugar de Angela sobre el suelo, y levantó la vista sonriéndole.

—¿Qué tal los Craxton?

—Oh, bien. Estuve en su casa una noche, me ofrecieron una cena excelente. Me dieron muchos recuerdos para ti y eso.

—Esta mañana he recibido una carta de la muchacha aquella. La que pasó unos días en casa de los Tanner.

El rostro de él se endureció.

—¿Qué muchacha?

—Ya sabes, la rubia, la de la voz de pito.

Él soltó su copa, volvió a prender el puro.

—¿Y para qué puñetas te escribe?

—No sé. Alguien debe de haberle contado que yo estaba enferma. Me ha parecido de lo más encantador por su parte.

—¿Y nada más?

—¿Cómo que nada más?

—¿Eso es todo lo que te decía?

—Sí.

Él se levantó, tomó su copa para rellenarla.

—¿Cuándo puñetas vamos a cenar? ¿En qué está pensando esa mujer? ¿Es que nunca puede tener la cena lista cuando toca?

—Solo son las siete y media. No solemos cenar hasta las ocho.

Él se quedó en el extremo opuesto del salón, moviéndose de aquí para allá, inquieto. Ella se levantó del suelo.

—Mañana no saldré de viaje —dijo con aire cansino. No había, después de

todo, otra forma de decirlo.

—¿Qué?

—Mañana no saldré de viaje. No me marcho a Antibes.

Él le lanzó una mirada furibunda, luego se echó a reír.

—Pues claro que te vas, cariño. No seas absurda.

—No me voy. Lo siento.

—A ver, Ruth. No empieces a imaginarte cosas otra vez. Te vas a subir a ese avión, y vas a tomar el sol y a atiborrarte de comida... Te envidio. Lo admito: te envidio.

Ella corrió ligeramente dos spaniels de porcelana de Staffordshire hacia el centro de la repisa de la chimenea.

—Pero no me voy.

Se hizo un silencio momentáneo. Él intentaba controlarse. La pausa fue un esfuerzo genuino.

—¿Se puede saber por qué?

—Por supuesto. —Se volvió. Él agarraba con fuerza el respaldo del sofá, un tono encarnado iba sonrojando su rostro poco a poco—. Quiero quedarme aquí.

—¿Y por qué quieres quedarte aquí?

—Porque sí. Eso es todo, porque sí.

—¡Por Dios! —suspiró él con desesperación. Transcurrieron diez lentos segundos—. Mira, Ruth. Has sufrido una crisis nerviosa. No estás capacitada para tomar decisiones de esta índole. Me parece que no eres del todo consciente de...

—¿Y aun así estás dispuesto a despacharme, sola, a Antibes?

—A ti te pareció bien, ¿lo recuerdas?

—Pero no estoy capacitada para tomar decisiones. Lo acabas de decir.

—Maldita sea, ¿por qué no quieres ir? ¿Quién te necesita aquí? ¿Qué importa si te quedas o no?

Ella no dijo nada.

—Hay un motivo, ¿verdad? No estás tan chiflada como quieres hacerme creer. Tienes un motivo.

Ella no dijo nada.

—Está bien. Desembucha, vamos. Dilo ya de una vez, mujer.

Tendré que hacerlo. ¿Qué otra cosa voy a decir si no? Se lo quedó mirando, sin saber qué hacer.

—¿Con quién has estado hablando?

—¿Hablar? ¿Yo?

—Oh, deja ya de hacerte la inocente, maldita sea.

Ella se dio cuenta, de repente, de que él se había olvidado por completo de la existencia de Angela. Estaba tan encerrado, embarrotado y acerrojado en sí mismo que uno podía morirse delante de él y él no se lo creería.

—No sé de qué hablas —dijo ella, inexpresiva. Dejó que su voz temblase, que sus manos se elevaran en el aire, desesperadas—. Sencillamente no quiero ir a Antibes. No quiero ir. No quiero.

—Está aquí el doctor —dijo la señorita De Beer, que abrió la puerta, pero no pasó al interior de la estancia.

—Pues dígame que pase —gruñó Rex—. ¿Por qué no le hace pasar?

John Phillips se dirigió apresuradamente hacia Ruth, con la calva reluciente. Al acercarse, con las manos extendidas para reconfortarla y poner orden, la cara amable y afligida, ella sintió un tremendo alivio, el levantamiento de una carga tan pesada que, al verse liberada de ella, a punto estuvo de tropezar y caer en sus brazos.

—Oh, John.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te sucede?

—Ha decidido —dijo Rex— no irse a Antibes mañana.

—No quiere creerme —sollozó ella, a sabiendas de que su actuación era deplorable, con un leve tinte *amateur*—. No quiere creerme. Me encuentro tan mal, John. Tengo tanto miedo.

—Será mejor que te acompañemos arriba. Vamos.

A lo largo de todo el tramo de escaleras, ella apoyó todo su peso en el brazo del médico. Este abrió la puerta del dormitorio, encendió la luz. Ella cerró la puerta con cuidado. Él dio un respingo, alarmado, sintiéndose atrapado.

—Lo siento —dijo ella con voz neutra—. Me encuentro perfectamente, pero tenía que hablar contigo. No es por mí. Se trata de Angela.

CAPÍTULO 15

No se movió hasta que el coche del médico se hubo alejado, resoplando, por el paseo de entrada, momento en el que levantó la cabeza de entre las manos. Su repugnancia le había dejado un regusto rancio en la boca.

—¿En serio le aconsejarías hacer algo semejante? ¿A tu propia hija? Dios mío, Ruth, lo siento. Me das asco.

Ni siquiera había merecido la pena intentarlo. Tendría que habérselo figurado. Se levantó y se arrastró hasta el cuarto de baño, se lavó la cara y las manos, recorrió con lentitud el pasillo hacia la habitación de Angela.

—Hola. —Angela levantó la vista desde el suelo sembrado de revistas—. Solo les estaba echando un vistazo. —Culpable, como si no debiera estar haciéndolo.

—Oh. Sí. Me las han ido trayendo mientras estaba... mientras estaba en cama.

—¿Y qué es lo que te pasa, por cierto? ¿A qué viene tanto misterio?

—No hay ningún misterio. —Se sentó sobre la cama. Un montón de niñas sanas con jerseys tejidos a mano la miraban sonrientes. Qué le decía una a su propia hija. Cómo lidiar con esos momentos difíciles. Si una tiene un problema personal que le preocupa y necesita consejo...—. No ha sido nada. Ya estoy recuperada.

—¿En serio te vas a Francia mañana?

—No. No, no me voy.

—Lo siento... Quiero decir, que si es por mi culpa...

—No quería ir de todas formas.

—Ah, vale. Entonces no pasa nada.

—Mira, Angela. El doctor se acaba de marchar. Ya sabes, John Phillips.

—¿Y?

—Pues que..., pues que he cometido una terrible estupidez. Vamos, que le he contado lo tuyo.

—Oh. —Una leve vacilación—. Bueno, probablemente haya sido sensato. ¿Por qué crees que ha sido una estupidez?

—Porque..., —Se levantó, se colocó en un rincón donde no la pudieran ver—. Si es cierto... Bueno, ¿qué vas a hacer al respecto? ¿Quieres casarte con Tony?

—No, claro que no.

—¿Por qué no?

—Porque ya no le soporto. Dios, no creerás en serio que debería hacerlo, ¿verdad?

—No —dijo Ruth.

—Vale, al menos eso ya es algo.

—Pero puede que haya quienes así lo crean.

—Me importa una mierda lo que opinen los demás. —Su voz adquirió de súbito un tono agudo—. Ay, Dios, no se lo habrás contado a papá, ¿verdad que no?

—No.

—Porque él me obligaría a casarme en menos que canta un gallo. Sabes que sí. No me dejaría explicarme. ¿Me prometes que no se lo has dicho?

—Pues claro.

—Es que no lo podría soportar, ¿sabes? Antes prefiero morirme. Antes prefiero abandonar Oxford y tener el bebé yo sola. Te lo juro.

—Ya, pero...

—Es que hoy por hoy le odio. Le desprecio. No me casaría con él aunque fuera el último hombre en la tierra.

—Vale —dijo Ruth—. Me hago cargo.

Angela levantó la vista. Muy despacio, mudando su rostro por completo, sonrió de oreja a oreja.

—Ah. Ah, ya sé a qué te refieres.

—¿A qué me refiero con qué?

—Le has pedido al viejo Phillips que nos ayude a solucionarlo. Y se ha negado. Se ha quedado de piedra. ¿Es eso?

—Sí —dijo Ruth, apesadumbrada—. Eso más o menos. Lo siento...

—Pero ¿por qué? Es decir, ¿por qué se ha negado?

—Bueno, pues porque es ilegal, eso para empezar...

—Bah, tonterías. Eso no se lo cree nadie. Vamos, que si una quiere abortar, aborta, sea ilegal o no, ¿no te parece? Es como... —hizo un gesto indeterminado— engañar a Hacienda o algo así.

—Entonces, quieres... ¿Es eso lo que quieres hacer?

—¡Anda, pues claro! —exclamó, desconcertada, tanto como alguien a quien le hubiesen preguntado si deseaba seguir viviendo—. Porque vamos, ¿qué otra cosa voy a hacer si no?

—No... —No sé, eso iba a decir. No lo dijo. Se arrodilló y empezó a recoger las revistas—. ¿Y Tony? ¿Qué opina él? —Como si importase algo. Amontonó las revistas con pulcritud, igualando los cantos.

—No opina nada. Me dijo que te preguntase a ti. He quedado mañana con él en Ramsbridge. Dice que, si se te ocurre algo, deberíamos reunirnos para hablar sobre el dinero.

—¿Sobre el dinero?

—Claro. Porque es caro, ¿no? Hay una vieja en Cowley que cobra cincuenta libras y eso es solo con un catéter o qué sé yo.

¿Y por qué no has acudido a ella, entonces? ¿Por qué no te has buscado la vida tu solita? ¿Por qué no te has marchado, tal y como se supone que deben hacer las chicas con ese problema, guardándote el secreto, mintiéndome, asumiendo la responsabilidad de destruir a tu hijo, dado que te consideraste lo bastante responsable y madura para concebirlo?

—No vas a recurrir a ninguna vieja de Cowley —dijo—. Ni se te ocurra. ¿Lo has entendido?

—¿Es que hay una salida mejor?

El anhelo de darse por vencida, sentarse y gritar que no lo sabía era como un espantoso deseo de dormir. Tenía que mantenerse en pie, caminando, haciendo algo.

—Podrías darlo en adopción —dijo consternada, como si estuviese

hablando de otra cosa, como si hubiese cambiado de tema y ahora sugiriese un papel pintado diferente para las paredes, un cambio en la estancia.

—No lo dirás en serio, ¿verdad?

—No.

—¿Eso es lo que dijo Phillips?

—Sí.

—¿Y nada más?

Vives una vida acomodada, había dicho, y te estás muriendo de aburrimiento. El futuro del bebé, a mi entender, sería la menor de tus preocupaciones.

—Más o menos —dijo.

—¿Sí? Pues entonces es un majadero.

Si permites que aborte, pensará que la cosa está chupada y el año que viene tendrás que pasar por esto otra vez, aunque peor. Créeme, sé bien de lo que hablo.

—Pensé que a lo mejor tú podrías enterarte de algún sitio —insistió Angela—. Por eso vine a casa. De no ser así ¿tú crees que me habría molestado? Si hubiese decidido tenerlo, no habría tenido ningún sentido venir aquí.

Después de todo, tú eres su madre. Tienes que mantener cierto grado de decencia. Si la ayudas a salirse con la suya, no podrás mirarla a la cara nunca más. Habrás obrado mal y ella nunca te lo perdonará. ¿Acaso la ayudarías a robar? Por Dios, mujer, ¿acaso la aconsejarías para que cometiese un asesinato?

—No —dijo ella—. Me alegro de que decidieses venir. Vamos, que me alegro de que me lo hayas contado, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Angela, desesperada—. Pero ¿qué?

—Pero nada.

No era que ella hubiese dado un paso; la habían empujado, y en el tropiezo se había encontrado con la responsabilidad encajonada en los brazos, comprometida sin saber cómo había ocurrido. Porque una no podía permanecer quieta; porque no podía seguir los acontecimientos a distancia, preocupándose en secreto; porque no había otra forma de hacerlo.

—No puede ser tan difícil —dijo—. Haré lo que pueda. Encontraremos...,

encontraremos la forma de arreglarlo.

De forma inesperada —tendría que haber sucedido al revés, haber sido ella la primera en moverse—, se halló estrujada entre los brazos largos y huesudos, con los pies casi despegados del suelo.

—Pero tienes que prometerme —dijo sin aliento— que no harás nada por tu cuenta. Podría ser peligroso.

—Lo sé. No lo haré. Gracias.

—No tienes que darme las gracias —dijo Ruth—. Por todos los santos, no me des las gracias.

Angela se la quedó mirando un momento, desconcertada una vez más. Ella se sentía ligera y libre. Pero su madre se le antojó bastante envejecida, enfadada e incluso asustada. Conforme esta se dirigía a la puerta, se habría dicho que se tambaleaba, cedía, el mismo andar de quien intenta cargar con algo demasiado pesado.

—¿Te encuentras bien? ¿Ocurre algo? ¿Quieres que llame a la Beer esa?

Ruth sacudió la cabeza.

La llamada del gong retumbó desde el vestíbulo y antes de que la última nota se hubiese extinguido, escucharon el rugido de Rex.

—¿Es que no vais a venir en la vida? ¿Va a bajar tu madre? ¡Angela!

—Ya bajamos —gritó Angela. Se volvió hacia Ruth, exigente—: No estás indispuesta, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Pues, venga, vamos. No sé si será por la tensión o qué, pero tengo un hambre de lobo.

CAPÍTULO 16

Los sábados por la mañana en Ramsbridge cundía el pánico, como si el domingo siguiente fuese a prolongarse para toda la eternidad. Cada carnicero, cada pescadero y cada panadero tenía su propia cola de inquietos parroquianos. Mientras aguardaban su turno, los clientes, aferrados a sus listas de la compra, elaboraban recordatorios mentales de las cosas que habían olvidado comprar en la tienda anterior o que no debían olvidarse de comprar en la siguiente; cuando los empujaban hacia delante y se veían abordados por los dependientes de manos desnudas y sanguinolentos delantales, despertaban de su ensimismamiento, tartamudeaban, farfullaban confusamente, la mente desalojada de todo salvo de la necesidad de apresurarse. En Woolworth, una compacta muchedumbre se agitaba entre los altos mostradores cual rebaño de ovejas en un corral; a la altura de las rodillas, las caritas de los niños, tocados con gorritos, alzaban la vista para entrever cadenetas, carámbanos y acebos de papel, o a la Reina enmarcada de espumillón en un calendario muy arriba, casi tan arriba como la luna. Las quejas y peticiones de los niños, como si se hallaran en el subsuelo, nunca encontraban oídos que las escucharan. Se abrían paso como si excavaran túneles, recubiertos de un fino glaseado de lágrimas, mocos y polos, entre las orondas caderas, estirando en ocasiones una mano vacilante para recibir un palmotazo acompañado de amenazas de muerte provenientes de las siempre luchadoras y victoriosas madres de ojos afilados.

En High Street, tres veteranos interpretaban a Ivor Novello a todo pulmón y con suma tristeza con una corneta, una trompeta y un trombón. Su avance a lo largo de la alcantarilla era más lento que un funeral, su lamento metálico

estaba exento de beneficios. Los coches se aglomeraban morro contra culo a ambos lados de las estrechas calles, los agentes de policía se inclinaban y los rodeaban con paso lento, en un baile ritual, tomando datos, rellenando decenas de sanciones, con el aire despreocupado de un hombre que, balanceándose sobre el bordillo de la acera y en medio de la confusión, toma nota de una inspiración. En mercerías y papelerías, ya se anunciaban chalecos de punto «Ideales para regalo», y de las plumas de escribir brotaba acebo, los elásticos para braguitas lucían en envoltorios festivos; enormes calendarios lustrosos, un cuaderno de ejercicios de vacaciones, novelas del año anterior desbancadas de la mesa de «Novedades». Los cafés, oscuros saloncitos decorados a base de latón y roble y tejidos a cuadros, eran como antros de vicio que te aturdían con su humo azul, que te ensordecían con su parloteo, una orgía de café y bollitos de azúcar, helado nadando en fuentes metálicas con pie. Los perros lanzaban mordiscos a gatos de pelaje lacio y brillante, acicalado tras una semana dormitando en un alféizar entre tartas de nueces. Los percheros gruñían como Cerberos bajo gorras y bufandas, abrigos cruzados y trencas, impermeables de equitación, sombreros tiroleses. Todo acababa perdido: guantes de lana, bastones, bolsos, niños. Las cajas registradoras campanilleaban como camiones de bomberos y las calladas camareras con uniformes estampados respondían con brusquedad y con la fría voz de una buscona.

En uno de estos cafés, The Plane Tree o The Tea Kettle, era donde Angela había quedado con Tony para que la recogiese.

—No puede venir a casa —dijo— porque no podemos hablar estando papá allí.

—Se suponía que estabas enferma, o eso creía —le había espetado Rex a Ruth—. Demasiado enferma para marcharte a Antibes, eso me han dicho. Así que, ¿por qué puñetas no estás en la cama?

Se esperaba de ella un comportamiento inestable, llanto y risa, una mujer hecha toda una mañana de primavera. Así que soltó una risita estúpida.

—Oh, pero estoy mejor. Supongo que lo que pasa es que no quería ir. Al menos eso es lo que dijo John.

Él estaba enfadado, desconfiaba; todavía creía que alguien le había contado

algo, pero no tenía pruebas.

—Pues muy bien —murmuró—, haz lo que te dé la gana, a mí me da lo mismo. No sois más que unas desagradecidas. Maldito manicomio.

Se marchó a jugar al golf con Richard, enfurruñado y murmurando por lo bajo como un niño al que le acaban de desbaratar sus planes, imposibles de revelar.

—Por nada del mundo va a ponerse usted al volante —dijo la señorita De Beer—. A quién se le ocurre... ¡En su estado!

—¿Por qué no me lo habías contado? —preguntó Angela, con una mirada insulsa—. Nadie me cuenta nada jamás.

Aquello era demasiado para la señorita De Beer. Tenía las maletas hechas para marcharse a casa de su hermana en Chelmsford. Y ahora le pedían que se quedara. Nadie pensaba en ella como un ser humano.

—¡Oh! —exclamó, y cerró de golpe la puerta de servicio de paño verde.

Así fue como, espantada como un pajarito, aturdida e incrédula, Ruth se encontró sumida en la matinal furia sabatina de Ramsbridge. Tuvieron que recorrer a pie todo High Street después de aparcar el coche, al tercer intento, delante de los aseos públicos, almenados como una fortaleza. Angela iba encorvada a su lado, con las manos enterradas en los bolsillos de su trenca negra, deteniéndose a mirar los escaparates de joyerías y ferreterías, mientras que Ruth, agarrando el bolso a modo de escudo, se abría camino a empellones entre la muchedumbre implacable. Estaba aterrorizada. Una sabe que la casa cruje debido a la dilatación y a la contracción de la madera; sabe que el fantasma es un efecto de la luz..., pero no por ello dejas de estar aterrada. Jamás había oído tanto ruido ni se había sentido tan apaleada, tan asustada.

—Pero si es Ruth. ¿Cómo estás, querida? Pensaba que te habías ido a Antibes.

A pesar de la extensión del saludo y de su formalidad, tardó por lo menos diez segundos en localizar, en la muchedumbre circundante, a los altos, encorvados y revestidos de cuero Wilmington-Smith.

—Hola —dijo—. No, no me he ido. ¿Cómo estáis? —La empujaron por detrás, obligándola a apartarse a un lado, al umbral de una tienda.

—Quise ir a verte cuando estabas enferma —dijo Meg—, pero he estado pasando el horror de los horrores con una espantosa sueca. Edelgard se marchó, como sabes.

—Oh —dijo Ruth—. Lo siento.

Miró entre ambos en busca de Angela, la vio esperando al otro lado de la calzada, apoyada contra una berlina y, por el modo en que fruncía los labios, se diría que silbando.

—Ya conocéis a Angela —dijo a la desesperada.

La puerta de la tienda se abrió, regurgitando a tres mujeres furibundas y una pequeña muchedumbre de niños con abrigos de pelo de camello y calcetines hasta las rodillas; Ruth se vio aplastada contra el escaparate con la pose de quien se encuentra plantado en una alta cornisa. Intentó, incapaz de moverse, llamar la atención de Angela.

—Por supuesto. —Ellos, que no tenían hijos, adoptaron sus respectivas sonrisas de amantes de los niños. Angela, tan alta y desgarbada como ellos, los miró con ojos huraños.

—Cómo crecen —dijo Meg, repasándola de arriba abajo con la mirada.

—Sí —exhaló Ruth—, ¿verdad?

—¿Y qué tal en Oxford? —preguntó John—. ¿Estás estudiando mucho?

—Seguro que te lo estás pasando genial —dijo Meg con tono de eficiencia. Se estaba preguntado, Ruth estaba convencida de ello, por qué aquella muchacha no se peinaría o se pondría ropa decente o erguiría la espalda o se comportaría con buenos modales. Qué pensaría si se enterase, si Ruth dijera: «Está embarazada y ahora mismo vamos a reunirnos con el padre de su hijo en The Tea Kettle Inn para ver cómo reunir el dinero necesario para que aborte». ¿Qué haría allí plantada con sus perlas y su chaqueta de cuero y su gorro de croché? Por un instante, mientras reculaba hacia la puerta, tuvo la delirante tentación de averiguarlo. Tragó saliva y parpadeó, mudando la expresión de su rostro en una sonrisa vacilante.

—Tenemos que entrar aquí un momento. Me ha encantado verte, Meg. Adiós. —Abrió la puerta y se coló dentro, refugiándose en la tienda de ropa de cama y prendas para bebés. Angela la siguió, imperturbable.

—¿A qué ha venido eso?

—No los aguanto. —Se dirigió a toda prisa, con decisión, hacia el mostrador más próximo.

—¿Por qué? Son majos. ¿Qué tienen de malo? —Angela se sentó en una silla alta de madera, sus piernas negras a horcajadas, su expresión sombría y paciente—. Además, ¿qué quieres comprar aquí?

—Algo para la niña de Jane —dijo Ruth.

—Pero si ya le compraste la caja de música esa.

—No es adecuada —espetó Ruth.

—Ah, vale... —Se levantó y empezó a merodear por la tienda.

Mientras esperaba, Ruth clavó la mirada en el interior del mostrador de superficie acristalada. ¿Es que no se da cuenta?, se preguntó a sí misma, furiosa. ¿Es que no siente *nada*? Pero ¿qué es lo que espero que haga...? ¿Que llore? ¿Que se esconda? ¿Que esté disculpándose todo el rato? Temblaba de ira; pero, al igual que con el miedo, carecía de motivo. Si me siento así, pensó, no le seré de ayuda. Tengo que sentir lástima por ella. Haga lo que haga, diga lo que diga, tengo que sentir lástima. Se giró con determinación para llamarla.

—¿Sí? —preguntó la dependienta. Parecía rondar los catorce años y estar harta de botines e imperdibles de colores.

—Quiero —dijo Ruth, escudriñando la penumbra del fondo de la tienda en busca de Angela— algo para una niñita de dos años.

—¿Qué busca exactamente?

—Oh... —Echó mano de un animal de color azul que había en el mostrador y se lo embutió a la muchacha en la mano—. Esto me vale. Me lo llevo.

Vio a Angela deambulando entre los carritos de bebé. Estaba allí sola, serpenteando entre ellos con aire distraído y aburrido. Una dependienta se le acercó y ella sacudió la cabeza. Cuando volvió donde estaba Ruth, su alargada y desgarrada figura desentonando entre las clientas, que la miraban con desconfianza, sonreía de oreja a oreja.

—Venga ya —dijo—, ¿a ti te parece que tengo pinta de querer comprar un carrito de bebé? Están como una cabra.

—Vamos —le dijo Ruth con voz apagada—. Llegamos tarde.

CAPÍTULO 17

Estaban sentados muy apretados en torno a la endeble mesa, esquivando a duras penas el atestado perchero, con la mirada fija en una urna diminuta de brezo blanco para evitar mirarse entre ellos. La cara agrietada de Tony y su pelo de centurión recién peinado asomaban lúgubres por encima de las vueltas de su bufanda. La había saludado en voz baja antes de volver a sumirse, en la medida de lo posible, en una actitud de reverente melancolía. Era obvio que no iba a ser necesario hacerle ver la gravedad de la situación. Parecía un cura que fuera a tratar sobre el estado de putrefacción de la madera de la galería del órgano.

—Bueno —dijo Ruth—, acabemos con esto.

Angela la miró un poco sorprendida. Alguien se acercó a descolgar una trenca del perchero y los tres se inclinaron todavía más sobre el brezo blanco. Tony fue el único que respondió a las disculpas del hombre. Él creía, a Dios gracias, en los buenos modales, independientemente de lo crítico de la situación. Cuando volvieron a incorporarse en sus sillas, habló con voz queda.

—Sí, bueno... es todo un detalle por su parte, señora Whiting...

—Anda —dijo Angela—. Llama a la camarera, haz el favor.

Tony ejecutó un par de gestos autoritarios nada efectivos. Un perro que arrastraba una correa suelta se acercó y le olisqueó las piernas. Le dio unas enérgicas palmaditas con su otra mano. Él era un hombre que podía, a Dios gracias, sobrellevar esta clase de situaciones.

—¡Señorita! —dijo—. ¡Señorita!

—Cómo me gustaría que no llamas «señorita» a las camareras —rezongó

Angela—. No me extraña que no te hagan caso jamás.

—En Harrow las llamábamos «señorita» —dijo él con tirantez.

—Pues vale... —Enterró la barbilla en la mano haciendo que la mesa se tambaleara. El perro olfateó a Ruth. Ella levantó las piernas por debajo de la silla, pero el perro las siguió, resoplando y lisonjeándola.

—Por favor —dijo Ruth—, llévate al perro.

Tony reaccionó en el acto; se agachó, chasqueó los dedos, buscó a tientas la correa del perro.

—Vamos —dijo—. Vamos, chico. Sal de ahí, chico.

El perro lanzó un gruñido desde el fondo de la garganta, apoyó su pesado y palpitante cuerpo contra las piernas de Ruth.

—¿Podría moverse, por favor? —preguntó la camarera con aspereza—. No puedo pasar.

—¿Nos pone tres cafés? —dijo Angela, levantando la vista hacia la camarera.

—Vamos, chico —murmuró Tony, tirando de la correa—. Sal de ahí, vamos.

—Ahora los atiende —espetó la camarera—. ¿Le importa moverse, por favor?

Tony se echó hacia atrás una pulgada, el perro retrocedió, la correa se tensó y la camarera dio un paso adelante. Dio un traspie e hizo girar la bandeja en el aire como un mago. Durante un instante, mientras miraba con ojos desorbitados, horrorizada, hacia allá arriba, Ruth se imaginó la lenta caída de tazas y platitos sobre ella, un cataclismo de café y porcelana, que de una u otra forma habría de ser letal, el fin de todo. Pero la bandeja giró hasta detenerse, ni siquiera se derramó una gota.

—¡Pero bueno! —le gritó, indignada, la camarera a Tony—. ¡Ha visto la que ha estado a punto de montar!

—¿Nos pone tres cafés? —repitió Angela, sin esperanzas.

—*Ahora* los atiende —dijo la camarera entre dientes.

El perro se había escabullido arrastrando la correa. Al otro lado de la sala, daba lengüetazos y tragaba ruidosamente de un cuenco de té. Se acercó otra persona a recoger su abrigo del perchero. Cuando se hubo marchado,

consumado el acto de agacharse y moverse y disculparse, volvieron a fijar los ojos, brillantes y consternados, en el brezo blanco.

—Bueno —dijo Ruth—, supongo que habréis hablado sobre el asunto entre vosotros. Es decir, que lo hablasteis antes de que Angela viniera a casa.

—Desde luego —dijo Tony—. Naturalmente. Y llegados a este punto, me gustaría decir —levantó la vista un instante— lo muchísimo que lo lamento.

Angela resopló por la nariz, con el codo apoyado en la mesa y los labios fruncidos, como los de una niña enfurruñada. Ruth quería decirle que se sentara erguida. Miró a Tony con frialdad.

—Es un poco tarde para lamentarlo.

—Sí, lo sé, pero es que me gustaría que se hiciera cargo de...

—Ay, pidamos ese café de una vez —gruñó Angela—. En serio, llevamos horas aquí sentados. Todo el mundo sabe lo mucho que lo lamentamos y demás. Como te marques un discursito, te juro que me pongo a gritar.

—Pues, mira por dónde, no pretendía hacer ningún discursito.

—Genial, entonces no lo hagas.

—Angela me ha contado que quieres..., que habéis decidido deshaceros del bebé —dijo Ruth. La camarera plantó tres tazas de café gris sobre la mesa.

—¿Pastas?

—No, gracias.

—Yo sí que tomaré galletas —dijo Angela—. Y no tenemos azúcar.

—Ya llevan azúcar —espetó la camarera alejándose, una vez más, a toda velocidad.

—¿Y qué pasa si lo tomas sin azúcar? —preguntó Angela—. En serio, qué local tan espantoso.

—Bueno —dijo Tony—, es que no sé qué otra cosa podemos hacer, la verdad. Para ser sinceros, vamos. Sé que es algo terrible para Angela...

—Lo es. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Lo siento, no acabo de entender a qué se refiere.

—¿Conoces tú a alguien? ¿A un médico? ¿A alguien?

Aquello lo horrorizó, lo sobresaltó.

—Verá, yo no tengo costumbre de que me sucedan estas cosas, señora Whiting. Soy tan inexperto como Angela. Estoy al tanto de que existen

formas y maneras, pero no puedo decir que esté familiarizado con ellas.

—Lo que quiere decir —dijo Angela—, es que no. De verdad que no. Solo sabe de esa vieja del catéter. Alguien acudió a ella una vez.

—Galletas —anunció la camarera, como si no las fueran a reconocer.

Una niña de unos dieciocho meses se acercó tambaleándose entre las mesas y se quedó mirando a Tony, se diría que anonadada.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando con un dedo tembloroso.

Tony sonrió con nerviosismo.

—Sí —dijo—, creo que hay una señora en Cowley...

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

—Oh, vamos, vete —dijo Angela, con vaguedad.

La niña se acercó un poco más. Tenía el pelo fino y de color naranja, unos ojos azules legañosos e iba embutida en un vestidito rojo de tela escocesa.

—Hola —dijo con voz presumida—. ¿Qué es eso?

—Oh, por Dios —dijo Angela, enterrando la cara entre las manos—. *Vete, vamos.*

—No sirve de nada hablarle así —murmuró Ruth. Se levantó y tomó la mano de la niña, fría e inerte como la de una muñeca. Conduciéndola con cuidado por delante de ella, se abrió paso entre las mesas. Parecía que nadie la reconocía, que nadie estaba pendiente de la pequeña. Sentadas junto al ventanal había cinco mujeres jóvenes, una de ellas pelirroja.

—¿Esta niña es suya? —preguntó Ruth, vacilante.

La joven, que se reía en ese momento, se giró. Su expresión se petrificó.

—Sí, por supuesto que es mi hija —dijo con agresividad—. ¿Por qué? ¿La estaba molestando?

—No, claro que no.

—Vale, ¿y entonces qué es lo que pasa?

—Nada. Es solo que estaba... deambulando por ahí.

—Siempre está deambulando. ¿Hay alguna razón por la que no debiera hacerlo? —Su hostilidad era alarmante—. A la mayoría de la gente —dijo— no le molesta que una niña ande deambulando por ahí, pero, claro, si lo que pasa es que la estaba molestando...

—No —dijo Ruth.

—Pues, entonces —dijo la joven, lanzando una mirada triunfal a sus amigas—, no se meta en lo que no le importa.

—¿Qué es eso? —preguntó la niña.

—Un mechero —explicó una de las jóvenes con frialdad—. Sirve para encender cigarrillos. ¿Por qué no vas a hablar con ese perrito tan bonito de ahí?

Cuando Ruth regresó a la mesa, tanto Angela como Tony presentaban un aspecto hosco y abochornado. Era evidente que habían discutido y que a ninguno de los dos se le había ocurrido pensar en lo estúpido e inútil que era hacerlo. Cuando Ruth se sentó, la expresión de ambos permaneció petrificada, inmutable.

—Así no vamos a ninguna parte —dijo Ruth.

—No me digas —murmuró Angela.

—Pero hay que llegar a alguna parte. No disponemos de mucho tiempo.

—Bueno, está la mujer de Cowley. Y tengo un amigo que me ha dicho que podría ponerle una inyección a Angela. Eso, por supuesto, lo haría gratis, lo que es un punto a su favor.

—¿En serio? —preguntó Ruth. Se tragó las ganas de ponerse a gritar, de salir corriendo al aire libre, de echarse a llorar desconsolada—. ¿Te parecería bien que se pusiera en manos de una señora en Cowley o que tu amigo le pusiera una inyección? ¿Dime, te parecería bien?

—Bueno —contestó él, incómodo—. Ya sé que no es muy agradable, pero después de todo...

Angela pareció asustada.

—Pero después de todo ¿qué? —preguntó.

—Pues, bueno, es decir ¿qué otra opción hay? A lo mejor conoce usted a alguien, señora Whiting, ¿es así?

No es que lo dijera, quizá, con mala intención, pero era el primer tanto que se anotaba. Sus fríos y ya inmutables ojos sostuvieron la mirada de Ruth durante un momento. Ella reconoció en ellos los ojos de un hombre que no sentía nada. Al adoptar poses para otras personas, para el sinfín de espejos, afectaría indignación, amor, amistad, necesidades físicas incluso. Probablemente se pasaría la vida entera imaginándose auténtico, pero ni una

sola persona le debería gratitud, recordaría su consuelo. Por el momento, siendo tan joven como era, ni siquiera sabía qué era lo que supuestamente debería estar sintiendo. Su actitud era incierta, pero la intención estaba clara: jamás haré nada por nadie porque no creo que exista nadie más que yo. No había forma de hacer tambalear esa idea, de cambiarla. Era inútil intentarlo.

—No —dijo Ruth, con aire cansado—, no conozco a nadie. Pero le he dicho a Angela que intentaré buscar opciones. No vamos a recurrir a ninguna mujer de Cowley. Espero que eso os quede bien claro a los dos.

Ninguno dijo palabra.

—¿Está claro? —repitió Ruth con severidad.

—Por supuesto —dijo Tony—, si es que usted puede encontrar una solución mejor.

—Será caro.

—Sí, por supuesto, de eso precisamente quería hablarle. Yo...

Ella lo interrumpió, furiosa.

—Costará cien libras como mínimo.

—Quizá yo pueda tomar prestadas cien libras.

—¿De quién? —preguntó Angela, incrédula.

—No me parece que eso importe —dijo con rigidez.

—Pero ¿quién? ¿Quién rayos tiene cien libras?

—Un montón de gente.

—¿Quién? ¿Tu padre?

—¡Por supuesto que no! —dijo indignado—. ¡Ni se me ocurriría contárselo a mi padre!

—¿Por qué no? Tú fuiste el que me dijo que se lo contara a mi madre.

—Eso es distinto. Tú no se lo has contado a tu padre.

—Pensaba que se suponía que tu padre era requeteprogresista y demás. Pensaba que...

—¡Oh, cállate! —le espetó con crudeza—. Deja ya de dar la murga.

—Oh, sí, claro, supongo que eres tú el que tiene que pasar por todo esto; supongo que soy yo la que te sugirió que acudieses a esa vieja asquerosa...

Ruth se levantó, derribando la silla.

—¿La cuenta? —preguntó la camarera, esperanzada.

—Yo me ocupo —dijo Tony. Depositó violentamente seis peniques sobre la mesa y se dirigió dando zancadas a la caja.

Ruth se volvió hacia Angela con desesperación.

—No hace falta que vuelvas con él —dijo—. Yo te llevaré en coche esta tarde. En serio, no hace falta que te vayas con él.

—¿Por qué no? —preguntó Angela con mucha calma, a la vez que se levantaba el cuello del abrigo—. Vamos, sería una tontería teniendo en cuenta que ha hecho el viaje hasta aquí para recogerme. Además, es más divertido en la Vespa.

—Pero...

—No estarás *preocupada* por mí, ¿verdad? —preguntó Angela sonriendo, de repente, igual que lo hiciera en la tienda—. No creerás que no es *conveniente* para mí, ¿verdad? Porque eso sí que sería para partirse de risa.

—No —dijo Ruth—. No es eso.

—Vale, ¿me dirás entonces cómo van las pesquisas? Digo yo que si él puede tomar prestadas cien libras no habrá problema, ¿no? Aunque, a decir verdad, no tengo ni idea de quién se las va a prestar, pero bueno.

—Muy bien, pues adiós, entonces —dijo Ruth.

—¿No sales?

—No, voy a... Voy a ir al aseo. Adiós, cielo.

La mejilla fría, el pelo helado se apretaron contra los suyos.

—Has estado genial. Lo sabía. Millones de gracias.

—¿Me prometes que no harás... ninguna tontería?

—Pues claro. Venga, adiós. Nos vemos pronto.

Salió apresuradamente, abriéndose paso con impaciencia entre la multitud; la puerta se cerró de golpe y tintineó detrás de ella. Ruth volvió a sentarse en la mesa vacía. No había aseos en The Tea Kettle Inn. Esperó, con la mirada fija en el brezo blanco que se hinchó y se desdibujó y se desvaneció como una nube blanca después de que el rugido de la Vespa se elevase y apagase fuera, en la calle.

CAPÍTULO 18

—¡No puede ser! —exclamó Jane con un grito ahogado. Sus ojos y su boca formaron tres oes perfectas, igual que en el anuncio de algún dulce particularmente succulento—. ¡Hay que ser *boba!*

—Ya —dijo Ruth. Tras una vida entera guardando secretos, hacer esta confidencia había resultado tan doloroso que apenas podía creerse que hubiera sido posible. Había traído el animal azul y ahora lo tomó preguntándose qué era, pellizcando sus orejas indefinidas—. La cuestión es —dijo— ¿qué vamos a hacer ahora?

—Doy por hecho que se deshará de él, ¿no?

—Bueno, sí.

—No pareces muy segura.

—Es que no lo estoy.

—Pero no pensarás en serio que podría *tenerlo*, ¿verdad?

—No. No, por supuesto que no.

—Bueno, menudo alivio. Por un momento he tenido la horrible sensación de que ya estabas pensando en la canastilla.

Se levantó de la butaca, donde se había dejado caer horrorizada, y empezó a trajinar por la habitación. Jane a menudo trajinaba por la habitación, acordándose de golpe de remover su vida, como si siempre la tuviese cociéndose a fuego lento. Hecho esto, aparentemente sin haber logrado nada, regresó y se sentó junto al fuego, los brazos rodeando sus rodillas.

—¿Lo sabe Rex?

—No. Se puso furioso cuando supo que no me iba a marchar, pero creo que John Phillips le dio alguna excusa. Vamos, que no creo que piense que tenga

algo que ver con Angela.

—Y claro, no querréis que se entere. Pondría el grito en el cielo.

—No lo entendería —dijo Ruth con tacto.

—No, eso es evidente. Y ¿qué?, ¿conoces a alguien?

—Precisamente por eso he venido. John no quiere tener nada que ver con esto...

—¿Me estás diciendo que le pediste que lo hiciera él?

—Sí. Porque, vamos, sería lo lógico, ¿no? —Entonces añadió desesperanzada—: Supongo que no. Lo que quería preguntarte es si tú conoces a alguien.

—Dios, pues antes sí. Había un irlandés; Susan Raynes decía que era un auténtico ángel. Es probable que Richard se acuerde. Podría telefonarle. Y luego está Yvonne, que hablaba maravillas de un tipo de Chelsea o por ahí. Supongo que ya habrá probado con sales Epson y demás, ¿verdad?

—No —dijo Ruth—. No creo.

—Pues díselo. Nunca se sabe. Y también hay una cosa que se puede impregnar en algodón, y creo que hay un jabón especial...

—No —dijo Ruth.

No podía explicarle a Jane, a nadie, y aún menos a Angela, cómo se sentía. Una mujer puede tener un hijo de cincuenta años, calvo, barrigón, con un rollo de grasa en la nuca y manos blandas y sudorosas como la arcilla; o una hija vieja, con las piernas artríticas y la nariz mucosa pregonando su deterioro a los cuatro vientos, un saco de músculos atrofiados y huesos raquíuticos. Hueso de tus huesos; insólita carne de tu carne. No hay ni un solo pelo, ni una sola uña, ni una sola partícula de piel que se mantenga igual que en el momento del nacimiento, pero el envejecido cuerpo que otrora fue un niño aún forma parte de ti. Quizá no entiendas ni una sola palabra de lo que dice, quizá te haga sentir desconcertada o recompensada u hostil; la sustancia física del niño es todavía, aunque mudada hasta el punto de resultar irreconocible, la tuya propia.

De modo que, para Ruth, era una sensación de ultraje personal, físico, lo que provocaba que se opusiera de forma tan violenta a pastillas y jabones, a instrumentos afilados hincados por manos de vieja. Es posible que a Angela

no le hubiese importado. Después de todo, les sucedía a montones de muchachas que, según la ley, estaban preparadas y deseosas de convertirse en madres. Era poco razonable intentar conservar un último retazo de inocencia.

—No —repitió con énfasis—. Debe hacerse como es debido. No soportaría que se hiciese de ese modo.

Jane la miró con dureza.

—Digo yo que habrá que hacerlo del modo en que puedas conseguir que se lo hagan. No se trata precisamente de una cuestión de elección, ¿verdad?

Ruth se levantó y cruzó la habitación con aire inquieto.

—¿Dónde está Baby?

—Dormida. La he drogado.

—¿Has tenido a alguien que te echara una mano el fin de semana?

—No. Me lo he pasado enterito con ella yo sola. Ahora me pega. Es despiadada. Qué cosas..., y pensar que podrías convertirte en abuela. Es una idea de lo más siniestra.

—Ya —dijo Ruth. Echó a correr, huyó lo más lejos que pudo—. Recibí una carta de la chica esa que estuvo aquí con vosotros, Maxine.

—Ah, Maxine. —Jane se levantó de un salto de la butaca—. Eso es, *ella* tiene que conocer a alguien. ¿Por qué no le preguntas?

—¿A ella? ¿Sobre lo de Angela?

—Pues claro. ¿Por qué no le haces una llamada? Tengo su número por algún sitio.

—Pero ¿cómo voy a llamarla así por las buenas...?

—¿Y por qué no? —Las manos de Jane revolotearon entre los periódicos y los juguetes y las cuentas y las revistas, para precipitarse por fin sobre su libreta de direcciones. Miró a Ruth—. Está bien. Entonces, la llamaré yo. ¿Quieres que la llame?

Ruth asintió despacio. Jane marcó el teléfono de la operadora y se apoltronó en la butaca. Con la mano que le quedaba libre tomó un lápiz recién afilado y una hoja de papel.

—Pero ¿no te acuerdas —dijo Ruth— de que estaba de acuerdo con Rex...

Jane la acalló con un gesto impaciente y preguntó por el número de teléfono. Ruth se sentó en un rincón de la habitación. Se sentía cansada y

confusa, tan incapaz como Angela de adoptar la actitud correcta. Si responde, pensó, supersticiosa, querrá decir que acierto; si no responde, que me equivoco.

—¿Hola? —dijo Jane—. ¿Eres tú, Herb? Soy Jane. No, Jane Tanner... ¿Cómo va todo? ¿Qué andas haciendo...?

Durante lo que pareció un tiempo interminable, él le contó lo que andaba haciendo. Jane se reía de tanto en tanto, dejaba escapar gritos ahogados de sorpresa, trazaba pulcros dibujos en la hoja de papel.

—Vaya —dijo por fin—, es de lo más emocionante. ¿Está Maxine? ¿Podría hablar un momentito con ella? No sabes cuánto te lo agradezco... —Miró a Ruth asintiendo de un modo alentador y, a continuación, con voz cantarina—: Maxine, cielo. ¿Cómo va todo? ¿Qué andas haciendo...?

De golpe y porrazo, la complejidad de sus sentimientos, el miedo, la reticencia se habían esfumado. Todo era tan jovial como una partida de *bridge*, tan facilón como intercambiar peluquero.

—Aquí estoy tan desconectada de todo que se me ha ocurrido que tal vez tú supieras... Una amiga mía, la muy boba, está en un aprieto, bueno, ya sabes cómo son estas cosas... Pues con bastante urgencia, la verdad...

Ruth trató de imaginarse a Maxine al otro lado de la línea, y fracasó. Tan solo alcanzó a evocar una absurda visión de una mujer vestida de satén negro, inhalando del teléfono y tumbándose para hacerlo.

—¿Sí? —decía Jane en ese momento, el lápiz en suspenso—. Por supuesto que no diré palabra... ¿Stein, como suena? No, digo que si es Stein, ¿S-T-E-I-N?... ¿Fickstein? Ah, vale: 38 Rowntree House... ¿Y eso dónde queda?... Eres un ángel, le diré que se ponga en contacto con él de inmediato... Sí, comprendo, se lo diré... Eso suena absolutamente maravilloso. Solo la operación... No, estoy completamente de acuerdo contigo, a mí todo el asunto me resulta aborrecible, pero a veces no hay más remedio, ¿verdad?

Su voz prosiguió con su trote, deteniéndose aquí y allá, tomando pequeños desvíos en torno al tema, afanosa, fisgona. Subrayó el nombre «Fickstein» varias veces y lo decoró con un elaborado enrejado. Ruth se levantó y se acercó a la librería. En su mayor parte, estaba repleta de libros sobre la crianza de los niños. Como no quería que pareciese que esperaba, como ahora

quería adoptar una suerte de indiferencia mundana, extrajo un libro, lo abrió, se lo quedó mirando fijamente.

—Uy, lo sé —estaba diciendo Jane—, ¿conoces a Betty Rickworth? Al final tuvo que adoptar uno, la destrozaron por completo...

—«El hijo en su fase de crecimiento...» —se encontró Ruth leyendo en voz alta— «... compensa con creces los desvelos de sus padres. ¿Acaso no renueva y preserva su juventud, consolida su matrimonio, insufla a sus mentes un soplo de aire fresco y les otorga la parte que les corresponde, o incluso más, de la inmortalidad vicaria? “Quien observa el viento no siembra”,^[4] y es dudoso que la mayoría de nosotros posea la sabiduría o el conocimiento para justificar una planificación cuidadosa del nacimiento de nuestros hijos...».

—Oh, creo que está mucho mejor... No, no se fue a Antibes... No, no se ha ido... No sé por qué —La voz de Jane dejó ahora traslucir una frialdad inusual—. Supongo que porque no quería... Bueno, mil gracias, nos pondremos en contacto con el doctor Fickstein... No, aquí no hay nadie. ¿Qué? ¡En el *Common!* Aquí los ahogamos sin más, junto con los cachorros... Adiós, cielo, y gracias de nuevo...

Colgó el auricular y se dio unos golpecitos en los dientes con el cabo del lápiz.

—Qué raro —dijo—. ¿Cómo sabía ella que te marchabas a Antibes?

—¿Conoce a alguien?

—Sí. A un tal doctor Fickstein. Dice que no nos asustemos por el apellido, que es un verdadero encanto y que lo hace casi dentro de la legalidad, todo muy rápido e indoloro, y que nos costará un ojo de la cara. Qué chica tan rara. Bueno, el caso es que ya está, toma. —Le tendió a Ruth la hoja de papel—. Dice que no mencionéis su nombre por nada del mundo, pero que si os pregunta quién os envía, digáis que vais de parte de la señora Baltimore. Aunque me suena a trola, no sé por qué.

—¿Ella es la señora Baltimore? ¿Maxine?

—Vete tú a saber. Será mejor que le llames y conciertes una cita. —Se levantó y se puso a trajinar delante de la chimenea durante unos segundos—. ¿Tú estás bien? —preguntó—. Es decir, aparte de toda esta historia.

—Sí. Ya estoy bien.

—¿Y qué tal la espantosa De Beer?

—Se marcha el viernes. No soporto que me esté observando todo el tiempo. Escucha detrás de las puertas.

—¿Y Rex no sabe que se marcha?

—No. Todavía no.

—Lógico —sentenció Jane—. Cualquiera que le cuente algo a Rex se busca un problema.

—Oh, no sé... —Evitó el tema de Rex, devolvió el libro a su lugar en la estantería, plegó el pedazo de papel y lo mantuvo entre los dedos, la mano dentro del bolsillo.

—Hasta ahora no me había fijado, pero me acabas de recordar muchísimo a Angela. Es decir, no es que os parezcáis, es que me has recordado justo a ella.

—Tengo que irme —se apresuró a decir Ruth.

—Oh, no te vayas, van a venir Meg y Lorna. Meg dice que la otra tarde Betty empujó al pobre Robert por las escaleras por perder el tren de las seis menos diez. Si esa es la clase de bienvenidas que recibe, no me extraña que quiera perderselas. No entiendo por qué ella se empeña en que vaya a dormir a casa todas las noches. Con el gusto que da estirarse en la cama los lunes.

Ruth la observaba mientras parloteaba sin parar, menuda y gorda y en apariencia complacida, con su adorada hija drogada y su marido satisfactoriamente en Londres. Podía imaginarse a las tres mujeres arrellanadas en los sillones como si fueran hombres, martilleándose las unas a las otras con mazas pequeñas y delicadas. Podía imaginarse los cigarrillos, consumiéndose hasta la manicura del fin de semana anterior, los zapatos desperdigados sin ton ni son, el whisky de Richard apurado hasta la última gota. Muy pasada la medianoche, Meg y Lorna, entre gruñidos, se abrigan, se meterían en sus respectivos coches con grititos de despedida y partirían en direcciones opuestas rumbo a sus camas vacías, calentadas con mantas eléctricas. Con ello habrían pasado el tiempo. Matado el tiempo. Solo quedaba vivir treinta días más antes de Navidad.

—¿Qué has dicho? —preguntó Jane.

—Digo que no, que tengo que marcharme.

—Pensaba que habías dicho algo sobre Navidad.

—Falta poco, ¿verdad? Los niños estarán en casa dentro de unas tres semanas. No me había dado cuenta.

—Será mejor que te pongas manos a la obra cuanto antes. Una no puede dedicarse a organizar abortos rodeada de gorritos de papel y petardos y demás. Tendrás que decirle a Fickstein que se dé prisa.

—Lo sé.

Regresó a casa caminando por el paseo. La luz de la luna teñía el jardín de gris ceniza, la hierba cenicienta se extendía hasta los oscuros macizos de arbustos. La gravilla grisácea viraba hasta la casa como un río, refulgentes cada una de sus guijas. Avanzó por el linde de la hierba, aproximándose silenciosamente a la casa, como si, de verse sorprendida, esta fuera a abalanzarse sobre ella.

La puerta principal se abrió justo cuando pisó, sigilosa, el escalón del umbral.

—Aquí está —dijo la señorita De Beer con satisfacción, complacida por haberla pillado—. Me he quedado despierta esperándola.

—No hacía falta —dijo Ruth débilmente, pasando al interior.

—Se lo debo al señor Whiting —dijo la señorita De Beer—. El señor Whiting ha llamado por teléfono y le he dicho que estaba usted con la señora Tanner.

—Gracias.

—He aprovechado la oportunidad para contarle al señor Whiting que me ha despedido usted.

Ruth se detuvo en mitad de las escaleras. Miró hacia abajo, como si buscara a la señorita De Beer bajo la inusual luminosidad.

—¿Y qué ha dicho?

—Como es lógico, ha dicho que no estaba usted en condiciones para quedarse sola. Me ha pedido que no haga caso de lo que usted me dijo y que me quede hasta que su hija vuelva de Oxford.

—De acuerdo. Buenas noches, señorita De Beer.

—Hay un termo de Ovaltine en su dormitorio, y le he dejado preparada su pastilla para dormir. Me resulta muy difícil quedarme donde no me quieren.

—Según Ruth subía lentamente las escaleras, ella fue elevando la voz a cada palabra, arrastrándolas un poco más lejos cada vez.

—Lo siento —dijo Ruth.

Cerró la puerta del dormitorio. La habitación estaba caldeada, resultaba reconfortante. Sacó el pedazo de papel del bolsillo, lo desplegó alisándolo, leyó el nombre y la dirección una vez más. A estas alturas, estaba al tanto de que la señorita De Beer registraba sus cajones, leía todas sus cartas, escuchaba la mayoría de sus conversaciones telefónicas. Pensó en colocar el papel debajo de su almohada, pero ¿y si olvidaba sacarlo de allí antes de que De Beer hiciera la cama? Si lo guardaba en uno de sus cajones, o en uno de sus bolsillos, seguro que De Beer lo encontraría mientras ella se bañaba. ¿Dónde esconde una las cosas? Paseó la mirada por la habitación, con urgencia. ¿Debajo de la alfombra, en un zapato, en una sombrerera? Dobló el papel hasta hacerlo muy pequeño y lo ocultó bajo el cobertor de seda azul de la caja de música. Aunque se sintió tentada, no giró la manivela, pero sí dio dos golpecitos con el dedo a la frágil cuna. Esta se meció unas cuantas veces y se detuvo.

[4]. La traducción de todas las citas de la Biblia las tomo de la versión de F. Cantera y M. Iglesias, *Sagrada Biblia. Versión crítica sobre textos hebreo, arameo y griego* (3ª ed., 2ª imp.), Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2003.

CAPÍTULO 19

Arranca el día: todos están tirados en sus camas como si la embestida del sueño hubiese sido tan repentina que no hubiesen tenido tiempo de cruzar las manos, de apuntar los pies hacia arriba en una imitación más plausible de la muerte.

Rex yace sobre su espalda. Su boca está abierta, como si lo estuviesen alimentando a la fuerza a base de aire. Tiene un brazo arrojado sobre su propio pecho..., podrían haberlo derribado mientras intentaba calentarse.

Maxine, de espaldas a él, duerme como una niña que se hubiese quedado dormida en el suelo y a la que hubiesen transportado, compacta e inmóvil, hasta la cama. Tiene el brazo debajo de la cabeza, a modo de almohada, presionando la gruesa carne de su mejilla hacia arriba; sus labios se abren, se cierran con cada exhalación, de forma tan imperceptible como la respiración de una medusa, de una planta viva.

Él deseaba amor. ¿Por qué no podía tener amor? Ella pensaba que él era atractivo, generoso; ingenioso, incluso. Se reía con sus chistes. Él sabía que no eran buenos chistes; ella también, pero se reía con ellos.

Bueno, eso es a lo que me refiero cuando hablo de amor. Sé que estoy gordo y ella sabe que estoy gordo; pero ella dice «madre mía, a mí me parece que tienes buen tipo, de verdad que sí, detesto a los hombres escuálidos como Herb». Podría decirlo con un poco más de tacto, quizá, pero es la mentira lo que importa; el amor.

Oh, Dios, son las mentiras lo que uno necesita. Ella es una buena mentirosa. «Oh, Rex, me siento fatal, de verdad que sí, tienes una mujer tan encantadora, pero es que tengo la sensación de que me necesitas, eso es todo, y cuando

tengo la sensación de que alguien me necesita, pues es que no lo puedo remediar, no puedo evitarlo... Oh, Rex.»

Pequeña idiota. Estúpida, pero carente de complicaciones. Dime que soy joven, Maxine, dime que soy un éxito, dime que todo el mundo me quiere. Dime que soy simpático, Maxine. Vamos. Dime que soy simpático.

Dúctil, sin un solo hueso en la conciencia, lo hace. La gratitud suaviza su rostro mientras duerme. La boca abierta se relaja en una sonrisa de alivio.

«¿Ruth? ¿Ruth?», gimotea este hombre orondo entrado en años; se despierta con las comisuras de los labios hundidas, como si fuera a romper a llorar. Está nublado y hace frío y es viernes. Se pone de lado, su tripa se desploma como un pesado saco suelto entre él y Maxine. No tiene el valor para despertarla. Se queda tumbado, mirando la parte posterior de su cabeza, desconsolado.

* * *

Angela duerme en su celda, ese dormitorio que debería ser alegre a base de cojines o programas de teatro o cerámica divertida, pero que no lo es. Los distantes relojes han estado repicando y dando campanadas durante toda la noche para marcar el paso del tiempo. Ella yace sobre su vientre, para ocultar o proteger el tiempo, un brazo caído por el borde de la cama, su cabeza ladeada.

Todo en ella carece de forma ahora. Su inteligencia ha dejado de funcionar. Ella misma, mientras se tambalea, vuela, se va hundiendo de un sueño a otro, está irreconocible.

¿Cómo soy? Es decir, ¿quién soy yo?

Eres el resultado de un examen, querida. Quizá, con el tiempo, una beca. Quizá una licenciatura. Esfuérzate más.

Pero ¿y yo? Es decir, ¿yo misma?

Quizá podrías encontrarte en las Guías, o en alguna parte del Nuevo Testamento. Si no, podemos proporcionarte varias sustitutas, como Juana de Arco, Florence Nightingale, la enfermera Cavell. No es asunto nuestro ni

mucho menos, pero siempre tenemos un puñado de heroínas a mano, por si acaso.

Pero ¿cómo me las arreglo? ¿Qué hago conmigo misma durante toda mi vida?

Puedes mirar la hoja de respuestas. Debes controlarte, disciplinarte, sacrificarte, respetarte. Si fuere necesario, puedes defenderte y rebajarte; y puedes confiar en ti misma a la vez que intentas pasar inadvertida, eso no está del todo mal. Sin embargo, jamás debes amarte, ni compadecerte, ni ensalzarte, ni consentirte voluntad u opinión propias. Nunca caigas en la autoindulgencia, nunca pienses en ti misma, nunca te olvides de ti misma y, sobre todo, nunca te centres en ti misma. ¿Está claro?

Pero ¿y si no hay nadie más a quien amar, de quien compadecerse, a quien ensalzar? ¿Y si nadie piensa en mí, ni se acuerda de mí? ¿Y si no soy el centro de la vida de nadie?

Para eso, querida, es para lo que está Dios. Como dijo Nuestro Señor: «¿No se venden cinco gorriones por dos cuartos? Y ni uno de ellos está olvidado en la presencia de Dios». Olvidarse de una misma es, en cierto sentido, deseable, mientras que, como ya hemos dicho, olvidarse de una misma en otro sentido no lo es. Ahora bien, si reescribimos estas oraciones adjuntas, reforzándolas mediante la omisión de advertencias, citas trilladas, aseveraciones indirectas y vulgarismos, estamos convencidos de que todo parecerá muchísimo más claro; o, cuando menos, algo más claro.

Ella gira la cabeza, golpeando el colchón con un gesto vago y débil.

—Pero no lo conseguiré —dice, constatando un hecho probado—. Jamás lo conseguiré.

Los relojes se imitan a sí mismos. Se da la vuelta sobre la espalda y, aún dormida, se frota el vientre con la expresión de infelicidad e inquietud de una niña que se ha comido una manzana ácida.

Jane Tanner lee.

—Tabitha Twitchit regentaba la única otra tienda de la aldea. No vendía a crédito.

- ¿Por qué?
—Ginger y Pickles fiaban sin límite de crédito.
—Léelo. Sigue.
—Ahora bien, «crédito» significa...
—No te duermas. Léelo. Sigue.
—Cuando una clienta compra una pastilla de jabón, en lugar de sacar el monedero y pagarlo, dice...
—¿Por qué lloras? ¿Te has mordido la lengua?

Una neblina blanca se despliega sobre el Common, el aire de este nuevo día nunca ha sentido el sol. Betty Johnson, dormida, tiene celos de los sueños de su esposo. Él sueña que juega al críquet en su propio jardín. La señora De Beer oye un timbre y se afana en responder.

—Es para Padre —dice, y pierde el hilo, consternada dentro del sueño por su mala memoria.

CAPÍTULO 20

En la semioscuridad, Ruth no encontraba el despertador. Su estridencia parecía llenar la casa. Por fin lo derribó, lo sofocó. El ambiente era frío como el de un sótano, y tiritó mientras se vestía; su aliento empañó el espejo mientras se colocaba el sombrero delante de él. Con el traje, el sombrero y el abrigo puestos, se movió por la habitación sobre unos pies enfundados en medias, una curiosa figura desproporcionada que iba y venía sigilosamente en busca de cosas que casi había olvidado: lápiz de labios, chequera, pañuelo, peine, monedero, llaves del coche, la dirección del doctor Fickstein escondida en la caja de música. Abrió la puerta pulgada a pulgada y, con los zapatos en la mano, avanzó de puntillas por el pasillo. La sensación de estupidez —una mujer adulta escapándose de su propia casa— se tornó en emoción. El corazón le latía con fuerza, los músculos se le tensaron con el placentero terror de una niña que juega al escondite. Las escaleras crujieron y la puerta de la cocina rechinó sobre sus goznes. Se percató de que, aun cuando la señorita De Beer había tenido la nobleza de esperarla despierta la noche anterior, no había fregado los platos de la cena. La cocina despedía el olor rancio de la comida pasada. Las baldosas bajo sus pies eran como una capa de hielo y tropezó con las botas de agua de Rex, que este se ponía cuando hablaba con el jardinero. Aguardó un momento, conteniendo la respiración, luego pasó por encima de las botas y abrió el cerrojo de la puerta trasera. La llovizna se coló en el interior, humedeciendo el suelo alicatado, los impermeables ahorcados, las botas de goma embarradas, tiradas en mitad del pasillo. Dejó la puerta abierta, en parte para fastidiar a la señorita De Beer y en parte para airear la cocina; luego, dolorosamente, avanzó de puntillas

sobre la afilada gravilla, y entró en el frío y húmedo garaje con olor a gasolina.

Era imposible abrir las puertas del garaje de manera silenciosa; pero llegados a este punto, aun si la oían, ya sería demasiado tarde. Se calzó los zapatos, abrió las puertas de un empujón y se metió en el coche. El motor carraspeó, tartamudeó y se extinguió. Tiró del estárter y pisó a fondo el acelerador. El motor emitió un estruendoso y asmático quejido y, con un estremecimiento, enmudeció. Ahora estaba asustada de verdad; su boca se quedó abierta en un gesto de horror. Se imaginó a la señorita De Beer irrumpiendo en el garaje con su camión bordado, su pelo guarnecido con una malla, sacándola violentamente del coche, telefoneando a Rex, telefoneando a John Phillips... Apretó el pulgar contra el tirador de aire, aplastó con todo su peso el acelerador; desagradables como la carraspera y la expectoración y la convulsión de un viejo, los esfuerzos resultaron verdaderamente ensordecedores. Se puso a maldecir en voz baja. Entonces se echó hacia atrás en el asiento y, con las manos relajadas sobre el volante sudado, contó hasta diez. No se oía sonido alguno salvo el goteo de la llovizna desde los arbustos. Desconectó el motor y aguardó.

Pasados diez lentos segundos, giró la llave con suavidad, presionó el tirador de aire con la palma de la mano, acariciándolo. El profundo ronquido del motor llenó de inmediato el garaje. Sonrió agradecida, exhalando una bocanada de aire de alivio. Al salir marcha atrás al paseo de entrada vio el recuadro iluminado de la ventana de la señorita De Beer y una figura agitada que forcejeaba con ella intentando abrirla. Sacó la mano por la ventanilla, la agitó en un saludo jovial y así la mantuvo, mariposeando, mientras giraba y se alejaba a toda velocidad por el camino.

La euforia duró casi hasta llegar a Ramsbridge. La sensación de estupidez volvió a instalarse poco a poco, desabrida como un dolor de muelas. ¿Por qué no le había dicho simplemente a la señorita De Beer que se iba a Londres, con firmeza y dignidad? Porque tendría que haber pensado en un motivo. ¿Por qué? ¿Qué derecho tenía aquella mujer a exigir motivos? Porque Rex la había empleado para ejercer, en palabras de ella, de acompañante: alguien que acompaña al enfermo, o al anciano, o al demente inofensivo, alguien que

quita de en medio cuchillas de afeitar y cordones de zapatos y que siempre está al mando de las agujas de tricotar. Habría estado en su derecho de exigirle un motivo; para eso le pagaban. Y aun en el caso de haber esgrimido una mentira convincente, era probable que ella hubiese insistido en acompañarla de todas formas. Aparcó el coche en la explanada de la estación y se unió al nervioso, sangrante, desatado tumulto de viajeros.

Para cuando el tren se adentró en Paddington, el cielo sobre los montones de escoria era de un cerúleo invernal y ella había tomado conciencia, conforme la razón amenazaba con tornar en incertidumbre incluso el propósito de su viaje, de que la señorita De Beer ya habría telefonado a Rex. No tenía ni idea de qué hacer al respecto, salvo intentar evitar pensar en ello. Casi se medio esperaba encontrárselo allí, ceñudo y guapo y corpulento en su abrigo gris claro, esperándola en el andén. Se apeó del tren de un salto y se dirigió a toda prisa a la parada de taxis, ciñéndose el abrigo al cuerpo mientras esperaba en la cola, manteniendo la cabeza baja como una espía reservada y bien abrigada.

—Hola, Ruth. Qué madrugadora. —Robert Johnson se detuvo a media zancada y dio dos pasos atrás, como un hombre apurado al que frenaran en seco y rebobinasen en una película. Sus ojos parecían líquidos y tristes bajo el sombrero Homburg negro y, como de costumbre, se había cortado al afeitarse.

—Oh. Hola, Robert. —No se le ocurrió nada más.

—¿Esperando un taxi?

—Sí. Sí, eso es.

—Menudo frío hacía en el pueblo esta mañana, ¿eh?

—Sí, un frío que pela. —Golpeó el suelo con los pies, avanzando furtivamente en la cola, para confirmarle el grandísimo frío que hacía. Él dio otro paso atrás, todavía de cara al final del andén, como queriendo demostrar que estaba de camino, que aquello no era una cita.

—No te he visto en el tren.

—No. Yo tampoco te he visto.

—Bueno, yo me voy en metro. Ya sabes, se llega mucho antes, al final. — Su mirada melancólica, su voz cansada le otorgaron una triste profundidad a

su observación. ¿Adónde, se encontró preguntándose ella, y a qué «final»? Pobre Robert, poseído por la lujuria. Ella le dedicó una cálida sonrisa.

—Seguro que sí —dijo ella.

Él se sonrojó, y se pasó el paraguas y la cartera de una mano a otra.

—Bueno —dijo—, tenemos que quedar todos un día de estos.

—Sí, deberíamos. —Ella dio un empujón hacia adelante. Él metió la marcha y salió zumbando por el andén—. Que tengas un buen día —le gritó ella, un tanto impetuosa. Él elevó el paraguas a modo de saludo, sin volverse; un hombre lanzándose a por todas.

¿Qué pensaría él que se traía ella entre manos? Es probable que, condicionado como estaba, se imaginara una cita amorosa en Swiss Cottage, un amante en Finchley. Por un instante, sintió una dolorosa punzada por que ese no fuera el caso; de que el día no fuese importante para ella, sino para Angela. Podría haber invitado a Robert a almorzar con ella. ¿Por qué no? Quizá, pensó, recuperada su jovialidad, sí que estoy un poco loca. Se subió al taxi del modo en que una mujer atractiva y atareada se sube a un taxi, preocupándose de adoptar una postura recogida y afectada, la falda bien estirada en torno a los muslos, primorosa y seductora y un poco pagada de sí misma.

CAPÍTULO 21

Miraba con curiosidad por la ventanilla mientras avanzaban a paso de tortuga por Praed Street y Edgware Road. A salvo en el interior del taxi, se fijó en el gentío, en las bicicletas colgadas en las tiendas como piezas de carne, en los desnudos de la fachada del Metropole, en los carretones de venta ambulante y los chicos de pelo de fregona y corbata negra y los osados conductores de autobús y las viejas que picoteaban como cuervos: lo que fuera para posponer al doctor Fickstein, pensar en Rex, tomar plena conciencia de lo que estaba haciendo. El barrio de Maida Vale, imponente, vacío, sin nadie en las calles salvo algún que otro policía solitario y mozos de los recados serpenteando perezosamente en sus bicicletas por las refinadas y abatidas calles curvas. Se sacó los guantes y volvió a ponérselos, se humedeció los labios, preparó el monedero. Ascendieron la colina, deteniéndose en el semáforo para que un niño pequeño los adelantara pedaleando cuidadosamente en su triciclo, y cruzaron un laberinto de calles donde una ristra de casas independientes trataban de darse la espalda tras sus altos muros y en cuyas cancelas laterales podía leerse «Entrada del Servicio». Echó un vistazo al taxímetro y contó las monedas añadiendo dos chelines de más. Su reloj marcaba las once menos cinco, pero no pudo recordar cuándo había sido la última vez que lo había puesto en hora. ¿Se adelantaba o se atrasaba? Sacudió la muñeca, se la llevó al oído para comprobar si el reloj se había parado. Estaban en un barrio de edificios nuevos, irreconocibles, altos, estrechos bloques de pisos dispuestos al azar como bloques de construcción volcados del interior de un saco. Su altura excluía al sol, pero los parches de hierba a sus pies eran de un verde brillante, como rafia teñida.

—¿Rowntree House? —preguntó el taxista, echándose hacia atrás como si tirara de las riendas del taxi.

—Sí. —Echó un vistazo al papel arrugado.

Él escudriñó los alrededores por la ventanilla, avanzando lentamente por la calle, que parecía haber sido assolada por la peste; ni un solo perro ni gato a la vista, nada salvo los millares de ojos encortinados de muselina que observaban desde lo alto, despiadados, al lento taxi del tamaño de una hormiga. Se desvió y atravesó la entrada de una verja, avanzó y se detuvo junto a un pórtico gigantesco con una doble puerta de veinte pies de alto.

—Bueno —dijo—. Es aquí.

Ruth le pagó y permaneció indecisa hasta que él arrancó y se alejó, adentrándose alegremente en el cotidiano sol de Londres. Se preguntó cómo volvería a salir de allí, se vio a sí misma vagando por calles como desfiladeros hasta la caída de la noche. Empujó, nerviosa, la puerta, que cedió sin emitir sonido alguno. Un menudo, pálido conserje se levantó de su silla.

—¿Qué desea, señora? —preguntó con suavidad.

Ella distinguió, en la penumbra, un vasto vestíbulo con suelo de mármol. Dos sillas, colocadas por alguna razón en el centro, se le antojaron dos troncos para enanos. Se oía un curioso gotear de agua. Varias urnas enormes plantadas por doquier lloraban culantrillo y claveles, se diría que como parte de la decoración para una boda macabra. Dio un respingo, aferrándose al bolso con ambas manos.

—¿El número 38? —susurró, y luego repitió en voz alta—: El número 38, por favor.

—¿El doctor Fickstein?

Asintió.

—Cruce el vestíbulo por ahí, el ascensor queda al otro lado de la puerta de la izquierda, es el primer piso.

—Gracias.

Abandonó la moqueta y pisó el mármol. La presencia de un estanque alargado y poco profundo explicaba el goteo; el agua era cristalina, pero los peces, que se bamboleaban de un lado a otro, parecían muertos. A lo largo de una de las paredes del vestíbulo se alineaban cochecitos de bebé de diversas

formas y tamaños, sillitas de paseo y triciclos infantiles. Algunos estaban envueltos en mantas o en fundas de plástico; era como si se encontraran almacenados allí en previsión de la posible llegada de unos niños que nunca harían acto de presencia, como sillas de ruedas en un balneario abandonado.

El vestíbulo era un disparate, resultado de un arranque de locura pasajero. A continuación, al otro lado de una puerta batiente, se extendía una madriguera de pasillos angostos, apenas lo bastante anchos como para no tener que recorrerlos de costado. El ascensor era un cohete espacial en el que, con cierta destreza y dificultad, solo le fue posible levantar el brazo desde el codo para presionar el botón. Cuando las puertas se abrieron deslizándose de forma automática, se encontró en un descansillo oscuro, una suerte de balconada que pendía sobre el hueco del ascensor. El silencio era absoluto, la oscuridad casi completa. No llevaba cerillas encima y era imposible distinguir los números de las puertas. Se quedó pegada a la pared, mirando de lado a lado, sin saber qué hacer, dispuesta a saltar de vuelta al interior del ascensor. Este se sumergió velozmente y de manera simultánea se encendieron todas las luces. Llamó al timbre del número 38.

Transcurrido un lento minuto, una recepcionista con bata blanca abrió la puerta. El piso parecía haber sido diseñado para ser capaz de soportar un asedio. La mujer condujo a Ruth a través de tres pasillos, a cual más grande y todos exentos de ventanas. Según los recorrían, iba cerrando las puertas con firmeza. Les siguieron entonces dos habitaciones contiguas sin función aparente, habida cuenta de que carecían de cualquier mueble que pudiese servir para sentarse, tumbarse o colocar cosas encima; había gran cantidad de relojes, adornos, jarrones de carriceras, pedestales, espejos con marcos de madreperla, pero, de nuevo, ninguna ventana. Cuando la recepcionista hizo pasar a Ruth a la estancia final, la luz del día la sorprendió. La recepcionista encendió todas las lámparas, elegantes con sus pies de cristal verde, de porcelana decorada con dragones, y sus pantallas de seda drapeada, adornadas con borlas. Luego se marchó, cerrando las puertas a su paso.

Quiero salir. Estoy atrapada. ¿Por qué estoy haciendo esto? Oh, quiero salir. Ruth se dirigió rápidamente hacia la puerta, luego dio media vuelta y regresó junto a la ventana. Sus tacones repiquetearon contra el suelo de parquet,

agitados en el silencio. Tomó asiento en una pequeña silla dorada, cogió una revista de moda francesa, se la quedó mirando sin verla, la soltó. Por lo menos no parece sórdido.

No estaba segura de si había hablado en voz alta y apretó los labios. «Si mantienes la boca cerrada», le solía decir a Angela cuando lloraba, «el sonido no puede salir». A Julian y a Mike los habían dejado berrear, todos menos Rex, que decía que los malcriaba y acabarían hechos un par de mariquitas. ¿Qué pensarían ellos de esto? Nada. No sabrían qué pensar. Mala suerte, menudo pedazo de boba es. ¿Sabes qué? Mi hermana ha abortado, es más, casi se muere. ¿Sabes qué? La hermana de Whiting ha abortado, él me ha contado que ella casi se muere. ¿Sabes qué? La madre de Whiting obligó a su hermana a abortar y se murió...

—Déjalo ya —susurró. Habría recibido con gusto la visita de cualquiera, incluso la de la señorita De Beer. Incluso la de Rex, después de que hubiese echado abajo las puertas de la fortaleza, tras haber seguido su rastro, dado con ella y acabado con ella para siempre.

—El doctor Fickstein la recibirá ahora.

Recogió sus guantes y su bolso, se aclaró la garganta.

—Gracias.

CAPÍTULO 22

—¿Qué hora es? —preguntó Angela.

—Me lo has preguntado seis veces en la última media hora.

—Ya, ¿y qué hora es?

—Pues unos cinco minutos más tarde que antes.

—Venga ya, por Dios, no es tan *difícil* echarle un vistazo al reloj, ¿no? — Se inclinó hacia él y retiró bruscamente la manga de Tony. Él apartó la muñeca, retrepándose en el enorme butacón de cuero.

—Son las ocho menos diez. Lo que quiere decir que dentro de diez minutos serán las ocho en punto. —Echó un rápido vistazo al salón casi vacío—. ¿Es que no puedes dejar de dar la murga?

—No estoy dando la murga.

—Pues si tenemos que estar aquí sentados, al menos podríamos pedir una copa.

—¡Ay, vale, vale! —le espetó ella en un susurro. Escarbó en el interior de su bolso y sacó un billete de diez chelines que arrojó sobre la mesa—. Pídete lo que quieras, venga.

—Si te vas a poner así, no me pido nada.

Ella encogió los hombros, apartó la mirada de él y del dinero.

—¿Qué has dicho? —preguntó él, con ganas de pelea.

—No he dicho nada.

—Mira, Angela, en serio, te estás volviendo imposible. —Le dio la espalda, desentendiéndose de ella. Alguien entró por las puertas giratorias, y el billete de diez chelines se elevó y cayó revoloteando sobre la alfombra. Ninguno de los dos hizo el menor ademán de recogerlo, sino que lo observaron, con

cautela, por el rabillo del ojo.

—No hace falta que estés aquí sentado —dijo Angela—. Soy perfectamente capaz de hacer una llamada telefónica yo solita, ¿sabes?

—Si no lo estuviera —murmuró él—, dirías que no me importa.

—Es que no te importa. Que estés aquí sentado no significa nada.

—Oh, venga, cállate ya.

Permanecieron sentados en silencio. En el otro extremo del salón, sumidos en las profundidades de un sofá de cuero, un chico y una chica intercambiaban susurros. Miraban la cara del otro con la miopía del amor. Respiraban el aliento del otro. Eran todo ternura, como si ya fueran una pareja de ancianos.

—No nos peleemos —dijo Angela, con humildad—. Lo siento.

—Maldita sea, aquí la única que quiere pelear eres tú.

—No. De verdad que no.

—Son las ocho. ¿Por qué no llamas y acabas con esto de una vez?

—Está bien. ¿Me acompañas?

—No hay sitio en la cabina.

Ella se levantó, recogió el billete de diez chelines y se lo tendió a él.

—¿Te encargas de pedirnos unas copas, entonces? —Tratando de sonreír, de resultar atractiva, de que la amasen. Él asintió y cogió el dinero, perdonándola.

Embutida en la cabina de teléfono mientras la operadora conseguía el número, observó cómo él llamaba al camarero, recostado en la butaca como un hombre en un club, un hombre de posibles. Oyó a la operadora decir: «La señorita Angela Whiting la llama desde una cabina telefónica en Oxford y quiere saber si...». Entonces se oyó un clic y se hizo el silencio. Dos chicas cruzaron el vestíbulo y se pararon a hablar con Tony, ocultándolo de la vista con sus faldas almidonadas y sus regordetes hombros desnudos.

—¿Hola? ¿Angela? —La voz sonaba muy lejos.

—Hola... —Las dos chicas se habían sentado, desplegando la falda, balanceándose en el borde del asiento con sus piecitos pulcramente colocados debajo. Angela se volvió de espaldas—. Hola —repitió malhumorada—. ¿Has podido...? ¿Lo has visto?

—Sí. Lo he visto.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho? —La comunicación parecía haberse interrumpido—. ¿Hola? ¿Estás ahí?

—Perdona. —Su madre sonaba chillona, tirante, como si su voz se estuviese reproduciendo a la velocidad equivocada—. Es que acabo de entrar. No esperaba que me llamaras tan pronto.

—Son las ocho en punto.

—¿Ah, sí?

—¿Qué ha dicho? ¿Habéis concretado algo?

—Espera un momento, ¿quieres? —Se escuchó el ruido del auricular al ser depositado sobre la mesita. Angela se dio la vuelta y miró a través de la puerta acristalada. El camarero estaba inclinado, colocando vasos sobre la mesa, esperando a que Tony sacara el billete de diez chelines de su cartera. Las dos chicas alzaron sus copas, sonriendo como bobas, diciendo: «Salud». Tony tomaba cerveza. Una bebida de hombres. El odio o el amor, uno de dos, hizo que se sintiera repentinamente asqueada.

—¿Hola? —insistió—. ¿Hola?

—Sí. Estoy aquí. —La voz sonaba ahora más apaciguada—. Todo va a salir bien, pero tenemos que encontrar un médico.

—¿Qué quieres decir? Pensaba que habías encontrado uno. Quiero decir que Fickstein es médico, ¿no?

—Sí, pero hace falta que un... un médico de cabecera escriba un informe diciendo que opina que es necesario que tú..., que tú no puedes...

—Pero ¿por qué?

—Y luego tienes que ir a ver a un psiquiatra para que ellos puedan decir que no estás..., ya sabes, psíquicamente capacitada o lo que sea... —La voz volvió a quebrarse. Tony estaba ofreciendo un cigarrillo a las dos chicas.

—¿Mamá? Mamá, ¿estás ahí?

—Sí. Mira, es difícil de explicar por teléfono...

—¡Pero tenemos que tomar una decisión! ¿Se lo has dicho? Es decir, ¿le has dicho que era urgente?

—Pues claro. Pero es la única manera de hacerlo.

—¡Claro que no! Me lo podrían hacer mañana mismo sin tanta historia. Y

me parece —bregó con las palabras y las lágrimas como una niña pequeña—, ¡me parece que es precisamente lo que voy a hacer!

—Angela...

Tendría que haber colgado el auricular sin más. Tendría que haberlo hecho. Cualquiera con un poco de valentía habría colgado el auricular y se habría marchado corriendo del hotel, haciendo valer sus palabras. ¿Por qué seguía con él en la mano, escuchando incluso? Porque siempre abrigaba la esperanza de escuchar algo que nunca escucharía; de sentir algo que nunca sentiría.

—¿Angela? ¿Estás ahí?

Sorbió por la nariz, furiosa.

—Sí.

—No te lo he sabido explicar bien. No es tan complicado. Encontraremos un médico sin problema, seguro. Es solo cuestión de...

Las dos chicas se estaban levantando, aferradas a sus bolsitos. Tony se estaba levantando, consultando su reloj.

—Está bien. Te llamaré la semana que viene.

—Pero vienes a casa la semana que viene..., tienes cita con Fickstein el viernes...

—A eso me refiero. Te llamaré antes de salir para allá. Y si para entonces no has dado con nadie, puedo quedarme aquí.

—Pero...

—Ahora tengo que irme. Lo siento. Adiós.

Abrió la puerta de un empujón, cruzó deprisa el salón. Las dos chicas la miraron con sus remilgadas sonrisas de color rosa.

—¿Conoces...? —murmuró Tony.

—No. Me parece que no. —Llevaba el bolso colgado del hombro; tenía los pies enormes; las uñas sucias. Le dijo a Tony—: ¿Me has pedido algo?

—Annabel nos acaba de invitar a la fiesta esta que...

—¿Me has pedido algo?

—No —dijo él—. No te he pedido nada.

Se miraron. Las dos chicas hacían frufnú al respirar, crujían, restallaban como la maleza.

—Estoy cansada —dijo Angela—. Ve tú a la fiesta.

Durante el breve momento de vacilación, ella esperó que se produjera un milagro.

—¿Estás segura? —preguntó él.

Ella asintió.

—Puedes contarme..., ya sabes, las novedades mañana.

Ella volvió a asentir. Permiso concedido. Adiós, Tony. Oh, por favor, no dejes que esto suceda.

—Bueno, pues... —dijo él, incómodo.

—Adiós. —Ella les dedico a los tres exactamente la misma sonrisa y sintió cómo daba media vuelta y cruzaba el vestíbulo; sintió su mano empujar las puertas giratorias, el aire frío. No se había traído la bicicleta y no tenía dinero. Echó a andar. No lo conseguiré, no lo conseguiré. Y a cada «no» daba un paso adelante, de tal forma que a la gente que la veía le pareció que anduviera deprisa, con determinación, como si llegara tarde a algún sitio.

CAPÍTULO 23

Ruth estaba sentada junto al teléfono enmudecido con la misma sensación que si le hubiesen pedido que hilase la paja en oro. Muy despacio, sin apenas darse cuenta de lo que hacía, se quitó los zapatos.

—Vaya, vaya —dijo la señorita De Beer, que apareció en el umbral de la puerta del final del pasillo. Echó a andar con paso decidido, retorciéndose las manos—. Bueno, ¿le parece que tengamos una charla usted y yo ahora, señora Whiting?

—Sí —dijo Ruth con pesar—. Supongo que sí.

—He pasado un día horroroso, terrible.

—Lo siento.

—Naturalmente, telefoneé al señor Whiting. No tenía ni idea de adónde se había marchado usted. Podría haberle pasado cualquier cosa. —Lloraba—. Mire que irse así, sin avisar. Lo que ha hecho, señora Whiting, es espantoso, espantoso.

—Lo siento —dijo Ruth.

—El señor Whiting va a coger el tren de las siete y cuarto. Le he insistido en que así lo hiciera. Se lo he dicho, yo no puedo seguir asumiendo esta responsabilidad.

—¿Esta tarde? Pero él dijo que no podía..., que no le iba a ser posible volver...

—De hecho, le resulta extremadamente inconveniente.

—¡Pero yo solo quería hacer unas compras! ¡Solo quería...!

—Podría usted habérmelo dicho.

—Señorita De Beer, tengo treinta y siete años, tres hijos, estoy acostumbrada a

vivir sola. ¡No tengo la costumbre de anunciarle a nadie mis intenciones cada vez que salgo de mi dormitorio!

—Hace solo dos semanas estaba usted en plena crisis nerviosa...

—¡Y aun así estaban todos dispuestos a despacharme a Francia!

—¡Y usted dijo que no se encontraba lo suficientemente recuperada como para irse! —espetó la señora De Beer, triunfante.

—Oh, está bien... —¿Y qué?—. Dejé el coche en Ramsbridge. Quizá pueda usted contárselo al señor Whiting cuando llegue. Y será mejor que prepare la cama de la habitación de invitados.

—Eso ya lo he hecho. ¿Puedo preguntarle cómo ha vuelto desde Ramsbridge sin el coche?

—He vuelto caminando.

—¿Que ha hecho *qué*?

—He vuelto en una escoba voladora.

—¡Señora Whiting!

—Vale, he vuelto con el señor Johnson, por todos los santos.

A través de la niebla, las luces parecían lunas que se perdían en la distancia, girando hasta desaparecer en la negrura; la distancia entre Ramsbridge y el Common se había transformado, en su mente, en una eternidad de colinas y valles en la que, a pesar de Angela, a pesar del hijo de Angela, podría morir. Al ver a Robert avanzando a trompicones a través de la neblina amarilla, le había pedido que la acercase a casa.

—No se encontraba lo suficientemente bien como para conducir —dictaminó la señorita De Beer tajantemente.

—Tonterías. El coche no arrancaba. Se habrá descargado la batería o vaya usted a saber qué. Buenas noches, señorita De Beer.

—Pero ¿y cuando llegue el señor Whiting...?

—Dígale que me he acostado.

No estaba dormida cuando llegó. Él subió las escaleras de una manera insólitamente silenciosa; la puerta crujió al abrirse; ella vio su enorme silueta recortándose contra la luz del pasillo.

—¿Ruth? —Su voz era casi tierna—. ¿Ruth? ¿Estás despierta?

Cruzó la habitación de puntillas y ella sintió su presencia, de pie junto a la

cama, mirándola. Aquello la desconcertó. ¿Por qué no encendía todas las luces, acababa con todo de una vez? Pero él se limitó a quedarse allí plantado. Por fin, cuando creyó que ya no podría soportar por más tiempo aquella mirada silenciosa, firme, él dio media vuelta y se dirigió sigilosa, pesadamente, hacia la puerta. Ella abrió los ojos, pero la puerta se cerró y volvía a estar sola.

—Mi niña —dijo él a la mañana siguiente, bañado, afeitado y en batín, sentado en el borde de la cama de ella—, no te estoy culpando de nada. Pero ¿por qué no viniste a verme? Podríamos haber almorzado juntos.

Ella no se lo podía creer.

—Pues, verás, no pensé que...

—Ni siquiera me diste un telefonazo, ¿verdad? —preguntó con un tono de triste reprobación.

—Pues no, yo...

—¿Y no telefoneaste al piso?

—No.

Él encendió un cigarrillo. Ella lo miró inquieta. Había aprendido a no confiar nunca en él, pero todavía podía tentarla; todavía podía, valiéndose de una insólita ternura, traicionarla y darle esperanzas.

—Pues conseguiste sacar de quicio a nuestra señorita De Beer, vaya que sí.

Ella se rio con cautela.

—Sí, eso me temo.

—Me insistió en que viniera. Tuve que anular un par de citas.

—Lo siento. De verdad que no era necesario.

—Oh, bueno. —Le dio unas palmaditas en el pie por debajo de las sábanas—. Ni que decir tiene que prefiero mil veces estar aquí contigo. No es que disfrute quedándome en la ciudad los fines de semana, ya lo sabes.

—Ya, seguro que no.

—Pues no. Bueno. —Se levantó, liberándola; ahora podía moverse—. Al parecer dejaste el coche en la estación.

—Sí. No... no arrancaba.

—Tanner va a bajar a Ramsbridge esta mañana. Iré con él y traeré el coche de vuelta. Por cierto, ¿qué es toda esa historia sobre una fiesta en casa de los Rackworth?

—No sé. ¿Qué fiesta?

—Anoche les hice una visita a los Tanner cuando vi que estabas dormida. No paraban de cotorrear sobre el asunto. Una fiesta de *rock and roll* o no sé qué. Al parecer han invitado a todo el pueblo.

—Oh... Oh, sí. No sé qué hice con ella.

—¿Con qué?

—Con la invitación. Recibimos una. Mira a ver... en la repisa de la chimenea.

Él la leyó con el ceño fruncido.

—Increíble —dijo—. Ese hombre debe de haberse vuelto loco.

—Lo había olvidado por completo. ¿Cuándo es? —Intentó sonar interesada y se pasó. Pareció impaciente.

—Esta noche. No querrás ir, ¿verdad?

—Bueno, ¿y tú? ¿No te apetece? Quiero decir que como esto es tan aburrido para ti...

—¿Aburrido? ¿Y por qué tendría que ser aburrido?

—Bueno, ya sabes..., pensaba que...

—Ay, Dios, no me estarás diciendo que quieres pasar la noche retozando con un montón de granjeros, ¿verdad? Porque yo no, desde luego.

—No —dijo ella—. Por supuesto que no.

—Vale, ¿y entonces por qué crees que a mí podría apetecerme?

Así, sin más, sin ni siquiera darse cuenta, había vuelto a adoptar su natural tono intimidante, su natural estado de exasperación. Ella se levantó de la cama a toda prisa, se enfundó en su bata, se acercó a la cómoda.

—Doy por supuesto que ni siquiera has respondido a la invitación, ¿no es así?

Allí donde él no la podía ver, de pie con las manos apoyadas sobre un cajón abierto, cerró los ojos un momento. No había nada tras ellos. Sacó medias, ropa interior, cerró el cajón empujándolo con el cuerpo.

—¿Hay algún otro médico por la zona? —preguntó como quien no quiere la

cosa—. Es decir, aparte de John.

—¿Y eso qué tiene que ver con responder a la invitación de Rackworth?

—Nada. ¿Por qué iba a tener algo que ver?

—¿Qué tiene de malo John?

—Nada de nada. Solo...

—Ahora la has tomado con John. ¿Por qué?

—Claro que no, Rex, en serio...

—¿Entonces a qué viene esa pregunta?

—Pues... —Le dio la espalda, se aferró a la poca ropa que llevaba en la mano. Era una mañana negra, la última de noviembre. La lluvia azotaba las hojas, los árboles desnudos estaban calados. El mozo de la carnicería, con un impermeable negro, subía laboriosamente por el paseo en su bicicleta—. Da lo mismo —dijo—. Tenía curiosidad.

—Digo yo que habrá un montón de médicos en Ramsbridge.

—Sí, supongo que así es.

—Pero John es un médico excelente, que yo sepa.

—Oh, sí que lo es.

—Aquí todo el mundo lo tiene a él de médico, ¿no?

—Sí.

—Vale, entonces ¿por qué quieres saber si hay otros médicos, por el amor de Dios?

—Era... —Parpadeaba, como alguien a quien hubieran golpeado repetidas veces—. Era solo una pregunta —dijo.

—Pero ¿por qué —pacientemente— lo preguntas?

Ella corrió, a pesar de la corta distancia, hasta el baño; corrió literalmente, levantando las rodillas y los pies, cerrando de golpe y pasando el pestillo de la puerta detrás de ella. Se sentó sobre el asiento de corcho del taburete y se envolvió en sus propios brazos, inmovilizándose, conteniendo la respiración. Por fin lo oyó bajar las escaleras y se relajó, haciendo descender las yemas de los dedos por sus mejillas y alojándolas en sus labios, donde el aliento calentó sus dedos fríos.

CAPÍTULO 24

Durante el desayuno eran marido y mujer, sentados uno frente al otro con sendos periódicos doblados sobre sus respectivos platos, la tostadora eléctrica generando tostadas, la cafetera eléctrica burbujeando, la mermelada en un tarro con forma de colmena. La invitación de Ralph Rackworth descansaba sobre la mesa como un testigo atado a la cuerda en el juego de tira y afloja. Aunque Rex la había colocado allí, ninguno de los dos la miraba.

—¿Cuándo vuelve Angela a casa?

—El jueves que viene.

—Espero que no vaya a pasarse todas las vacaciones quejándose, como siempre.

Ruth sonrió, sirvió el café.

—¿Y qué hay del chico ese? ¿Habla de él?

—Creo que sale con él de vez en cuando.

—Reconozco que me gustó. ¿A ti te gustó?

—Sí. Sí, me pareció simpático.

Se hizo el silencio. Ruth miró la invitación. ¡«Rock and Roll» en Rackworth House! El señor y la señora de Rex Whiting están invitados a reunirse con sus vecinos. Sin condecoraciones, sin espadas.

—¿Y los niños?

—¿Los niños?

—¿Cuándo vuelven ellos?

—Ah. El día 18.

—Vaya, ya casi es Navidad.

—Pues sí. Mañana es 1 de diciembre.

Más que una conversación era más bien un sondeo furtivo y aislado del futuro. Ella no reparó en su inusitado interés por la llegada de los niños. Él no reparó en que, por una vez, ella conocía la fecha en la que estaban. Por lo general era una de esas mujeres que se asoman a la ventana para averiguar, dependiendo del fenómeno natural en curso, en qué estación del año están.

Él se acercó la invitación y la hizo girar sobre la mesa encerada.

—Al parecer todo el mundo ha recibido una de estas.

—Lo sé. —Había cometido el estúpido error de no captar su cambio de humor—. Cuando Angela venga a casa...

—Los Tanner van. Y también los Johnson.

—Oh, creen que es su obligación, puesto que todo el pueblo está invitado. Supongo que irá todo el mundo. —Absorta como estaba en su problema, se internó sin pensarlo en un terreno peligroso y familiar. Solo después pensó: «¿Qué fue lo que me llevó a hacer ese comentario? Sabía que era fatal».

Él encendió un cigarrillo, depositó cuidadosamente la cerilla apagada sobre el borde del plato, la enderezó.

—En ese caso —dijo—, digo yo que resultaría bastante raro que no nos presentásemos.

—Entonces ¿por qué no vas?

—Ah, pero tú no contestaste a la invitación, ¿no es cierto?

—No, pero puedes llamar por teléfono, darles una excusa.

—¿He de suponer que te olvidaste?

—No pensé que fuera a estar aquí.

—Pero no escribiste para decir que no estarías aquí, ¿a que no?

—No, Rex. No, no lo hice. Oh, *por favor...*, ¿qué importa?

—Pues yo diría que simplemente se trata de una cuestión de educación.

¿Cómo es posible...?, pensó, mirándolo fijamente; ¿cómo es posible que le des tanta importancia? La corriente de crueldad, a la que él llamaba razón, discurriría formando un finísimo riachuelo venenoso que se colaría en cada hueco y rincón del día. No quedaría tiempo ni espacio para pensar. Nada, nada estaría permitido salvo aquel problema insignificante y fútil que constituía la fiesta de Rackworth. Él no iba a asistir sin ella. Tendría que haberse dado cuenta. «Eres abuelo», deseó gritar. «¿Puedes escuchar la

verdad por una vez en tu vida? ¡Eres abuelo, no un niño pequeño torturando moscas!» Cerró sus puños contra la frente, conteniéndose.

—Vamos, vamos —suspiró él con exageración—, ¿y ahora qué te pasa?

Ella lo había conseguido. Se levantó y recogió el periódico que no leería jamás.

—Iremos si tú quieres —dijo.

Él picó.

—Pero tú no quieres ir.

—Sí, la verdad es que me encantaría ir.

—Entonces ¿por qué no contestaste a la invitación como todo el mundo?

Ella vaciló. Se le ocurrió que, si colocaba las manos a ambos lados de su cabeza, sosteniéndola como en un torno de banco, a lo mejor conseguiría que parase. Aquel acoso al que la sometía, al que se sometía a sí mismo, era poco más que un estruendo generado con el fin de rellenar un silencio insoportable. Contempló su papada, pesada y reluciente, su nariz afilada sobresaliendo entre unos ojos muertos como el vidrio; sus rectas, ya canosas, cejas.

—¿Te sientes solo? —preguntó.

—¿Qué?

Ella estaba de pie en el umbral, frotándose la mejilla con el periódico doblado.

—¿Te sientes solo alguna vez?

—Sí —dijo él, como hipnotizado—. Algunas veces.

Ella asintió y se marchó, cerrando la puerta con una suerte de reticencia. Pasados unos instantes, lo acometió el malestar.

CAPÍTULO 25

Cuando el padre de Ralph Rackworth era pequeño —su aspecto muy parecido al de ahora, y siempre aquejado de difteria—, aquellas estancias habían resplandecido a menudo con la celebración de rutilantes fiestas. Ah, los fuegos ardiendo en las chimeneas de los dormitorios, los tocados y corsés, el frotar de violines que perduraba hasta el alba; trufas y champán, lámparas de araña bajo las que daban vueltas personas no demasiado finas, cierto, pero aún memorables. Tan memorables que, incluso a día de hoy, el anciano, en lo más profundo de su sueño, se llevaba a veces las manos a las orejas y gimoteaba.

Ralph, al acecho en la semioscuridad, con su cuello de piel levantado, había ordenado que se retirasen todos los objetos de valor. Ello, explicó, no era por temor a posibles daños, sino a los ladrones del Common. Se había levantado una plataforma al fondo del salón, bajo la sombría y ceñuda mirada de los antepasados Rackworth. Allí llevaban holgazaneando toda la larga y neblinosa tarde, mientras las arañas arrojaban su frío resplandor sobre las criadas que enceraban el parque, cuatro jóvenes vestidos con jersey de cremallera y vaqueros, que rasgueaban y aporreaban sin sentido sus instrumentos, extinguiendo sus cigarrillos en tazas de té de porcelana Crown Derby, rascándose los astrosos mechones de pelo que les caían sobre las cejas. Las criadas no los entendían, ni lo que decían ni lo que pretendían. Llevaban a cabo el encerado partiendo desde la plataforma rumbo a la doble puerta que quedaba treinta yardas más allá, soltando alguna que otra risita y lanzando miraditas ocasionales a su espalda, sobre el monte de sus caderas, para ver qué hacían los jovencitos. Ralph merodeaba entre ellas calzado en

sus botas, bebiendo whisky de una petaca de plata.

Sus propios amigos ya estaban instalados a lo largo y ancho de la casa. La mayoría de ellos se pasaban el día tirados en el suelo, escuchando música folclórica africana antigua. Algunos lo hacían en la cama. Uno de ellos, Jocelyn MacDermott, se cruzó con el general en un largo y nebuloso pasillo.

—Me he encontrado con un fantasma —le dijo a Ralph—. Parecía muy desmejorado.

—Ese era mi padre —dijo Ralph—. Todavía no está muerto.

Se arrebujaaron en los cuellos de sus abrigos, pasándose la petaca, observando el despliegue de los preparativos con los ojos entornados.

Los invitados habían sido convocados a las nueve y media. A esa hora, la comida y la bebida, suficientes para un ejército, se hallaban ya dispuestas en el comedor. Los jovencitos se habían quitado los jerséis y lucían ahora pulcras camisas blancas a través de las cuales se podía entrever la modesta silueta de sus camisetas interiores. Ralph había cambiado su atuendo por un traje azul del mismo corte que su ropa de diario, y al que una faja escarlata, a la usanza del general Gordon, aportaba un nefasto toque de color. Él y MacDermott estaban apoyados contra una columna, rumiando sus pensamientos. Una muchacha con una falda semejante a una cola de sirena, con la salvedad de que esta terminaba abruptamente a la altura de sus pálidas rodillas, avanzó renqueante hasta ellos.

—Ah, aquí estáis, queridos. Os he estado buscando por todas partes.

No contestaron. Ella tuvo un ligero escalofrío, se abrazó los brazos desnudos y tarareó en voz baja para no caer en el desánimo.

Los aldeanos llegaron en un sólido bloque, cruzando a empujones la doble puerta con una pausada arrogancia, los hombres con las manos en los bolsillos, virando inmediatamente hacia la protección natural que ofrecían las paredes, las muchachas en grupitos dispersos de telas estampadas y satén, riendo tontamente, el cabello planchado, los labios convertidos en finas líneas de implacable carmesí. Las madres, equilibradas sobre unos zapatos diminutos, buscaban sillas donde sentarse. No había. Los padres se frotaban la parte posterior de sus recios cuellos.

Ralph y MacDermott pasaron, disimuladamente y sin mediar palabra, a la

acción. Formales, serios, inclinándose como por unas bisagras bien engrasadas, las manos casi tocando, aunque no del todo, los brazos de las mujeres, dirigiendo y escuchando, dispersaron ese nudo cerrado que formaba la concurrencia, la trasladaron hacia el comedor, la contemplaron, con una especie de severa amabilidad, comer y beber. En el momento justo, los amigos entraron en escena, deslizándose y ocupando sus posiciones asignadas, presentándose. Los jovencitos rasgueaban quedamente sus instrumentos en el salón vacío. El ambiente era tan tranquilo como el de los primeros movimientos que se realizan al alba de un día de batalla.

La mayoría de los vecinos del Common, como los aldeanos, llegaron en comandita. Con ocasión de tan dura prueba, se habían rebajado, incluso, a compartir coche, los hombres llenando los asientos delanteros, las mujeres removiéndose con un nervioso frufú en la parte de atrás, como si fueran niñas. Muchos habían cenado juntos, en grupos de cuatro, antes de partir. Puesto que el personal extranjero de servicio también había sido invitado, se produjeron situaciones espinosas respecto al fregado y secado de la vajilla. La sueca de los Wilmington-Smith llegó antes que ellos, muy regia en su bicicleta.

—No he secado —le dijo Meg humildemente cuando se la encontró en el guardarropa femenino.

—Detesto secar —gruñó ella con voz ronca.

Se habían armado de valor con una penúltima copa. Estaban decididos a arrasar, mientras que a los aldeanos, que veían todo aquello como un mero entretenimiento, les era completamente indiferente, siempre y cuando no fuera un engaño. Las mujeres iban de negro y rodearon a Ralph con el ansia impaciente de los cuervos, graznando a su extraño cuerpo muerto. Para ellas era una muestra de educación, pero él se apartó de ellas, dejándolas desconcertadas.

—Un hombre de lo más curioso. Querido, ¿qué es *esto*?

—Whisky. Pensaba que estabas bebiendo whisky.

—Pues sí. Oh, caramba, ahí está Watson. ¡Hola, señor Watson! —Una sonrisa brillante, una mano que se alza en un saludo casi travieso al jardinero —. Vaya, pues se lo ve bastante apuesto. ¿Estamos todos aquí?

—No, los Tanner todavía no han llegado.

—Y tampoco veo a los Whiting.

—Venían juntos. El patio está revuelto, ya sabes.

—¿Lo dices por Ruth?

—No, querida. Lo digo por *Rex*...

Serio, relajado como un hombre dando carrete a un pez, Ralph bailaba con la asustadísima hija de los Watson.

CAPÍTULO 26

—¿Cómo va la cosa? —susurró Jane mientras se ponían el abrigo en el dormitorio de Ruth—. ¿Algún progreso?

—Necesito conseguir un médico. Para que la derive a un psiquiatra.

—¿Y no puede Fickstein derivarla a un psiquiatra?

—No. Tiene que ser un médico de cabecera.

Sus voces, entrecortadas y ahogadas como las de un par de conspiradores, estaba cargadas de una terrible inquietud.

—Pero es absurdo, si al final lo va a hacer él...

—Lo sé.

—Dentro de nada se le empezará a notar.

—Lo sé. ¿Podríamos preguntarle a Maxine otra vez?

Jane la miró alarmada.

—No —dijo—. Yo no le preguntaría a Maxine.

—Pero seguro que ella conoce...

—Yo no le preguntaría a ella. Tú espera. Ya se nos ocurrirá algo. Tiene que haber miles de médicos...

—Sí, pero ¿quién?

—Yo tengo un primo, pero vive en Durham, maldita sea. Aun así, si todo lo demás falla... ¿Cuándo vuelve a casa?

—El jueves. Estoy segura de que si le preguntásemos a Maxine...

—No te conviene mezclarte con Maxine. Ya sabes cómo es esa gente.

Ruth, que no lo sabía, interpretando el cambio de actitud de Jane como otro obstáculo a vencer, se abstuvo de decir nada más. Jane, incapaz de explicarse, se quedó abatida.

—Pero qué cosa más divina —dijo elevando la voz, risueña, cogiendo la caja de música—. ¿Qué es?

—Una caja de música. Hay que girar la manivela... ahí, en el lateral.

Brotó la melodía, deprisa primero, luego despacio. Cabeceando al ritmo, sonriendo como una tonta, Jane siguió girando la manivela.

—Es *Bye Baby Bunting* —exclamó, satisfecha con su descubrimiento—. Pero ¡qué triste!

Bye Baby Bunting

Daddy's gone a-hunting,

Gone to fetch a rabbit skin...

—La compré para Lucinda —dijo Ruth con brusquedad. Como nadie llamaba nunca a Baby por su verdadero nombre, fue toda una sorpresa—. Pero luego pensé que era demasiado pequeña. Así que me la quedé.

—Muy sabio por tu parte. Lo destroza todo —dijo Jane con frialdad.

En aquel momento, el malentendido entre ambas era completo. Bajaron para reunirse con Rex y Richard, que estaban terminándose el whisky.

—La penúltima —reclamó Rex. Se lo veía acalorado y, ataviado como iba en uno de sus trajes londinenses, incómodo.

—Llegamos terriblemente tarde —dijo Jane—. Ralph «el Despiadado» no nos lo perdonará jamás.

Cuando llegaron al final del largo paseo de entrada, Rackworth House destilaba luz como un crucero en medio de un oscuro océano. La música se escuchaba desde fuera, pero las personas que cruzaban y volvían a cruzar por delante de los brillantes ventanales parecían moverse como fantasmas.

—Esto está hecho para Angela —dijo Richard Tanner con efusividad—. ¿Por qué no está Angela aquí? —Se tambaleó un poco al dirigirse hacia la puerta principal y saludó a una estatua mojada y medio desmoronada—. Venga, abuelo, entra ya. No te quedes ahí parado. No hay nada de qué avergonzarse. —Y con la cabeza por delante, se zambulló al interior por la puerta abierta.

—¡Qué espanto! —siseó Jane tras echar un único vistazo—. ¡Valgame

Dios! ¡Ralph el Despiadado bailando con nuestra Bessie! ¿Y no es esa Lorna? Dios santo —añadió, con sobriedad—, lo es.

Ruth estaba en las nubes, ausente, incapaz de reparar en nada. Sus ojos, en el transcurso de las últimas semanas, se habían convertido en dos grandes sombras dentro de una cara tan pequeña y borrosa como un reflejo en el agua. Atrás había quedado cualquier rastro de los movimientos enérgicos y conscientes de su cuerpo; se movía como una niña pequeña, recelosa, con gracia, se quedaba de pie con las manos colgando a los costados o se sentaba como si esa fuera la posición natural para descansar. Iba de marrón marchito, del color y la textura de las hojas secas; y eso solo porque su vestido negro, huelga decirlo, le quedaba ahora demasiado grande.

«Estás tan flaca como Angela», le había dicho Rex, repugnado. Y ella lo había corregido: «No. Más flaca». Angela ahora tenía un peso con el que cargar.

Los jovencitos se habían desabrochado la camisa e iban y venían por la plataforma, berreando y arrastrando los pies con las piernas dobladas y rígidas, como niños pequeños que se han pasado de la raya. Cantaba el más joven de los tres, chillando la letra hasta el punto de hacerla irreconocible.

*I e'er e 'ore I i-n-ng a Loos
I e'er aw a I e'er ooze...*

—*Your love, dear*—cantaba Bessie alegremente, sonriendo al rostro entregado e inexpresivo del jovencito de la plataforma—. *You got me singin' the blues...*

—*Moon and stars...*—aullaba el joven Watson al oído de Meg Wilmington-Smith—, *no longer shine...*

—*Lost the love...*—gritaba desenfrenado Robert Johnson, haciendo girar a Mary Budge como a un brillante penique—. *I thought was mine...*

*There's nothing left for me to do,
But cry-ei-ei-ei over you...[5]*

—Un momento —murmuró MacDermott. No miraba a Ralph, sino que estaba plantado en medio de la pista de baile con la cabeza inclinada, los ojos fijos en su bota de gamuza, como si estuviera escuchando.

—¿Qué pasa?

—¿Quién es esa mujer que está junto a la puerta?

Un parpadeo impasible.

—No tengo la menor idea. Alguna zorra del Common.

MacDermott regresó a la columna. Estaba borracho. No tenía el mismo aguante que Ralph para esas cosas. Se venía abajo, entregándose a solitarios ataques de llanto, o incluso a la oración. No tenía remedio. Se cortaba el pelo igual que Ralph, vestía la misma clase de ropa, se envolvía en un halo de misterio. Pero no tenía nada de misterioso. Oh Dios, pensó, ¿por qué no seré tan despiadado como él?

—Buenas noches —le dijo un hombre orondo, calvo, vestido con un chaleco de flores—. No nos han presentado, creo. Mi nombre es Phillips.

MacDermott soltó un gruñido.

—Soy el médico de cabecera de la zona. Me dicen que también usted es galeno.

—¿Y quién —preguntó MacDermott, desconsolado— le ha dicho eso?

—Esa monada de ahí. —MacDermott siguió el gesto de la calva cabeza y vio a la chica de la falda de sirena sonriendo, animada. Un chico con el botón superior de la camisa de-sabrochado, uno de los mozos de labranza de Ralph, tiró de ella hacia la pista de baile. Al instante, el rostro de la chica se endureció, envejeciendo veinte años.

—¿Ejerce? —preguntó Phillips de modo casual.

—Sí.

—¿Puedo preguntarle dónde?

—Sí que puede, pero no lo conocería. —Solo estaba logrando ser maleducado; el gélido desdén, los fríos monosílabos brillaban por su ausencia.

—Yo conozco casi todos los sitios —insistió Phillips, con paciencia.

—Me alegro por usted —dijo MacDermott. Se despegó de la columna y se alejó con los hombros caídos. Cruzó la puerta, mirando fijamente a la mujer

del vestido marrón. Los ojos de ella lo atravesaron sin verlo. Él se llenó hasta la mitad una copa de whisky, se la bebió y regresó junto a ella.

—¿Baila?

Su boca abrió otra sombra en su rostro.

—Vamos —dijo él bruscamente, y la agarró de la muñeca. Cuando Ralph vea esto, pensó sombríamente, se arrepentirá.

[5]. La letra de esta popular canción de Guy Mitchell dice así: «Nunca sentí tantas ganas de cantar el *blues* / pues nunca pensé que perdería / tu amor, cariño... / Me tienes cantando el *blues*... / La luna y las estrellas / han dejado de brillar... / Perdido el amor... / que creí mío... / Nada puedo hacer ya / salvo llorar por ti...».

CAPÍTULO 27

Ninguno de los dos habló mientras bailaban por la pista en un abrazo distante.

—¿Vive usted por aquí? —preguntó él por fin, con acritud.

—Sí. —Doblaron la esquina y siguieron adelante, resueltos—. ¿Y usted? — Ella sabía, por supuesto, que no.

—No.

Ruth vio a John Phillips junto a la columna. Él bajó la cabeza y se retiró. Me evita, pensó ella, odiándolo. Giraron de nuevo y vio cómo se alejaba su espalda achaparrada, abriéndose camino entre la multitud. Ella casi pudo sentir sus pensamientos: ahí está la despreciable madre, pasándoselo en grande mientras la pobre niña está sufriendo. La ira animó sus sentidos. MacDermott pudo notar el cambio y relajó su agarre.

—Esto va de maravilla —dijo él.

—Sí. —Se quedó pasmada al ver a Betty Johnson colgada del cuello de un joven cuyos pasos tambaleantes y cuya rutilante cara blanca evidenciaban que esa era la primera vez que iba a vomitar por culpa de la bebida—. Todo un éxito —dijo. Betty Johnson abrió los ojos y la miró con frialdad; luego sus párpados volvieron a entornarse y se balanceó en los brazos del joven.

—Pero ¿cree usted —preguntó Ruth— que podríamos dejar de bailar?

—Desde luego —dijo él con indiferencia—. ¿Qué quiere? ¿Un paseo por el invernadero?

—No.

—Tomemos otra copa.

Cogiéndola suavemente de la mano, la condujo hasta el comedor. Rex y

Richard Tanner se habían acomodado junto a la enorme chimenea. La comida se había esfumado, pero todavía quedaba bebida de sobra. Un viejo roncaba plácidamente en una silla de respaldo recto. MacDermott sirvió el whisky en dos vasos usados.

—¿Y bien?

Ella estaba de espaldas a Rex, y sostenía el vaso con ambas manos.

—¿Cómo...? ¿Cómo ha dicho?

—¿Está disfrutando de esta orgía democrática? —Se estremeció al decirlo.

—Sí. Gracias.

Ella parpadeó, levantó la vista, reparó en él. Fingió beber, pero solo dejó que el cálido, salobre whisky tocara sus labios.

—¿A qué viene tanto misterio? —Se escuchó decir él, muy a su pesar.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella con suavidad.

—¿Por qué ese aire tan triste?

—Oh... —Ahora supo que Rex la había visto; podía sentir cómo le taladraba la espalda—. ¿A qué se dedica? —Se apresuró a preguntar—. ¿Es usted escritor o algo así?

—No.

—¿Y a qué se dedica, entonces?

—¿Ve usted a ese imbécil presuntuoso que pasa ahora por la puerta?

Ella alzó los ojos y vio a John Phillips. Este pasó de largo sin el menor gesto de reconocimiento. Probablemente iría a reunirse con los hombres, junto a la chimenea.

—Sí.

—¿Lo conoce?

—Sí.

—Vayámonos, entonces. —Cogió una botella sin abrir y, de nuevo, con firmeza, su mano.

—¿Adónde?

Ella se apresuró tras él sin atreverse a mirar atrás. Él no respondió.

—¿Adónde vamos? —insistió ella.

—Oh, venga, vamos.

A mitad de las escaleras él le soltó la mano.

—No hace falta que venga si no quiere —dijo malhumorado—. Vuelva a la fiesta si quiere.

Ruth bajó la mirada hacia el vestíbulo empedrado. Mary Budge entró por la puerta principal, que estaba abierta. Miró a su alrededor, se agarró el ligero a través de su vestido estampado y tiró de él hacia abajo, hasta las caderas. Luego se atusó el pelo y se dirigió hacia el comedor.

—¿Por qué no le gusta John Phillips?

—Detesto a los médicos. Creo que será mejor que vuelva.

Robert Johnson entró por la puerta principal. Miró a su alrededor, se pasó ambas manos por el pelo y se apresuró a entrar en el guardarropa rotulado «Caballeros». Ruth se agarró al pasamanos con una mano.

—¿Por qué?

—Por la misma razón que odio a francmasones, rotarios, sindicalistas, *boy scouts*. Que ejerza la misma profesión que yo no le da derecho a ese payaso de cara flácida a darme una palmadita en la espalda... Me dicen que también usted es galeno, viejo amigo, viejo amigo. Jesús. —Siguió subiendo, completamente indignado, hacia el rellano apenas iluminado.

Cuando llegó arriba, se giró y miró abajo por encima del hombro.

—Supongo que no querrá acompañarme. Así que buenas noches.

Ella le siguió, casi corriendo al principio, por el largo pasillo. Él no miró atrás, pero sostuvo la puerta de servicio de paño verde abierta para ella; luego siguió ascendiendo lenta y pesadamente más escaleras, cruzó más puertas, de modo que ella acabó sintiéndose igual que en la consulta de Fickstein, como si la guiaran a través de una fortificación.

—Este es el apartamento de Ralph —dijo él—. ¿Había estado aquí antes?

Ella sacudió la cabeza. En aquella habitación, donde ninguno de los muebles —ya de por sí escasos— medía más de dieciocho pulgadas de alto, él se le antojó enormemente alto. Incluso ella se sintió rara, como una garza, teniendo que agacharse para todo.

—Siéntese. Iré a buscar unos vasos.

Ella se puso de cuclillas sobre el suelo, entre cojines. Como no había chimenea, le pareció que hacía frío, aunque cuando entraron en el apartamento, el aire era caliente como el de un invernadero.

—Es una habitación preciosa —dijo ella, tiritando.

—¿Usted cree? —La música retumbaba muy por debajo de ellos, un estruendo subterráneo. MacDermott se sentó frente a ella con las piernas cruzadas, disponiendo los vasos, el whisky, la soda sobre una losa de mármol negro. Él estaba extremadamente nervioso, se arrepentía de haber venido. Miraba continuamente hacia la puerta como si esperara tener que acudir a una llamada urgente.

—Tomamos una copa rápida —dijo— y volvemos. Ralph se ha esforzado muchísimo con los preparativos. Es un hombre excepcional. ¿Lo conoce personalmente?

—No, apenas lo conozco. Nosotros no...

—Hay quien lo considera un estúpido por vivir aquí, pero va con su mentalidad, le da libertad, ¿me entiende? Claro que no todo el mundo tiene el valor suficiente para vivir como desea, aun disponiendo del dinero necesario. El valor en exceso viene a ser lo mismo que la locura, si es que entiende a lo que me refiero. —Desvió su mirada lejos de ella, desesperanzado—. Pero, naturalmente, no lo entiende.

Ella miró al interior de su vaso.

—¿Es usted —preguntó— médico?

—Ralph vive en un mundo de fantasía, no lo niego. Eche un vistazo a esta habitación. Usted dice que es preciosa. Yo digo que es un exceso de valor sumado a un exceso de riqueza. No es cómoda. No es moderna. Él tiene un congelador. Le gusta el ruido que hace. ¿Y qué guarda en él? Una bolsa de guisantes y un pudin de Navidad que sobró el año pasado. Esa clase de exceso solo se da en los sueños. ¿Tengo razón o no?

—¿Cómo se llama usted?

—¿Nombres? ¿Qué son los nombres? Yo no le he preguntado el suyo. No quiero saberlo. ¿Sabe usted lo que ocurriría si supiese su nombre? Descubriríamos que mi tío abuelo conoció a la madre de usted en un mercadillo benéfico en la iglesia de Upper Norwood en 1931.

Ella se sobresaltó.

—¿Cree usted? Pero estoy segura de que mi madre no...

—Vale. —Se levantó, apuró la copa—. Vámonos.

Ella respiró hondo.

—Prefiero quedarme aquí.

—¿Por qué? —preguntó con desmayo.

—Pues..., pues porque sí. ¿Podría tomar otra copa?

—Todavía no se ha acabado esa.

Ella la apuró, sin poder evitar una mueca de asco, y le tendió el vaso.

—No le gusta —dijo él con amabilidad.

—Sí que me gusta.

—Estará casada, supongo. —La miró por primera vez, sopesando la mancha marrón, los ojos ensombrecidos, las manos inquietas—. Felizmente, espero. ¿O acaso sufre?

—¿Qué...?

—¿Que qué quiero decir? —Suspiró, se tumbó en el suelo, apoyándose sobre un codo—. Oh, usted sufre por algo. Su marido es un bruto. Su amante la ha abandonado. Su pequeño mundo está sumido en la oscuridad. Es usted una pobre mujercita que piensa que, subiendo aquí conmigo, algo, Dios sabe qué, pero algo, se va a solucionar. ¿No es así?

—Sí. Es decir, no pensaba...

—Oh, por Dios. Yo no voy a solucionar nada. ¿Por qué no escoger a uno de esos fornidos labriegos? Ralph podría recomendarle uno, probablemente. Le preguntaré si usted quiere. Puro músculo genuino de arriba abajo. Y dudo mucho que ni siquiera la molestaran con un chantaje.

—Qué tonto es usted —dijo ella remilgadamente, poniéndose de rodillas, las manos juntas sobre el regazo.

—¿Que soy qué?

—Ridículo.

—Lo soy. —De pronto, sonrió—. ¿Cuál es su problema?

—Bueno...

Pero se dio cuenta de que no quería contárselo. Nunca había estado tan alejada de su vida que como lo estaba ahora: anónima, una mujer que él había escogido por alguna extraña razón; un misterio. Podría contarle que era viuda, una adorada *demi-mondaine*, una ceramista de Bath. Podría tener un gran amor, suyo y de nadie más; una tormenta de la cual ella fuera el triste y

misterioso centro. ¿Por qué estropearlo todo? Se levantó y cruzó con ligereza la habitación, desapareciendo entre las sombras, el vestido susurrando como la hierba.

—Es un poco complicado —dijo, desde la distancia.

—Por supuesto.

—¿De verdad es usted médico?

Él vaciló, soltó un leve gruñido.

—Sí. No practico abortos, si es eso lo que quiere.

Hubo una larga pausa.

—Pero ¿sí que es médico?

—Dios santo, ya se lo he dicho. Trabajo en una loquería.

—¿En una loquería?

—En una casa de locos. En un manicomio.

—¿Quiere decir que trabaja con locos?

—Eso es.

—Oh.

Se hizo otro largo silencio. La música vibraba ahora con el frenesí de un martillo neumático; las ventanas, vestidas con pesados cortinajes, se sacudían.

—De todos modos, ¿qué hace usted ahí?

—Nada.

—¿Por qué no viene aquí y se sienta? Me está poniendo nervioso con tanto merodear de aquí para allá.

Muy a su pesar, ella regresó y se acomodó sobre los cojines, con la falda desplegándose y aposentándose como un par de alas. Él se dio la vuelta y apoyó la cabeza sobre las rodillas de ella.

—Pues ya que nos quedamos... —dijo, con aire taciturno. Ella lo miró alarmada, como si él hubiera dicho, refiriéndose a su cabeza: «¿Sosténgame esto un minuto, quiere?».

CAPÍTULO 28

Mientras se desvestía, en casa, a las tres de la mañana, Ruth se movía con la misma rapidez y el mismo aire ausente que si estuviera a solas; tarareando para sí, incluso, al limpiarse el rostro, al desdoblar el camisón. No es que estuviera ignorando deliberadamente a Rex, que estaba sentado en la banqueta situada al pie de la cama, mirando, como si estuviera considerando el esfuerzo, sus zapatos. Era solo que, por una vez, él guardaba silencio. Su presencia siempre iba asociada al ruido.

Él aguardaba con creciente ansiedad. Ella se metió en la cama, se tumbó, apagó la luz de su lado, se giró, suspiró profundamente y permaneció tumbada, inmóvil. Él se quedó quieto en la semioscuridad, tomando conciencia de que, si quisiera quedarse sentado en la banqueta toda la noche mirando sus zapatos, podría hacerlo.

—¿Ruth? —Tuvo que repetir su nombre elevando un poco más la voz—:
¿Ruth?

Un sonido de interrogación, nada más.

Aguardó unos momentos, hasta que la respiración de ella se tornó uniforme y profunda.

—¿Estás dormida?

Ella se removió sobre el colchón, como si intentara introducirse en su interior. Su inquietud no podía esperar. Se levantó y se dirigió, tenso, con las manos en los bolsillos, hasta el lado de la cama.

—¡Ruth!

Ella se dio cuenta en medio de su cálido sueño ligero de que él estaba allí. Una tremenda renuencia la impulsó a fingir que seguía dormida.

—No quiero discutir —murmuró él—. Tengo que hablar contigo.

Ella estaba completamente despierta. Había algo nuevo en su voz. Solo es un truco, se dijo a sí misma. Con todo, abrió los ojos, lo miró parpadeando.

—¿Podemos dejarlo para mañana por la mañana?

—No. No podría conciliar el sueño.

—Oh, vaya. Ya veo.

Él se puso a caminar de un lado a otro de la habitación. Saber que MacDermott recibiría a Angela el jueves era como tener a alguien cogiéndola de la mano, reconfortándola, por debajo de las sábanas. El joven había resultado ser un hombre del montón: medianamente servicial, medianamente amable, encantado de hacer lo que ella le pedía, pero aliviado de que ella le pidiese tan poca cosa. «Lo solucionaremos. Duerma tranquila, abuelita.» En un primer momento, esa frase no le había gustado en absoluto. Ahora, al enfrentarse a un Rex que se debatía con sus emociones, era un consuelo.

—A veces —dijo él— parece que piensas que no tengo sentimientos.

—Lo siento.

—Supongo que me estabas pagando con la misma moneda. —Paró, se volvió hacia ella con extraordinario apremio—. ¿Lo estabas haciendo?

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, desconcertada.

—¿Qué has estado haciendo todo ese rato?

—¿Qué rato?

—¡Pues esta noche, maldita sea! ¡Una hora y media! Supongo que ahora me dirás que estabas jugando al cordel, ¿eh? ¡Dime! ¿Qué estabas haciendo? —Le temblaba la voz, aunque no de ira, no del todo. Parecía emerger de la parte equivocada de su ser, como forzada, torpe. Su cuerpo grande, corpulento, daba la impresión de estar absurdamente arrugado; el disgusto había hecho que se pasara los dedos por el pelo, tan fino que ahora estaba levantado y dejaba entrever la superficie rosada de su cuero cabelludo.

Ella se incorporó un poco.

—Estábamos hablando —dijo ella con asombro.

—¿Tú? ¿Hablando? —Lanzó una risotada teatral, luego saltó—: ¿De qué?

—No lo sé.

—Si habéis estado hablando durante una hora y media, sabrás de qué habéis

estado hablando, ¿no? A ver, ¿de qué?

—Te he dicho que no me acuerdo. Es amigo de Ralph, de Rackworth. Hemos hablado de él y de la fiesta y...

—¿Adónde os habéis ido? Nadie sabía dónde estabais.

—Hemos subido al apartamento de Ralph.

—¿Y había alguien más?

—No, pero...

—Así que habéis estado hablando una hora y media en el apartamento de Rackworth. Solos. Y mientras, mis amigos, abajo...

—¡Venga, Rex, no seas absurdo! Estábamos hablando. Solo estábamos hablando.

—Te has acostado con ese tunante de pelo rapado —dijo—, ¿verdad?

—No.

—Entonces ¿qué habéis estado haciendo? ¿Qué demonios habéis estado haciendo todo ese rato?

—Te lo he dicho —dijo ella. Sus voces corearon al unísono—: Solo hablar.

—No te creo.

—¿Por qué no me crees? ¿Porque no es lo que habrías hecho tú?

Se le veía el rostro demacrado, a los pies de la cama.

—De acuerdo —dijo—. Dilo de una vez. Por fin hablamos claro. Acabemos con esto de una vez, maldita sea. No es lo que yo habría hecho.

—Lo siento —dijo ella con un hilo de voz. De un solo movimiento se metió bajo las sábanas de nuevo—. Vámonos a dormir. Es muy tarde. Lo siento.

Él permaneció callado tanto tiempo que ella casi empezó a quedarse dormida de nuevo. Cuando escuchó aquel implacable «Ruth», le llegó desde muy cerca, le resultó casi tierno. Volvió a abrir los ojos. Él estaba arrodillado junto a la cama, su cara a escasos centímetros de la de ella. Es cierto, pensó. Es cierto que siente algo de verdad. Estaba confusa; no podía, después de tanto tiempo, comprenderlo. Sabía que él estaba incómodo, acuclillado allí.

—Cuéntamelo, por favor.

—¿Que te cuente el qué? —Casi se había olvidado de Angela. ¿Qué era lo que, con tantas ganas, necesitaba saber?—. ¿Que te cuente el qué? —repitió, desesperada.

—Sé —dijo él con gran dificultad— que nada ha ido bien entre nosotros. Tú piensas que me he comportado mal. Yo me he comportado mal. Soy un cabrón por naturaleza, ese es mi problema.

El único ojo que ella tenía al descubierto se puso alerta, precavido. ¿Era posible que estuviese intentando cautivarla de nuevo? Buscó señales, el labio superior agarrotado, como por el sentimiento, los párpados caídos en un gesto infantil, el robusto rostro de mediana edad, reprobatorio y humilde y patético. Pero él la miraba con simplicidad, frunciendo un poco el ceño.

—Esta mañana me preguntaste si me sentía solo. Pues bien, así es.

—Ya —dijo ella, concentrándose.

—Uno no tiene que ser agradable para sentirse solo, ¿sabes? Es más, cuanto más desagradable eres, más solo te sientes.

Ella asintió contra la almohada, el ojo todavía fijo en él, cauteloso.

—Y entonces, lo que haces, para salir de eso, quiero decir, es más desagradable que ninguna otra cosa. Lo que no quiere decir que no sepas que lo es. ¿Lo entiendes?

—No.

Él suspiró. Pesaba demasiado para estar así en el suelo y empezaba a sentir calambres. Se levantó con esfuerzo y se sentó al borde de la cama. Ella apartó las piernas para dejarle sitio.

—En cuanto a lo del MacDermott ese —dijo él—, no te culpo. Me culpo a mí mismo. No quiero que creas que te culpo, eso es todo.

—¿Porque —preguntó ella, sin apenas saber lo que quería decir, pero conociéndolo demasiado bien— eso hace que te sientas mejor?

—Supongo que sí. Todavía eres joven. Estabas muy atractiva esta noche. No te culpo.

Él la había perdonado y ese perdón, ella lo sabía, era extremadamente importante para él. Le brindaba confianza, tendía un puente sobre el vacío que se abría entre ambos, le servía de consuelo por cualesquiera que fueran los crímenes que creyese haber cometido. Que fuera capaz de perdonarla por un acto que él llegaba a comprender, pero del cual, desafortunadamente, ella era inocente, podía brindarles un poco de paz a ambos. Ella podía comprenderlo. Era demasiado tarde, pero podía comprenderlo.

—Lo cierto es —dijo él con pesar— que te tengo mucho cariño.

Ella conservó el tono de ternura en su voz.

—¿Por lo de esta noche?

—Me he dado cuenta esta noche —dijo él con mucha pompa. Luego, atacando de nuevo—: Entonces, ¿lo admites? ¿Es verdad? ¿Has dejado que ese cerdo te hiciera el amor? ¿Eh?

Ella no pudo evitar sonreír. Un gesto tan irreverente como una sonrisa en la iglesia, en un funeral, una calidez incontrolable derritiendo un rostro de pétrea beatitud. Como reconocimiento de culpabilidad, cayó en la cuenta mientras hundía el rostro en la almohada, era más que suficiente.

—De acuerdo. —Él se levantó, la voz apagada—. Te lo he dicho. No te culpo.

—Pero...

—Ni siquiera voy a decirte que podrías haber escogido un lugar más adecuado. O que podrías haber pensado en los niños. En Angela, sobre todo. Y por supuesto, no espero que pienses en mí.

—Pero Rex...

—Comprendo por qué lo has hecho. —Su perdón se prolongaba, podría hacerlo durante años, incluso—. No lo volveremos a mencionar.

—Vale —ella respiró, volvió a tumbarse.

Él empezó a desvestirse. De vez en cuando se le ocurría algo más que decir y hacía un alto, la corbata a medio de-sanudar, una pierna fuera de los pantalones, el chaleco colgado de un brazo; pero en cada ocasión, se lo pensaba dos veces y retomaba lo que estaba haciendo. Finalmente se metió en la cama y apagó su luz. Se quedaron tumbados en la oscuridad, esperando.

Él, por fin, se movió, su mano buscándola a tientas.

—Podríamos empezar de nuevo —dijo él—. Después de esto.

El horror, una sensación inoportuna de la que se resintió casi con amargura, la petrificó.

—No.

La mano de él se agarrotó.

—Ahora no —dijo ella contra la almohada—. Por favor.

La mano se relajó, se retiró rápidamente.

—De acuerdo —dijo él—. Lo comprendo. —Su propia sensibilidad lo sobrecogió por completo, lo colmó de respeto hacia sí mismo—. Quizá más tarde, no obstante.

Ella asintió en la oscuridad. Pero el horror persistió. Durmió con él, murmurando, retorciéndose, gritando, hasta la mañana.

CAPÍTULO 29

—**P**ero ¿por qué —preguntó Angela— tengo que ir yo sola? Tan lejos, y con lo oscuro que está.

—No está tan lejos. El faro de tu bicicleta funciona, lo he comprobado.

—¿Y qué me dices del camino de vuelta? Tendré que subir toda esa colina empujándola. En serio.

Esta vez no se encontró con una ferviente bienvenida al comienzo de las vacaciones, nada de caprichos para merendar ni flores en el dormitorio. Angela había llegado con sus libros, su pequeña bolsa de lona, ataviada con una falda y unos leotardos negros de lana. Llevaba la falda prendida con un imperdible, la abertura de la cinturilla cubierta con un jersey largo, zurcido, de estudiante de medicina. Se había echado el pelo hacia atrás por medio de una ancha cinta elástica y tenía la cara picada, encogida por el frío.

—Además —añadió—, me encuentro fatal.

—Entonces te llevaré yo en coche —dijo Ruth con inquietud—. Pero no entraré contigo. ¿Entendido?

—Todo esto me parece una auténtica estupidez. ¿Escabullirnos en mitad de la noche y nada menos que para ir a Rackworth House? ¿Es que no podías haber encontrado un médico en condiciones?

—Él es un médico en condiciones.

—Pues no sé. A mí me parece una estupidez.

Se dejó caer en un butacón, despatarrada, y se puso a hojear *Vogue*. Todas las emociones, el arrepentimiento, el temor, la soledad, parecían resumirse en una sola: el malhumor. Estaba enfadada con todo el mundo y no sabía por qué. Con su madre, sobre todo. Si estuviese casada, pensó con acritud, ella

estaría haciendo punto. No quería casarse ni tener un hijo al que hacerle prendas de punto. Se trataba solamente de una cuestión de principios, más o menos. Justo cuando una persona necesita que cuiden de ella, van y la mandan a que salga fuera en bicicleta, de noche, entre la niebla. Menuda bienvenida.

—Se me ha ocurrido que podríamos hacer algunas compras mañana —dijo Ruth enérgicamente—. Después de ir a Fickstein.

—Ay, Dios, no. ¿Y recorreremos todo Oxford Street? No, por favor.

—Solo entraremos en Harrods. Quiero comprarle unos guantes de boxeo a Julian.

—Me apuesto lo que quieras a que en Harrods no tienen guantes de boxeo.

—Oh, seguro que sí. —Era como empujar un peso descomunal cuesta arriba y sin dejar de parlotear en ningún momento—. ¿A ti qué te gustaría por Navidad?

—No sé. Nada.

—He pensado que a lo mejor querrías un vestido. Ya sabes, para salir de fiesta. Uno bonito. —Tuvo la sensación de estar describiendo una mortaja.

—¿Y para qué? Yo no llevo vestidos a las fiestas.

—¿Y qué te pones entonces?

—Pues, no sé... —Volvió a concentrarse, ceñuda, en pieles y cueros.

Dentro de pocas semanas, pensó Ruth, intentando no mirarla, será otra. Si estuviera casada, puede que estuviésemos aquí sentadas hablando del bebé. Tendríamos mucho de qué hablar. Si niño o niña, y ¿qué me dices de los nombres? No tienes de qué preocuparte, no es ni mucho menos tan horrible como lo pintan y, de todas formas, acabas olvidándolo. De eso también te olvidas. Bueno, necesitarás por lo menos tres docenas y supongo que en la maternidad querrán que los lleves marcados. Yo te los marcaré. No levantes peso y, bajo ningún concepto, vas a montarte en esa bicicleta, yo te llevaré en coche. Puede que hasta estuviese haciendo punto. Ambas haciendo punto, dos mujeres, una a cada lado de la chimenea, bostezando y hablando, aguardando el lento discurrir de los meses.

En lugar de esto, no habría nada.

—¿Qué tal está Tony?

—Está bien.

—¿Sigues viéndolo?

—Pero, por Dios, ¿esto qué es? ¿La Inquisición o qué? Lo veo a veces. Claro que lo veo.

La señorita De Beer entró portando la cena en una bandeja. Era un guiso, los trozos de carne y de zanahoria nadaban en un líquido pálido, grasiento. No había espacio en la mesita del salón para todo, el guiso y los platos, la fuente de patatas deshechas, la fuente de tristes coles de Bruselas hechas puré.

—Qué acogedor —dijo—. Una cena junto al fuego.

Angela miró la comida con asco y se hundió detrás de la revista.

—La señora Whiting debe de estar encantada de tenerte de vuelta. ¿No es así, señora Whiting?

—Por supuesto —dijo Ruth muy sonriente.

—Una hija debe de hacer mucha compañía. Mi madre, de hecho, era mi mejor amiga. No había ni un secreto que no compartiésemos. Para mí fue una gran pérdida.

—Debió de serlo —dijo Ruth.

—¿Tomarán café después? —El café, según ella siempre daba a entender, había que tomarlo con y no después de la comida.

—No, gracias. Tenemos que salir.

—¿Salir?

—Sí.

—¿Con esta niebla?

—Sí.

Se produjo un momento de vacilación. La señorita De Beer había puesto en funcionamiento su agudeza.

—Y si el señor Whiting llama por teléfono, ¿dónde le digo que las puede localizar?

—Estaremos de vuelta a las diez.

—Muy bien. Esperaré despierta.

—Por favor, no se moleste.

—Si van a salir con esta niebla, a esta hora de la noche, señora Whiting, lo

menos que puedo hacer es esperarlas despierta. Es lo que el señor Whiting espera de mí.

Se marchó muy ofendida dejando un paño de cocina mugriento sobre la bandeja, entre las viandas en proceso de solidificación.

—¿Por qué sigue aún aquí esa espantosa mujer? ¿Es que no podemos cenar en la cocina, como siempre? ¿Por qué no podemos tomarnos un huevo y ya está?

«¡Y yo qué sé! —Tuvo ganas de gritar Ruth—. ¡Maldita sea, niña, y yo qué sé!» Se acuclilló, empezó a servir la repelente comida.

—¿Dónde te la vas a comer? ¿Sobre las rodillas? —dijo, en cambio.

—De solo mirarla me dan ganas de vomitar.

Sola, en silencio, Ruth dio cuenta de la cena lo mejor que pudo. Se sintió rara, como si estuviese haciendo algo asqueroso. Angela hojeaba otro número, más atrasado si cabe, de *Vogue*. De vez en cuando suspiraba y se removía inquieta en la butaca.

Ruth aparcó el coche en la entrada, apagó el motor. Las hojas goteaban y la niebla lamía las ventanas. La mole de Rackworth House era invisible. En el coche reinaba el silencio, exceptuando un desolado y prolongado resoplido de Angela.

—Tú llama al timbre —dijo Ruth, inquieta— y di que vienes a ver al doctor MacDermott, nada más.

—¿Y si no me abren?

—Por supuesto que te van a abrir.

—Pero les parecerá rarísimo si me presento ahí sola. No conozco al tipo. No conozco a los Rackworth. Si me acompañaras, sería otra cosa.

Lo que decía era razonable.

—No puedo explicártelo —dijo Ruth.

—Pues estamos apañadas si *tú* no puedes explicar las cosas. —Estaba llorando, buscando a tientas un pañuelo en la neblinosa oscuridad.

—Tienes que hacer *algo* de todo esto tú sola —dijo Ruth con desesperación.

—Iré a ver a Ficksten yo sola mañana. Te lo prometo. Tú puedes ir a hacer tus compras o lo que quieras. Por favor.

—Está bien. —Tuvo que ceder.

—Pero no lo hagas si no quieres.

—Por supuesto, no me importa. Vamos.

Abrió la puerta un hombrecillo tembloroso con un delantal de paño verde.

—¿Vienen a cantar un villancico? —preguntó, mirándolas con recelo.

—No, venimos a ver al señor Rackworth —dijo Ruth—. Pero tal vez haya otra puerta...

—No, no. Pasen. Estaba... —Intentó hacer memoria durante un momento, luego, triunfante, se acordó—: limpiando la plata. Una tarea fea y tediosa. Hoy en día no hay manera de hacer que se encarguen los criados.

En el vestíbulo había eco, las puertas dobles se cerraron. Él empezó a subir las escaleras con la determinación de una hormiga escalando una pared de roca.

—Toda una suerte —dijo— que estuviera... limpiando la plata. Por eso oí el timbre. De haber sido miércoles o viernes, por ejemplo, no habría oído el timbre. Los amigos de Ralph, claro está, usan la entrada lateral.

—Lo lamento —dijo Ruth—. No lo sabía.

—No pasa absolutamente nada. La casualidad ha querido que oyese el timbre. ¿Vinieron al baile la semana pasada?

—¿El baile?

—Ralph, mi hijo, celebró un baile, ¿saben? Un ruido perfectamente espantoso. Peor, creo... —Se detuvo, su mano temblorosa en el pomo de una puerta, reflexionando—. Creo que considerablemente peor que en los tiempos de mi madre. Sí, peor. Considerablemente peor.

—Vaya por Dios —dijo Ruth.

—Mi esposa no oyó nada, claro. Está un poco sorda.

—Siento mucho —dijo Ruth, echándole una mirada a Angela, deseando que dijera algo— haberle hecho venir hasta aquí.

—En absoluto. He pensado que era un poco pronto para que vinieran a cantar villancicos. Pero, ya sabe, no hacen el menor esfuerzo. Solo llaman al timbre. Ni cantan ni nada. De modo que uno nunca sabe. Hombres con

artículos fabricados por ciegos, también, cepillos del pelo y demás. Todo el día me lo paso de aquí para allá.

—Debe de ser difícil.

—No hay mucho más que hacer. Limpiar la plata. Responder a la puerta. Jugar una partidita de dominó de vez en cuando. Sacarles el polvo a las begonias.

—¿Cómo dice?

—Un poquito de poda aquí y allá. Llevamos una vida tranquila y, por fortuna, no tenemos radio. ¿Ustedes son de Londres, imagino?

—No, no. Vivimos en el Common.

—Ah, sí. —Lo intentó, pero no pudo ubicarlo. Miró con ternura a Angela—. ¿Y su madre se encuentra bien?

—Esta es mi madre —dijo Angela, alarmada.

—Por supuesto. Qué tonto soy. —Se detuvo ante la puerta del apartamento de Ralph—. ¿A quién debo anunciar?

—No importa —se apresuró a decir Ruth—. Muchísimas gracias.

—Discúlpenme. —Abrió la puerta, luego vaciló, presa del olvido—. ¿A quién debo anunciar?

—Whiting —murmuró Angela—. Señora y señorita Whiting —repitió alto y claro.

—Mucho gusto en conocerlas. —Tendió una manita flacucha, ennegrecida con limpiador de plata—. Quizá quieran venir un día a tomar el té. En primavera.

Se marchó apresuradamente por el pasillo.

—¿Quién demonios era ese? —dijo Angela, estupefacta.

—Supongo que es el general Rackworth.

—¡Pero está loco!

—Lo siento —dijo Ruth—. Es decir, lo siento si te ha alterado.

—Lo que pasa es que no entiendo por qué tiene que ser todo así, nada más. Generales locos. Tus amigos chiflados. No poder explicar las cosas. Esta morgue espantosa.

—¿Habrías preferido a la vieja de Cowley?

Se miraron en silencio, conmocionadas. Estaban peleándose por un niño

muerto, con amargura.

—Entremos —le espetó Angela—. Ya que estamos aquí.
Tomó la avanzadilla, Ruth la siguió.

CAPÍTULO 30

—Es agradable —dijo Angela.

—Sí.

—Los dos son agradables.

—Me alegro de que te hayan gustado.

—Aunque tienen más pluma que una focha.

—No sé. —Enfiló la carretera con el coche, a través de la niebla—. De todos modos, ¿qué es una focha?

—No sé. Un tipo de pájaro.

—Pensaba que era un conejo.

—No, eso es un mapache. No sé. Sea como sea, es una suerte que lo conocieras... en el baile.

Las dos soltaron una breve carcajada.

—El caso —dijo Ruth— es que ya hemos salvado el primer escalón.

—Sí.

La señorita De Beer salió a su encuentro cuando entraron, temblando de frío y bostezando, por la puerta trasera.

—Ha llamado el señor Whiting —dijo, satisfecha—. Y también la señora Tanner. Quería que le devolviese la llamada.

—Gracias.

Los ojos de la señorita De Beer estaban ocupados en Angela, en el sobre, sin matasellos, pero con el destinatario escrito, que llevaba agarrado en la mano.

—¿Necesitabas un sello? —preguntó—. Yo tengo un montón. Se la puedo entregar al cartero por la mañana.

—No, gracias.

—No me cuesta nada.

Angela se metió la carta en el bolsillo, empujó la puerta y salió de la cocina.

—Mañana iremos a la ciudad —dijo Ruth—. Cogemos el tren de las ocho y diez. Nosotras nos preparemos el desayuno. —Explicar todo lo que iba a hacer resultaba más agotador que hacerlo. Esperó a las inevitables «¿A la ciudad?», «¿Mañana?» y asintió en silencio.

—¿Cuento con que informará al señor Whiting?

Ruth farfulló un «Buenas noches» y se dirigió al teléfono. Tengo que deshacerme de ella, pensó. No lo puedo soportar. Lo descubrirá. Sé que lo hará.

—¿Jane?

—Ruth. No estabas en casa. —La voz era toda acusación.

—Lo siento. —No iba a dar más explicaciones a nadie—. ¿Querías hablar conmigo?

—¿Te has enterado de lo de Robert? Supongo que si has salido, te habrás enterado. ¿No te parece *aterrador*?

Ruth se sentó. Inexplicablemente, no tenía ningún tipo de gana de oír hablar de Robert. Estaba cansada. No quería escuchar. Echó mano de su incredulidad, como si de un pequeño e inadecuado parapeto se tratara.

—No —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—Madre mía, ¡está en el *hospital*!

—¿Enfermo?

—Con el cráneo roto. Fue Betty, al parecer casi lo mata, ¿te lo puedes *creer*?

—Oh, no —dijo Ruth. Cerró los ojos. El vacío—. No puede ser.

—Como te lo cuento. Llegó a casa esta tarde, cruzó la puerta de casa y zas. Con un reloj. Así, sin más, sin mediar palabra. Luego ella llamó por teléfono a John y cuando él llegó...

—¿Cómo sabes todo eso?

—John pasó por casa a tomarse una copa a su regreso del hospital. Ella se lo contó todo.

—Y él te lo ha contado a ti —dijo Ruth con voz apagada.

—Estaba de lo más disgustado. En mi vida lo había visto tan alterado. Porque claro, al fin y al cabo, todos somos amigos. Sabe Dios que no nos ocultamos ningún secreto. Porque, digo yo, mejor conocer los hechos que dar rienda suelta a las habladurías. —Sonaba remilgada, cortante.

¿Les habrá contado él a todos lo de Angela? ¿Y Jane?

—¿Y Betty? —preguntó—. ¿Cómo está ella?

—Bien. Le preparó la bolsa para el hospital, no le pidió perdón ni nada por el estilo. Meg dice que pasaron cosas raras en la fiesta de Rackworth y que por eso empezó todo, aunque todo el mundo sabe que Betty, de todos modos, es celosa hasta decir basta. Yo estaba demasiado ocupada en evitar que Rex destrozara la casa como para fijarme.

—Vaya, así que lo sabes.

—Sí, lo sé. Pero yo y nadie más. He de reconocer que te estás ganando una fama de lo más escabrosa, pero, claro, una no puede ir por ahí contando lo de Angela y demás. Incluso dicen que tú y Robert...

—Quizá —la interrumpió Ruth con severidad— sería mejor que lo contásemos.

—¿Cómo? ¿Lo de Angela? Pero ¡no puedes hacer eso! ¡Entonces tendrías que contar también lo de Maxine y demás!

—¿Lo de Maxine? ¿Por qué? —Maxine le parecía lo de menos, una impresión de una muchacha boba, agradable, casi olvidada.

—Pues, quiero decir que... Oh, no importa, ¡el caso es que no puedes hacer eso! ¿Qué me dices de Rex? ¿Y de Angela, ya que estamos? ¡Sería una locura!

—Lo sé. Pobre Robert.

—Menudo lío, la verdad. Primero tú con tu pequeño drama y ahora a Robert lo golpean en la cabeza con un reloj, por no hablar de la *orgía* del sábado, no sé adónde vamos a ir a parar. ¿Y qué me dices de ese joven, ha sido de ayuda?

—Sí. Ha escrito un montón de mentiras.

—Bueno, después de todo, da lo mismo que sean mentiras. ¿Ocurre algo?

—Por supuesto que no. —Hizo un gran esfuerzo para pisar terreno seguro—. ¿Cómo está Baby?

—Oh, hecha un monstruo, como siempre... —Fue un éxito. Ya podía el mundo resquebrajarse como una manzana rajada, encontrarse la muerte a la vuelta de la esquina, estar todos preparados para su venida. Ya podían surcar el cielo varias lunas, y el amor, condenado, luchar por prosperar en lugares imposibles. Baby seguiría ceceando un comentario gracioso, negándose a comer espinacas, necesitando un número imposible de polainas. Mientras escuchaba, Ruth se sintió arrastrada hacia un culto, una sociedad en la que a los adultos ya no se les requería autonomía, sino que estaban sustentados por sus hijos. ¿Cómo vamos a movernos, pensar, respirar —se quejaban— si nos vemos impedidos por estas muletas vivientes? Pero sin ellos, la vida sería demasiado peligrosa; un vacío, y esto era lo más aterrador de todo, exento de tiempo, de hitos.

—... Y cómo no, ahí estaba a las siete de la mañana reclamando que le leyese *Mrs. Tiggy-winkle*, así que, después de dormir solo dos horas, a las nueve estaba ya para el arrastre...

—Ya me imagino —dijo Ruth. Estaba pensando en los Johnson, solos salvo por su histérico perro. Un perro no servía de nada. El perro probablemente lo había visto todo, ahí sentado, rascándose.

—No sabes la suerte que tienes —parloteó Jane, sin pensarlo de verdad— de que los tuyos ya sean casi adultos. Por no decir que cuando Mike era un bebé, tú eras jovencísima. Yo estoy demasiado mayor para andar jugando a las tiendecitas a las dos de la madrugada, no tengo ánimos para eso.

—¿Y entonces por qué lo haces?

—¡Ay, es que una no puede *negarse!*

Y siguió dale que te pego. No había forma de pararla. Baby había allanado todas las dificultades, reducido todos los problemas a una gota de cuajada fácil de digerir, en el fondo de un cuenco protector irrompible. Angela se enfundaba en su pijama en la planta de arriba, sin mirarse al espejo. La señorita De Beer rezaba para no caer en la tentación. Ralph Rackworth se comía la reina de MacDermott y le preguntaba, como cada noche: «¿De verdad quieres seguir con esto?». A lo largo y ancho del Common, las mujeres que no estaban hablando por teléfono se sentían más asustadas de lo habitual, se ponían a ver la televisión con las niñeras, escribían cartas a sus

hijos («¡Solo faltan doce días! ¿No es emocionante?»), elaboraban listas para Navidad. Visiones de bicicletas, escopetas de aire comprimido, juegos de química pasaban flotando por sus mentes inquietas, apaciguándolas milagrosamente. Nosotras, se decían a sí mismas, estamos bien, a salvo; no puede pasarnos nada malo. Añoraban a sus maridos y, en la noche llena de desazón, casi volvían a enamorarse de nuevo.

Ruth estuvo sentada en su dormitorio un buen rato. Los Johnson y el hijo de Angela se entremezclaban en su mente, la destrucción sin sentido de algo amado, necesitado en exceso. Pero no era Angela la que amaba al niño. ¿Quién podría amarlo, un embrión, ciego, cuyas extremidades como algas marinas ni siquiera se movían? No es mío, se repetía a sí misma, no es mío. Y si ella lo hubiese matado de verdad, incluso si hubiese tenido la intención de hacerlo, no le habría quedado nada. Jamás habría podido reponerlo. Jamás. Habría sido algo definitivo; Robert, ese hombre acosado, de insólita ternura, habría desaparecido para siempre. El acto de matar debe de ser tan sencillo — pensó en un palo quebrándose entre unos dedos, en una mano desechando un puñado de basura—, pero después, es evidente, ha de durar para siempre; un vacío perpetuo. El asesinato es irrevocable. Hacerse responsable de él es asumir que eres Dios, capaz de garantizar la inmortalidad. Pero, se dijo a sí misma, desesperada, no es mío. No soy yo quien lo va a hacer. No es mío. Nadie es Dios, y la muerte es el final de todo. Pero tenemos que ser prácticos, afrontar los hechos, evitar a toda costa el sentimentalismo. Robert no es un feto. Él ha vivido más tiempo.

No había coherencia en sus pensamientos; se iban amontonando, sin control, para conformar una aterradora percepción de violencia. Mucho después de que Angela se quedara dormida, enroscada e insensible como su hijo, Ruth bregaba, despierta, con un sueño en el que Mac-Dermott, Fickstein, los Johnson se abandonaban a la muerte, diciéndole que se uniera a ellos, que era allí donde residía el sentido común.

CAPÍTULO 31

A la mañana siguiente, sentada frente a Angela en el tren, tomó conciencia de que Robert estaba en el hospital, de que faltaba un hombre y de que probablemente nadie lo echara en falta salvo ella misma. Le pareció injusto que no hubiera nadie esperándolo, que nadie lo buscara, que nadie preguntara: «¿Dónde está Johnson?». A buen seguro, pensó, habrá viajado en este tren cinco días a la semana durante más de cinco años, exceptuando aquel mes en el que él y Betty se aventuraron peligrosamente a visitar Portofino.

—Jackson tiene la gripe —dijo el hombre ojeroso del rincón, bajando su *Financial Times*, pronunciando un dictamen.

—Yo también la estoy cogiendo —murmuró el hombretón por debajo de su bigote amarillo, con un escalofrío. Tenía una caja grande de pañuelos de papel balanceándose sobre la rodilla y los extraía a puñados, un puñado para sonarse la nariz, el siguiente para limpiarse el bigote; luego bajaba la ventanilla y dejaba que se los llevara el viento antes de arrellanarse con los ojos cerrados hasta que, atormentado, extraía el siguiente puñado.

—Tendrías que estar en la cama —le dijo el hombre ojeroso con condescendencia.

—Estoy en medio de un caso, diez días llevo con él, una cosa de lo más enrevesada. Eso lo pueden hacer tipos como Jackson. —Estornudó violentamente—. Pero un abogado no se lo puede permitir —jadeó. Estaba muy enfermo.

¿Quieren decir Jackson —se preguntó Ruth— o Johnson? ¿Sabrán que a Johnson lo ha matado, casi matado, su esposa? Tuvo ganas de contárselo.

Angela se echó hacia delante y susurró con urgencia:

—¿Crees que podríamos abrir la ventanilla?

Probablemente fuera a vomitar. Ruth bajó la ventanilla unos centímetros y Angela se levantó e inhaló niebla y vapor con la boca abierta. Los dos hombres fijaron una mirada hostil en Ruth. Ella les dedicó una sonrisa anodina y desvió la mirada, limpió enérgicamente una pequeña parte de la ventana empañada y miró a través de esta con fijo desinterés.

«Mi hija está embarazada», podría haber dicho, «y por tanto tiene náuseas, sobre todo cuando usted estornuda». Finalmente, Angela se sentó. Era evidente que estaba sufriendo.

—Me parece que será mejor que te acompañe —dijo Ruth en voz baja.

Angela sacudió la cabeza, las manos apretadas contra el regazo.

—Me parece que será lo mejor —sentenció Ruth.

Lo que ella había interpretado como falta de compasión, se había convertido ahora, en Angela, en una amarga satisfacción. Era imposible articular lo que sentía: nadie me quiere, a nadie le importo, lo mismo daría que estuviera muerta, me arrastran de un lado para otro en trenes horribles, quiero una bolsa de agua caliente, quiero un cacao, quiero caprichos y cariño, se arrepentirán cuando me haya muerto, pero si eso es lo que quieren, ya verán, a nadie le importa por lo que estoy pasando y se arrepentirán... y así hasta el infinito, una desesperación inconmensurable.

A nadie, se repitió, desesperada, a sí misma, le importa si estoy viva o muerta. Nada le importaba su hijo, su carrera. Angela solo se preocupa por ella misma, pensaba Ruth. Pero desde fuera, siendo como era una extraña, interpretaba esto no como una necesidad, sino como una imperfección.

—¿Llevas la carta? —preguntó.

Angela asintió.

—Ni se te ocurra... —Ruth miró a los dos hombres, vaciló—. No le hagas creer que te... —Se rindió, echándose hacia atrás en su asiento. «No te comportes con indiferencia», había querido decir. «No te quedes ahí sentada como si te diera lo mismo.» Pero no consiguió decirlo—. Pregúntale si será pronto. Es decir, si tendrás que ausentarte en Navidad.

—Pero no puedo ausentarme en Navidad —murmuró Angela. Ahora se

quedaba sin lo mejor del año, la dejaban incluso sin navidades, sin calcetín en la chimenea, sin árbol, sin regalos, sin moneda de plata en el pudín; desterrada, sola. Que fueran capaces de permitirlo, de considerarlo siquiera, le pareció la traición definitiva.

—Pero si no pueden conseguir un... —De nuevo, Ruth miró a los dos hombres. El del bigote dormía, su cara rechoncha sacudiéndose con el tren; el otro escribía en un librito de color negro—. Si no pueden conseguirte sitio antes...

—Iré después.

—No puedes, ya te lo he dicho, él se marcha de viaje.

—¿Y entonces por qué no buscamos a otra persona, maldita sea?

El hombre enfermo se despertó sobresaltado; el ojeroso introdujo su libro en la cartera y se caló el bombín con cuidado.

—Ahora ya no podemos buscar a otra persona —dijo Ruth—. Ya lo sabes.

Angela se encogió de hombros. Por vez primera, se dio cuenta de que podía negarse a hacerlo. No es que fuera a hacerlo, claro, pero podía. Y entonces, ¿dónde quedarían ellos?

—De todos modos —dijo con frialdad—, iré sola, si no te importa. Me será mucho más fácil, la verdad.

De pronto, el hombre ojeroso se inclinó hacia delante. Lucía una sonrisa amable, arrasadora. Su rostro, en la penumbra del vagón, destellaba con una iridiscencia malsana.

—Discúlpenme —dijo—, pero no he podido evitar escuchar su conversación. Me pregunto si podría darles un consejo.

Ruth y Angela lo miraron atónitas.

—Recuerda que no van a comerte —dijo.

Ninguna de las dos habló, los labios abiertos, los ojos perplejos.

—Veo a tantas chicas. Desgraciadamente no puedo decirles esto, pero si solo piensan en mí resbalándome con una piel de plátano, dándome un baño... pues, bueno, eso facilitaría mucho las cosas para ambos. Espero que no les importe que se lo diga.

—No —dijo Ruth.

Se echó hacia atrás, complacido. El tren entró en la negra estación con

lentitud, sinuoso como una serpiente.

—Pues bien —dijo él—, buena suerte. Te veo esta tarde, Reg.

Los dos saltaron del tren en movimiento y se esfumaron.

—Supongo que conoces a ese hombre, ¿verdad? —preguntó Angela con acritud. Estaba pegada al rincón como decidida a no apearse del tren, como si esperara que alguien fuera a sacarla de allí a la fuerza.

—Por supuesto que no...

—Y que has estado cotilleando sobre mí con todos tus amigos. Y que ya lo sabrá todo el mundo. Y lo mucho que te compadecerán todos...

—Angela, no seas absurda. Ese hombre ha pensado que ibas...

—¡Me da lo mismo lo que haya pensado! Dios, ojalá me las hubiese arreglado yo sola, ojalá hubiese acudido a esa mujer, ojalá no te lo hubiera contado nunca. —Se levantó de un salto, llorando—. ¡Tú no lo harías jamás, nunca irías a ver a Fickstein o comoquiera que se llame, no irías nunca a una espantosa maternidad! ¡A ti te da lo mismo, tú nunca has tenido que hacer nada parecido en toda tu vida y ahora esperas que yo...! —Se interrumpió con un grito ahogado, abrió la portezuela del vagón y se apeó torpemente sobre el andén.

—¿Adónde vas? —gritó Ruth, que salió apresuradamente tras ella—. ¿Adónde vas?

—¡A ver al maldito médico! Eso es lo que quieres, ¿no? —Echó a correr pesadamente por el andén, empujando y bregando en su esfuerzo por huir de su madre.

—Quedamos en Harrods para almorzar... —alcanzó a decir Ruth con voz agonizante. Fue como una suerte de balido de fuera de este mundo, un grito desconcertado de ternura y calidez que no llegó más allá de la nube de vaho que su respiración generaba en el aire frío.

CAPÍTULO 32

—El aborto —dijo el doctor Fickstein— es ilegal.

—Sí —dijo Angela—. Lo sé, sí.

Él asintió con la cabeza, reclinándose cuanto pudo en el respaldo de su silla, observándola por encima del campanario que formaban sus dedos. Tenía una cara alargada, triste, el pelo liso, incoloro. Ella lo veía viejo, pero lo cierto es que rondaría los cincuenta. Las fotografías coloreadas de una mujer reposaban erguidas sobre el escritorio, que, por lo demás, solo estaba ocupado por un cartapacio rosado y una lámpara verde de escritorio.

—Lo que yo hago no es ilegal —dijo—. Quiero que quede perfectamente claro.

—Vale —dijo Angela—. Pero sea lo que sea lo que usted hace, hagámoslo ya. Me ha explorado y tiene la carta. ¿Ahora qué?

—Está usted muy impaciente.

—Por supuesto que lo estoy. Quiero acabar con esto.

—Pero todavía no hemos determinado que podamos, como usted dice, acabar con esto, ¿verdad?

—Ah, ¿no?

—No. —Se echó hacia delante. Si se mostraban lo bastante dóciles y agradecidas, entonces podía confiar en ellas. Y al parecer, esta muchacha creía que tenía todo el derecho del mundo a deshacerse de su hijo. Le quedaba aprender que uno no tiene derecho a nada. Era, pensó con pesar, la típica intelectual, inmadura y simple. Seguramente ni siquiera lo había disfrutado.

Un genuino sentimiento de lástima hacia las mujeres había sido la principal

motivación de su carrera profesional, lo que había llenado su consulta en Viena con algunos de los embarazos más exclusivos de Europa. Ya fuera después de traer al mundo un niño vivo o tras la extracción de un embrión, él siempre les enviaba flores, matas de rosas sin espinas para las tristes, delicadas y bonitas criaturas que un hombre había desfigurado. Las convencía para que no amamantasen a sus bebés, pues detestaba ver un pecho desperdiciado; siempre que podía, les ligaba sus diminutas trompas de Falopio para que no tuvieran necesidad de sufrir nunca más. La persecución, el peligro, la huida, el internamiento no habían cambiado esta tierna actitud. Las mujeres eran sus mascotas, a las cuales debía proteger contra los estragos del parto y contra toda fealdad. Solo consideraba tolerable el acto sexual cuando se ejecutaba con tanta técnica, con tanta consideración y atención a las zonas y climas y meridianos pertinentes que se asemejaba más a un safari que a una expresión necesaria de amor.

Había trabajado duro para establecerse en Londres después de la guerra. Las mujeres inglesas no siempre resultaban fáciles de amar, los médicos ingleses eran insensibles y vulgares, y las leyes inglesas, que él debía aparentar cumplir, ridículas. Cada vez que ayudaba a una de estas muchachas desgraciadas, ponía en riesgo toda su carrera. En las maternidades privadas lo trataban con desdén, con insolencia incluso. A sus pacientes les eran asignadas las peores habitaciones, sufrían la desatención de las enfermeras, el desprecio de las matronas. Y él, cuya clínica en Viena había sido un modelo a seguir en el mundo entero, tenía que tragar con ello. Si era por una bonita mujer deshecha en lágrimas, aún merecía la pena, pero...

—No se parece en nada a su madre —dijo con tristeza.

Angela supo a qué se refería. No dijo nada.

—Todavía necesito el informe de un psicólogo, como comprenderá.

—Me gustaría acabar con esto antes de Navidad.

—Será necesario —dijo, con un leve tono desafiante en la voz— acabar con ello antes de Navidad. Yo me marcho el 26 de diciembre. De vacaciones.

Ella lo miró con una pizca de interés.

—Oh, sí. No se me olvida. Entonces, ¿cuándo puedo ir a ver a ese psicólogo?

—Parece usted muy segura de que su informe aconsejará la interrupción del embarazo.

—Si voy de su parte, desde luego que lo hará. —Se levantó y se puso el abrigo—. Es decir, no son más que un montón de mentiras, ¿no? Yo estoy perfectamente sana y perfectamente cuerda. No hay una sola razón por la que no debiera tener este bebé, exceptuando que no quiero tenerlo. Eso lo sabe todo el mundo.

—No lo sabe todo el mundo —dijo él, desesperado—. Y si esa es su actitud, me temo que me va a ser imposible aceptar este caso. Mi querida señorita Whiting, debe usted tener en cuenta la *ley*.

—¿Me está usted diciendo que no quiere escuchar la verdad? ¿Que ni siquiera quiere saberla?

—Si es así como quiere expresarlo..., sí.

—Pero ¿no es eso un poco absurdo? Después de todo —le dedicó una sonrisa fugaz; él detectó un profundo temor—, después de todo, estoy poniendo mi vida en sus manos.

Él sonrió.

—En ese caso —dijo—, me temo que voy a tenerla a usted en mis manos durante mucho tiempo.

Los dos rieron quedamente. Ella se le antojó más bonita, su pelo menos lacio, su torpeza realmente conmovedora.

—Bien —dijo él—. Remitiré mi informe y la carta del doctor MacDermott al psicólogo que suele tratar a mis pacientes. Es el doctor Worbright, de Cornwall Place... ¿Sucede algo? ¿Lo conoce?

—No. Es solo que conozco a alguien que trabaja en Cornwall Place. Un dentista.

—Vaya, no me sorprende en absoluto. Mi secretaria le hará saber cuándo puede recibirla el doctor Worbright. Y me parece que eso es todo.

—Gracias. —Vaciló. Se dio cuenta por primera vez de que él estaba corriendo un riesgo—. En cuanto al dinero... —empezó a decir con torpeza.

—Ya hablaremos de eso más tarde. —Sonrió directamente a sus ojos, los cuales, hacía solo unos momentos, habían sido hostiles y francos—. Creo que su madre dijo que el joven se haría cargo.

—Sí. —Ella se dio cuenta de que deseaba resultarle atractiva. De repente, su cara alargada le pareció hermosa y sabia. Su voz, romántica. Lo engalanó con todas las cualidades de condescendencia y comprensión con las que, mucho tiempo atrás, engalanara a la profesora de Historia y al capellán del colegio. Deseaba poder hablarle de Tony. Por un instante, tuvo un sueño pasajero en el que el doctor Fickstein estaba enamorado de ella.

—Bueno —dijo ella, apartándose de golpe, con torpeza—, gracias. Adiós.

Cuando se hubo marchado, él dejó escapar un profundo suspiro y regresó a su escritorio. Alzó la carta de MacDermott, se la quedó mirando, la dejó caer sobre el despejado cartapacio rosado. Qué locura. Una muchacha de dieciocho años..., tendría que haber acudido a él hacía años. Sin duda, la habrían vacunado contra la viruela. La probabilidad de que se quedara embarazada era cien veces mayor que de que contrajera la viruela. La irresponsabilidad lo apenaba. No conseguía entenderlo de ninguna manera. Recurrir a un legrado en el caso de esta muchacha no iba a ser tan fácil, era extremadamente inmadura para su edad. En cualquier caso, no era tan sencillo como tomar una medida simple y perfectamente legal..., por no hablar del coste económico, el riesgo, los peligros emocionales y psicológicos que entrañaba el proceso cuando a una muchacha la habían criado sin preparación y sin protección. Así y todo, la madre era tan joven. Nerviosa, desde luego, pero inteligente. ¿Por qué había permitido que sucediera esto? ¿Por qué?

Se sentó, rascándose la zona bajo la nuca en la que le apretaba el cuello blanco, completamente perplejo. Era, de un modo nada espiritual, como un cura incapaz de comprender la ausencia de fe. Lo preocupaba que la gente pudiese ser tan notable, tan incomprensiblemente estúpida. Lo ponía triste.

La recepcionista abrió la puerta.

—La señora Bennet —dijo con voz tersa.

Incluso ella lo despreciaba. Levantó la vista y vio a una oronda mujer de mediana edad, con un abrigo de piel, a la que seguía una muchacha asustada. La chica llevaba un sombrero ridículo. Elección de su madre, sin duda. Sonrió tímidamente. El aborto, señora Bennet, es ilegal. Quiero que quede perfectamente claro. Yo no hago nada ilegal.

—Buenos días —suspiró—. ¿Por qué no se sientan...?

CAPÍTULO 33

*God Rest you merry, Gentlemen,
Let nothing you dismay...[6]*

Los pesebres de Woolworth estaban cercados por vacas irrompibles, pastores irrompibles. Una temeraria obsesión por la limpieza llenaba las tiendas con pilas de jabones, canteras de sales de baño, océanos de esencias y perfumes, novedosas toallas faciales y novedosas esponjas e industriosos, efervescentes, energizantes productos químicos y jabones, más y más, para lavar los pecados del mundo. Betty Johnson se había marchado a casa de su madre en Deal y la furgoneta de British Railways cruzaba con frecuencia el Common, cargada de baúles marcados como «Equipaje por Anticipado», cerrados a cal y canto, ominosos, repletos de útiles cartapacios y mantelitos individuales bordados con exasperación.

La señorita De Beer se cortó el dedo con el cuchillo para el pan. Si se moría, dijo, no habría nadie que fuese al funeral.

—Te he traído un regalito, Maxine. Es por Navidad, en realidad.

—¿Por Navidad? ¡Pero si todavía faltan semanas para Navidad, Rex...! Oh, Rex, no tenías por qué...

—Bueno..., pensé que te gustarían.

—Pero no deberías gastarte el dinero en mí, de verdad que no, hace que me sienta *fatal*.

—¿Es que no te los vas a poner?

—Luego. Dentro de un ratito.

—Son de Aspreys.

—Oh, Rex, de verdad que no hacía falta. Me encantaría darte un besazo... No, cariño, *aquí* no. Por favor.

—He pensado que podríamos volver al piso y cenar allí, ponernos cómodos...

—Bueno, vamos a ver qué tal va la cosa, ¿quieres? Salud. Feliz Navidad.

—Dios, me da pavor.

—Vamos, no hables así. Tendrás a todos los niños en casa.

—Solo a dos.

—Bueno, y a Angela. En realidad, no es más que una niña. Piénsalo, podrás darles un árbol y todas esas cositas monas para decorarlo, y regalos. Y calcetines para la chimenea. ¿Tienen calcetines?

—No lo sé.

—Vaya, ¡pues deberías! Tendrías que vestirte de Papá Noel. Papá siempre lo hacía. Serías un Papá Noel genial.

—Lo estás diciendo a malas.

—Qué va. Solo pienso en lo bien que lo estarás pasando mientras yo estoy más sola que la una en Londres. No es que vaya a ser muy divertido para mí, tan sola.

—No lo estarás.

—Pues claro que sí. ¿Qué quieres decir con que no lo voy a estar?

—Ya encontrarás a alguien. Al inaguantable de Herb. A alguien.

—Ay, REXY, no seas *bobo*. Pidamos otra copa. Ojalá pusieran algo de música en este local. Es el bar más soso de todo Londres, no me cabe la menor duda.

—Lo siento. Vayamos a otro sitio.

—¿Adónde?

—Bueno, hay montones de bares.

—Ya sé que hay montones de bares.

—¿Y por qué no podemos ir a alguno, entonces? Hace tres días que no te veo. ¿Qué has estado haciendo? ¿Has estado en casa sentada haciendo calceta?

—Pues no.

—¿Y qué has estado haciendo entonces? ¿Eh?

—Oh, Rex, no me grites. Deja ya de comportarte como un bobo.

—Lo siento.

—Salud.

—Salud.

—Pues el caso es que me he encontrado con Herb esta mañana.

—Oh.

—Conoce a alguien que está realizando una selección de actores para una telenovela. Es una historia sobre delincuentes juveniles y sale una chica. Cree que yo podría hacer el papel. Dice que no parezco tener más de dieciocho años y que se supone que ella tiene dieciocho años. Ya sabes..., llevaría el pelo recogido en una cola de caballo y no tengo mal cuerpo, gracias a Dios. Bueno, el caso es que mañana voy a entrevistarme con el productor.

—Oh. Qué bien.

—No supondrá mucho dinero, claro, pero es un papel precioso. Se le puede echar sentimiento. Ya sabes, vivirlo de verdad. La madre de la chica intenta colocarla en la calle, pero ella se niega, claro. Así que al final resulta que los adolescentes son mucho mejores que sus padres, por mucho que les vaya el *rock and roll* y demás. Herb dice que es una obra muy particular, escrita al estilo de Paddy Chayefsky.

—Oh.

—No sabes quién es Paddy Chayefsky, ¿verdad?

—Pues no. Y tampoco puedo decir que me importe demasiado.

—Es obvio que no. A ti no hay nada que te importe demasiado, ¿a que no?

—No, salvo llevarte de vuelta al piso para un buen...

—¡Ay, Rex! No hay forma de hablar contigo. No puedo contarte nada. Me tratas como si fuera una... niña o qué sé yo.

—Bueno, ¿y de qué quieres hablar?

—Pues no sé de qué quiero hablar.

—Tú habla que yo te escucho.

—¡No escuchas! No entiendes ni una palabra de lo que te digo. Yo soy muy sensible y...

—Querrás decir que Herb dice que eres muy sensible.

—Pues sí, así es. He sido sensible contigo, ¿no? Me dijiste que yo te

comprendía. Me diste pena.

—¿Pena? Venga ya. ¿Por qué?

—Sabes perfectamente por qué. Porque tienes una mujer chiflada, porque no tienes un hogar al que ir...

—No tienes ni idea de lo que hablas. Acábate esa copa y volvamos al piso.

—Pero ¿tú te estás oyendo?

—¿Por qué dices eso? ¿Qué pasa?

—En serio, Rex... Oh, y deja ya de manosearme todo el rato.

—Solo dime que te gusto. Vamos. Dime algo bonito.

—Oh, para de una vez. Por todos los santos, déjalo ya. Invítame a otra copa, anda.

—Tendrás tu copa si me dices... ¡Maxine! ¡Maxine! Espera. No era mi intención.

—Pues entonces invítame a una copa.

—Está bien. Lo siento. Te pediré una copa.

*O Come all ye faithful,
Joyful and triumphant,
O Come ye, O come ye
To Bethlehem...[7]*

Los veteranos trompeteaban arriba y abajo por Ramsbridge High Street, la avalancha se tornó más gritona, más iracunda, solo quedaban diez días para hacer las compras, ochenta horas para comprar. Llegó la corona navideña para la puerta principal de los Tanner, y Baby expresó cierto número de dulces nociones sobre Jesús que le había enseñado la asistente alemana, que prendía una vela nueva cada día de Adviento y tenía el suelo de su dormitorio cubierto de ramas mustias de Tannenbaum.

—Ay, Dios, está peor que nunca. No lo puedo soportar. Te juro que no. ¿Por qué tiene que gritar a todas horas?

—Calla...

—¿Por qué voy a callarme? Que sea mi padre no le da derecho a...

—No querrás que piense que pasa algo, ¿verdad?

—¿Qué andáis cuchicheando ahora las dos? ¿Qué os pasa? ¿Ha pasado algo? ¿Eh?

—No ha pasado nada.

—¿Qué te has hecho en el pelo? Pareces una maestra enferma. ¿Por qué no te lo lavas o algo?

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

—¿Y ahora qué he dicho? ¿Es que he dicho algo malo?

—Nada, Rex. Nada.

—«¡Nada, nada, nada!» ¿Será acaso que no existís? ¿Que toda esta casa es solo producto de mi imaginación? Llego a casa cansado después de una semana trabajando, llego a casa...

—Lo siento.

—Verás, no es que esté buscando pelea ni nada por el estilo. Lo que pasa es que no soporto verla holgazaneando. Todo el día holgazaneando. Sin hacer nada.

—Me parece... Me parece que a lo mejor se marcha a pasar la Navidad fuera.

—¿Quién? ¿Angela?

—Sí, ella...

—¿Adónde? ¿Con quién? No estará empezando a hacer tonterías con ese chaval, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Supongo que ni se te ha ocurrido ¿verdad? La dejarías marcharse con cualquier chico y te quedarías tan pancha. Ni siquiera le preguntarías. Dejarías que se fuera sin más y luego te sorprenderías un poco cuando volviese embarazada. ¿Adónde va? ¿Con quién se va?

—Pues..., pues no sé, no está decidido todavía, es...

—Pues no puede ir. ¿Y qué pasa con los niños? Es Navidad. ¿Es que no puede quedarse con su propia familia por Navidad? Dile que no puede ir.

—¿Y por qué no se lo dices tú?

—Sí. Bueno. Bueno, esperemos a ver qué pasa. Maldita sea, ¿por qué tenéis que estar fastidiándome todo el rato? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada, Rex. Ya te lo he dicho. Nada de nada.

*Once in Royal David's City,
Stood a lowly cattle shed...[8]*

—¿Por qué tienen que poner los mismos villancicos una y otra vez?

—No hace falta que tengas encendida la radio todo el día. —Pero si no era la radio, eran los veteranos de guerra o los que venían a cantar villancicos a la puerta o la señorita De Beer entonando con voz de pito una triste pieza para contralto en la cocina.

—¿Y qué otra cosa voy a escuchar? ¿A Beer hablando sobre sus parientes? ¿A ti repasando listas sin parar? Dios, necesito *algo...*

«Pero es que sí que hay algo», le habría gustado gritar a Ruth, a sabiendas de que sería mentira. Angela llevaba un niño en su seno; Ruth lo llevaba en su imaginación. Para Angela era un bulto inútil, muerto ya. Para Ruth era una imagen, informe, doblada y envuelta en sí misma, preocupada solamente por su supervivencia. En su imaginación, Ruth construía muros protectores alrededor de su idea de la niña. Soñaba con ella por las noches, una cosita diminuta, tratable, despreocupada, completamente vestida y adulta, que le sonreía por encima del borde de una mesa gigantesca. «No dará problemas — le decía a Rex—. Ya es adulta.» Estos sueños la repugnaban, porque en ellos la niña era suya y Angela no existía.

—Ya han pasado diez días desde que estuviste en la consulta de Fickstein.

—Ya.

—¿No crees que debería llamarle por teléfono?

—¿Por qué ibas a llamarle *tú* por teléfono? Además, me llamó a mí ayer.

—Oh. No me lo habías contado.

—Ya.

—¿Y bien...? ¿Qué te dijo?

Angela trasteaba con la radio. Entre el *Jingle Bells* y «Religión para las Escuelas», el ambiente se había llenado de chillidos frenéticos, una aparente destrucción del espacio.

—Dijo que tengo que ir a ver a Worbright el miércoles.

—¿Worbright?

—Oh, es el psicólogo. *Ya* te lo conté. En serio, nunca te acuerdas de nada.

—Ya..., ¿y el miércoles a qué hora?

—A las once. Pero puedo ir yo sola.

—Los niños llegan el miércoles. El tren llega a las doce y media.

—¿Y eso qué importa? Ya te lo he dicho. Puedo ir yo sola.

—Lo decía... porque yo tengo que bajar a Londres de todas formas.

Paseó la mirada por el dormitorio de Angela. La cama estaba sin hacer, la mesa era un basurero de libros y papeles y tazas sucias, el tocador estaba desierto, la papelera a rebosar. Era una habitación fría, detestada, donde no había nada que mereciese ni un poco de atención, donde todo se quedaba siempre a medio hacer. Ruth sintió cómo sus brazos se movían, se abrían en un desesperanzado gesto de lástima.

—De modo que, si quieres, podría acompañarte...

—Da igual. Ven si quieres. A mí me da lo mismo.

—Lo siento. Lo siento. Ojalá pudiera...

—Te estás portando genial. ¿Por qué no me dejas en paz?

Conectó la radio de nuevo, subió el volumen al máximo.

*God Rest you Merry Gentlemen,
Let nothing you dismay...*

Ruth la apagó. En medio del silencio, le pareció que no había nada más que decir. Después de todo, no existía consuelo alguno para ninguna de las dos. Se miraron, sorprendidas e incómodas.

—Te ayudaré a hacer la cama —dijo Ruth, dándose la vuelta. Pero la hizo sola, como si se tratase de un castigo.

[6]. Primeros versos de un villancico popular que podrían traducirse así: «Que Dios os haga temibles, caballeros; que nada os haga desfallecer...».

[7]. Primeros versos en inglés del villancico *Adeste Fideles*.

[8]. Primeros versos de un villancico popular que podrían traducirse así: «Érase la Ciudad de David / en un establo solitario...».

CAPÍTULO 34

—**H**ay otra cosa que no te he contado —dijo Angela.

Ruth la miró, inquisitiva. Fue todo lo que pudo conseguir. Iluminó los ojos, levantó un poco la boca, ladeó la cabeza. En su interior se desataba una rebelión contra estos falsos gestos de tacto y sensibilidad. No preguntó de qué se trataba.

—Está en Cornwall Place. El tal doctor Worbright.

—Oh. —Rex tenía su consulta en Cornwall Place. Era una calle corta, ancha, tan sobrepoblada de médicos, dentistas, psiquiatras y oculistas que muchos de ellos atendían a sus pacientes en cubículos separados por mamparas o en los huecos de debajo de las escaleras; las salas de espera albergaban un batiburrillo de enfermedades psicosomáticas que probablemente cualquier profesional escogido al azar entre las placas de latón de fuera podría curar. Por lo tanto, no era sorprendente que el doctor Worbright ejerciera en Cornwall Place—. ¿En qué número? —preguntó, haciéndose la tonta.

—En el 37.

—Bueno, por lo menos —dijo Ruth, alegremente— está al otro lado de la calle.

—Pensé que no querrías venir si te lo decía.

—¿Es por eso por lo que no me lo contaste? ¿O me lo has contado justo por eso?

Angela apartó la vista.

—Esta mañana has recibido una carta de Tony, ¿verdad? —murmuró, por fin.

—Sí. —La llevaba en el bolso en ese momento, mientras estaban allí, sentadas la una frente a la otra, en el tren de siempre. Tendría que haberla destruido, pero le pareció, de un modo un tanto siniestro, que eso habría sido demasiado compasivo. Estaban solas en el compartimento y temía que su ira se tornara incontrolable si osaba pronunciar una sola palabra. Apretó los dedos sobre el cierre del bolso y miró por la ventanilla.

—¿Qué...? ¿Qué decía?

—Nada. Nada, en realidad.

—¿Era sobre el dinero?

—En parte. —Luego añadió rápida, implorante—: ¿Es que no te ha escrito a ti?

—Oh, sí. Me escribe. Es solo que pensaba que...

—¿Y qué te dice en sus cartas?

—Oh..., pues que lo siente. Ya sabes.

—¿Y tú qué opinas?

—¿Por qué siempre quieres saber lo que pienso? Antes no lo hacías. ¿Por qué te pasas el día atacándome?

Ruth controló el tono de su voz.

—Quiero saber lo que piensas. Eso es todo. Así sería todo más fácil.

—Vale, pues ya que quieres saberlo, ¡no pienso nada! ¡No pienso nada de nada! No tengo ninguna opinión, ¿lo entiendes? Por mucho que quieras, ¡no la tengo y punto! —Había empezado a gritar y se retorció las manos frías, sin guantes.

—¿Eso es lo que le vas a decir al doctor Worbright?

—Oh, ¡yo qué sé qué le voy a decir al doctor Worbright!

Como de costumbre, se detuvieron de golpe frente a un muro de silencio. Ruth abrió el bolso y sacó la carta.

—¿Quieres verla? —preguntó con ternura.

—Me da lo mismo.

—Por favor, léela si quieres.

Angela se la arrebató de la mano, sacó la carta del sobre y empezó a leer. Ruth la observaba, pero su rostro no cambió, no exhibió indignación alguna. Leyó despacio, con la boca un poco abierta, como una niña pequeña.

«Querida señora Whiting:

Debo ofrecerle mis más sinceras disculpas por no haber escrito antes, pero he estado extremadamente ocupado y, como bien puede imaginar, abrumado de preocupación por esta situación tan desafortunada. Sepa, sin más preámbulos, que soy plenamente consciente de mi responsabilidad en este asunto y, también, del dolor que con él les he causado a usted y a su familia. No obstante, estoy seguro de que me comprenderá si le digo que no lo lamento del todo, puesto que es maravilloso pensar en una nueva vida que se está desarrollando, incluso si las circunstancias requieren, tristemente, ponerle fin, y esto ha supuesto un considerable consuelo para mí en las últimas semanas, y espero que usted sienta lo mismo.

Dada mi situación actual y para mi consternación, he de pedirle que, inicialmente, asuma usted el coste de la operación, que yo le abonaré, cómo no, tan pronto como me sea posible. Esto se debe a que el amigo del que esperaba obtener el dinero no está en disposición de hacerme el préstamo por el momento, porque ha decidido abandonar Oxford y dedicarse profesionalmente a la escritura, lo que evidentemente no le proporcionará beneficios de manera inmediata. Si mi padre llegara a enterarse de esta situación, yo tendría que irme de casa y buscar un empleo, puesto que él es, en muchos sentidos, un hombre intolerante y estrecho de miras, y aunque probablemente se prestara a darme el dinero si le hablara de la posición en la que me encuentro, me sentiría completamente incapaz de seguir dependiendo de él por *más tiempo*. Estoy dispuesto a hacerlo y a abandonar mis estudios en la universidad si es necesario y si con ello evito darle a Angela un niño no deseado y meterla a usted en un aprieto económico, pero espero que comprenda que mi carrera en Oxford es de extrema importancia para mí y que prefiero agotar todas las demás posibilidades antes de llegar a semejante extremo. Le diré que tengo la impresión de que, si Angela le hablase al señor Whiting sobre nuestra situación, las cosas serían mucho más sencillas para todos, puesto que él es a todas luces un padre harto razonable y comprensivo, muy diferente del mío. Yo se lo he sugerido a ella en varias ocasiones, pero quizá fuera de ayuda, dadas las circunstancias, que usted

se valiera de su influencia para mediar en el asunto. Le ruego encarecidamente que no piense que intento evadir mi responsabilidad, pero estoy convencido de que será consciente de que, tal y como están las cosas, me es prácticamente imposible conseguir el dinero de manera inmediata sin que ello suponga poner en riesgo mi carrera, y estoy convencido de que el señor Whiting lo entenderá perfectamente.

Por último, quisiera expresarle una vez más lo muchísimo que lamento haberles ocasionado todas estas molestias. En cierto modo, tengo la impresión de que se ha hecho justicia, puesto que, aunque la situación es más dolorosa y preocupante para Angela, ella al menos puede afrontarla desde un punto de vista práctico, mientras que yo, en cambio, he de sobrellevarla en solitario y soportar también la sensación de impotencia que me embarga y que es del todo abrumadora.

Atentamente suyo,
Anthony Bateman»

Angela plegó la carta lentamente, la introdujo de nuevo en el sobre y se lo tendió a Ruth.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Tenemos el dinero? —Estaba seria, pero no consternada.

—No —dijo Ruth. Seguía con la carta en la mano, sin saber qué hacer con ella—. ¿Se lo quieres contar?

—¿A papá? Por Dios, no. Eso sería el final de todo.

Ruth dejó caer la carta en el interior de su bolso.

—Entonces, ¿qué —preguntó— crees que podemos hacer?

—No sé. —Se iluminó de entusiasmo—. ¿No puedes pedírselo prestado a alguien?

—¿A quién?

—Pues, no sé. A los Tanner. A Jane Tanner. Están forrados, ¿no? ¿O qué me dices del Rackworth ese? Él sí que está podrido de dinero y, después de todo, debe de *saber*...

—No —dijo Ruth.

—¿Qué?

—Quiero decir que no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque... —Había tomado aire, convencida de que el motivo resultaría claro e incontestable. No fue así. El aire permaneció contenido y salió en forma de un breve y exasperado suspiro—. Porque no lo haré —dijo.

—¿Que no lo harás? —Angela la miró atónita, con los ojos llenándosele de lágrimas—. ¿Quieres decir que no lo harías de ninguna manera, aun cuando no hubiese otra salida?

Ruth sacudió la cabeza. Se mostró tenaz; hasta cruel, por un momento. De hecho, aún conservaba el dinero que Rex le había dado para Antibes. Él lo recordaría pronto, pero hasta entonces ella podría gastárselo, era suyo. ¿Por qué no? ¿No era ella tan inestable? No te preocupes, cariño. Puedo aprobar tu aborto, organizarlo, pagarlo, incluso.

Pero el peso la aplastaba y se permitió un gesto inútil.

—¿Por qué no se lo cuentas a Rex? —preguntó, enfadada—. ¿Por qué?

—Pero ¡si tú ya sabes por qué! —La muchacha estaba perpleja. No se podía contar con nadie, con nada. Su madre era ahora una completa extraña—. Porque no podría, es decir, sabes que no podría hacerlo, no se le puede contar nada...

—¿Lo has intentado alguna vez?

—¿Y tú?

Era la despiadada y certera réplica de una mujer adulta. Por primera vez, Ruth podría haber dicho: «Sí, cuando le hablé de ti». Sus manos, entrelazadas con rigidez, se relajaron, vagaron sobre su falda, alisándola. Sintió vértigo, como si acabara de apartarse del borde de un acantilado, del fin del mundo.

—No te preocupes por el dinero. Estoy convencida de que podremos solucionarlo —dijo con vacilación, después de unos minutos.

—Bien.

No volvieron a hablar hasta que el tren hizo su entrada en Paddington, pero, curiosamente, la tensión entre ambas se relajó. En el taxi de camino a Cornwall Place charlaron a escondidas, como si estuvieran un poco bebidas.

—A ver, si nos lo encontramos, tendremos que pensar en algo...

—Con decirle que íbamos a hacerle una visita, ya está.

—De todas formas, estará ocupado taladrando a alguna duquesa. Seguro que nos topamos con el pesado de Craxton. Eso sería peor.

—No se me ocurre qué explicación podríamos dar, es decir, para justificar que estemos en Cornwall Place.

—Podríamos inventarnos algo. Podríamos decirle que es por ti.

—¿A qué te refieres?

—Decirle que eres *tú* la que está embarazada. ¿Por qué no? Con eso lo solucionaríamos todo, el asunto del dinero y demás. Porque, vamos, él no querría que tuvieras un bebé *a estas alturas*, ¿no?

Por un momento, Ruth perdió ese equilibrio que a duras penas mantenía por encima de la realidad. De repente no había más que horror. Torció la boca; sonrió.

—Qué idea tan brillante.

—¿A que sí? —Después de ese triunfo, aunque no estuviera muy segura de por qué o sobre quién, Angela se sintió generosa—. Además —dijo—, no es imposible. Es decir, que podría ser verdad perfectamente, ¿no?

El taxi se detuvo. Ruth vio el coche de Craxton aparcado junto a la acera. Levantó la vista hacia la ventana alargada del primer piso.

—Venga —dijo Angela—. Vamos ya.

Pero Ruth se tomó su tiempo, a propósito, para pagar al conductor. Incluso después de que el coche se hubiese marchado, ella se quedó plantada sobre la acera, guardando el cambio, las monedas de plata en un compartimento del monedero, las de cobre en otro, introduciendo el monedero en el bolso, cerrándolo, colgándoselo de la muñeca antes de dar media vuelta y subir los escalones. La puerta ya estaba abierta, Angela la esperaba en el interior, impaciente. Ruth miró hacia atrás otra vez desde el umbral, como si invitara a Rex, casi deseando que se asomara a la ventana. Allí dentro había una persona inconsciente, Craxton le había aplicado unos golpecitos en el brazo, insertado la aguja, aguardado a que aquella sonrisa confiada se tornara remota, se confundiera con la eternidad. Rex estaba manos a la obra, extrayendo alguna pieza dental pequeña, podrida. La eternidad iría menguando en sus manos; él aguardaría, paciente y tranquilizador, hasta que la confusión desapareciera y lo encontrara, a él, al final. Por un momento,

mientras la ventana permanecía vacía, le entraron ganas de cruzar corriendo la calle e irrumpir en aquella monstruosa intimidad. Craxton salió del edificio y bajó las escaleras corriendo, se inclinó para abrir la puerta de su coche. Ella se apresuró a seguir a Angela por el oscuro vestíbulo.

CAPÍTULO 35

—Llevaba mi abrigo verde —dijo la mujer lastimeramente. Iba ataviada con un abrigo de astracán y cuatro vueltas de perlas muy ceñidas en torno a su fino cuello—. Llevaba mi abrigo verde cuando he salido esta mañana, lo sé. ¿Crees que me lo habré dejado en la peluquería?

—No sé —dijo su amiga. Parecía cansada y llevaba un sombrero de fieltro marrón y un traje de *tweed*, el uniforme de una buena, amable mujer—. Siempre podemos llamar por teléfono.

—Pero es imposible que me lo haya dejado en la peluquería, ¿no crees? Es decir, ¿con qué he salido entonces a la calle?

—Vamos a echarle un vistazo a *The Tatler* —dijo su amiga.

La mujer se tiró desconsoladamente de las perlas y miró a Ruth, que estaba esperando.

—A lo mejor me lo he dejado en algún sitio —dijo.

—Mira —dijo su amiga con un entusiasmo impaciente—, aquí hay una foto de Bunty.

—Pues no es que salga demasiado bien.

—No... —dijo la amiga, con tono de sentencia—. No, nada bien. Ella no tiene la nariz así.

—Oh, la nariz está bien. Son los ojos.

—Sí, le pasa algo en los ojos.

—No me lo habré dejado en el vestíbulo, ¿verdad?

—Ya hemos preguntado, querida. Dicen que no lo han visto.

La mujer apoyó la espalda en el respaldo, se mordisqueó el nudillo del pulgar. Sus ojos, oscuros, brillantes, recelosos, se movían desbocados de un

lado a otro de la sombría habitación como si trataran de atrapar algo.

—¿Y no lo he dejado aquí —preguntó— al entrar?

—No, querida. No llevabas puesto el abrigo verde cuando hemos entrado.

—¿Y qué llevaba puesto entonces?

Por primera vez, la mujer lanzó una mirada a Ruth.

—Llevabas lo que llevas puesto —dijo animada—. Es un abrigo precioso.

—¿Esto? —La mujer tomó una esquina de su abrigo entre el índice y el pulgar, con incredulidad.

—Sí, querida. Oh, mira, la carrera hípica de Bridgely. Fíjate, ahí está Alison.

—¿Alison? ¿Qué Alison?

—Alison Blount-Montagu. Su hermana se casó con el griego ese, ¿no te acuerdas?

—Estoy tan cansada.

—Sí, querida, en un par de minutos pediremos un taxi. Cuando te sientas más estable.

—Estoy tan cansada —repitió la mujer con un resoplido. Tendría la edad de Ruth, o puede que fuera más joven. Llevaba alianza y las uñas muy largas, perfectamente lacadas. Ávida, recelosa, agotada, escudriñaba la habitación con sus ojos brillantes—. Fortnums —dijo—. Quizá me lo haya dejado allí. Hemos estado allí tomando el café, ¿verdad?

—No, querida. Eso fue la semana pasada.

—Y entonces, ¿dónde hemos tomado hoy el café?

—No hemos ido a tomar café porque hoy tenías cita a las diez y media. Y ahora vamos a ver si encontramos la boda de Annabel, ¿vale? —Pasó las hojas de la revista como si Annabel estuviera jugando a esconderse de ella, como una mujer tratando de sacar lo mejor de un niño difícil, una mujer con una fe ciega en el buen comportamiento. La mujer inquieta perdió la esperanza y el interés cuando vio que no encontraban a Annabel. Sus ojos regresaron a Ruth, una mirada dura, brillante.

—Me saca de quicio —dijo— perder algo de valor. Era mi abrigo preferido. Y ahora —removió los hombros con inquietud— ya no está.

Ruth sonrió, pero solo un ápice, porque no estaba segura de que le estuviera

hablando a ella.

—Creo que ya podemos marcharnos —dijo la amiga—. ¿Te ves con fuerzas?

—Me veo perfectamente.

—Entonces voy a decirles que nos pidan un taxi. —Salió de la sala y dejó la puerta entornada.

La mujer se echó hacia delante y habló apresuradamente.

—¿Podría preguntarles usted? Sé que tiene que estar por aquí. Lo llevaba puesto cuando llegamos. Un abrigo verde. Lo habrán colgado en algún sitio y se habrán olvidado, ya sabe, como pasa tanta gente por aquí. No es que me importe, pero no soporto que me mientan. ¿Entiende?

—Sí —dijo Ruth.

—Detesto la falta de honestidad.

—Sí.

—¿Lo ve? Usted me dice la verdad. No es tan difícil. Yo llevaba ese abrigo verde cuando he salido de casa esta mañana.

—Entonces lo habrá dejado —dijo Ruth— en el lugar donde se puso el que lleva puesto.

—¿Ah, sí? —Volvió a pellizcar el abrigo de astracán—. ¿Usted cree que he hecho eso?

—Sí —dijo Ruth.

—Parece usted muy segura.

—Es que si llevaba usted puesto el verde y ahora lleva ese, será porque se ha cambiado en algún sitio.

—¿Que me he cambiado de abrigo, dice usted?

—Sí.

—Sí. Ya veo.

La amiga regresó, preparada para volver a lidiar con ella. La mujer se levantó. Soltó una leve risita mientras recogía los guantes y el bolso.

—Ya sabes lo tonta que soy —dijo—. Fue la semana pasada cuando me puse el abrigo verde. Por eso pensaba que me lo había dejado en Fortnums. ¿Por qué no me lo has dicho?

La amiga se sonrojó; el sonrojo descendió por su cuello, internándose por

debajo de su camisa de crepé.

—Ya está aquí el taxi, querida. Yo que tú no me preocupaba más por el abrigo.

—Solo quiero saber por qué no me lo has dicho.

Pareció que la amiga iba a echarse a llorar. Estaba atrapada en una pegajosa, invisible tela de araña. Parecía sofocada. ¿De qué servía ser amable? Sacudió sus gruesos brazos, golpeó el suelo con los pies un par de veces, como si tuviera frío o como si estuviera poniendo a prueba la solidez del suelo.

—El taxi —dijo— está esperando, Bridget.

La mujer le lanzó una sonrisa fugaz a Ruth. «¿Lo ve?», preguntaba. Salió deprisa. Ruth se quedó allí con una sonrisa fija y sin sentido, una señal enviada demasiado tarde.

Yo era así. Podría volver a ser así. Oh, no, nunca volveré a ser así.

¿Por qué no? Todo esto no ha servido de mucho. Se van a deshacer del bebé. Ángela volverá a marcharse. Los niños volverán a marcharse. Una tarde, dentro de unas semanas, conducirás hasta casa. Te la encontrarás vacía. Será invierno. Serás más vieja.

Pero será distinto.

¿Por qué?

Porque ahora me he acercado a Angela. Casi la he alcanzado.

Pero Angela no estará allí. Es demasiado tarde. Se ha ido. Estás sola.

Pero Julian y Mike..., yo los quiero.

Es demasiado tarde para eso también. Todo el mundo se ha ido. Este niño no es tuyo, lo sabes.

Lo sé. Lo sé.

No. Te estás convenciendo a ti misma de que el niño es tuyo. De que va a nacer. De que va a crecer. De que vas a pasear con él por el Common. Finges que estará aquí el resto de tu vida. No Angela, ni Julian ni Mike, sino este niño.

No lo hago. No lo hago.

Podría ser tuyo. No es imposible. Podría suceder fácilmente.

No podría. Yo no lo quiero. Va a morir.

Sí, va a morir. Y entonces ¿qué harás? ¿Qué harás entonces? La casa estará vacía. Será invierno. Serás más vieja.

Pero será distinto.

¿Por qué?

Porque... Oh, ¿por qué no sale ya? ¿Pero qué le estará contando?

Se levantó y cruzó la habitación hasta la ventana. Corrió los visillos y miró al otro lado de la calle. Nada. Consultó su reloj, pensó en pedir un taxi, preocupada por llegar a tiempo a Waterloo. Volvió a mirar fuera. Las largas cortinas blancas de la ventana del primer piso se movieron, las sostenía Rex, que miraba hacia abajo, a la calle, acariciándose la barbilla, palpándose la mejilla. Hablaba con alguien, pero sin dejar de mirar la calle, a la espera de otra persona. Volvió la cabeza un ápice y pareció que la miraba directamente. Ella alzó la mano con ese gesto vacilante, casi avergonzado, de aquel a quien acaban de sorprender en su escondite. Él consultó su reloj, dejó caer la cortina.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Angela.

—Cuánto has tardado. Horas.

—Veinticinco minutos, ni más ni menos. Me parece que lo he convencido de que estoy lo suficientemente chalada. El caso es que me ha dicho que se pondrá en contacto con Fickstein. —Se la veía rolliza y satisfecha, como si Worbright le hubiese dado un buen almuerzo.

—¿Qué tal es?

—Oh, es un hombrecillo de lo más desaliñado, pero da gusto hablar con él. Imagínate que te paguen por eso. Por cierto, le he dicho que te envíe a ti los honorarios, espero que te parezca bien.

—Está bien —dijo Ruth.

—Voy a decirles que nos pidan un taxi, ¿te parece?

—Sí, está bien.

Angela rodeó a Ruth por los hombros con el brazo.

—Lo siento si te has aburrido —dijo, y la apretó contra ella, sintiendo la necesidad urgente de expresar regocijo y compensar el hecho de haber pensado, al regresar a la sala y ver a Ruth junto a la ventana como una niña pequeña en un día lluvioso, lo insignificante, lo estúpida que parecía.

CAPÍTULO 36

«**F**abuloso», dijeron los chicos, «mira ese súper Jag, caramba, ¿han llegado nuestros baúles?, caramba, es totalmente fabuloso». Igual que un par de codiciosos corredores de bolsa, pensó Ruth, que miraba, pasmada, sus cortes de pelo, sus enormes manazas. «Igual que una pareja de repugnantes mariquitas», dijo Angela, asqueada. Ella siempre había preferido a Mike antes que a Julian porque el primero era más pequeño y en otro tiempo había estado encariñado con ella. Ahora eran indistinguibles, un ruido atroz.

—¿Es que tenéis que hablar a gritos *todo* el tiempo? —preguntó, desesperada.

—No están gritando —dijo Ruth, ensordecida.

—Construimos un planeador fabuloso...

—Oh, un auténtico estropicio. No planeó ni una pulgada.

—¿Podemos ir a la Feria Náutica?

—¿Han llegado nuestras notas?

—Fíjate en Angela, la pobre se está poniendo como una foca, ¿a que sí?

—Estoy en el coro —dijo Mike con modestia—. Canté un solo.

—Sí —dijo Angela—. Me lo creo.

Contra todo pronóstico, la señorita De Beer se ganó dos adeptos. Era difícil entender qué atractivo veían en ella, excepto que les aportaba seguridad tratándolos con cierta masculinidad, con cierta falta de sutileza. Los recibió con té, onerosos bollos de pasas y pastel de manzana, dos rebanadas de pan con mantequilla y una sospechosa carne en conserva que ella misma había preparado. Angela se fue a su dormitorio diciendo que no podía soportarlo. Por primera vez, Ruth sintió afecto hacia la señorita De Beer; se sentó a la

mesa, como si estuviera de visita, mientras servían el negrísimo té, sonriendo con nerviosismo, y contempló cómo se esfumaba el pan.

—Es agradable tener niños por casa —dijo la señorita De Beer mientras fregaba enérgicamente—. La Navidad no es lo mismo sin niños, ¿verdad? He pensado que mañana podría preparar un pastel, así tendré tiempo para hacer tartaletas de frutas el lunes. Les gustará un cacao con la cena, ¿verdad?

—Oh, sí —dijo Ruth—. Les encanta el cacao.

Estaban fuera con sus bicicletas, en la oscuridad. Habían sacado la bagatela a rastras, habían asaltado el ordenado armario, habían empezado una partida de pimpón, habían colgado un póster de una chica en bikini —¿por qué?—, habían dejado todas las luces encendidas. La radio bramaba, y la casa, con todas sus puertas abiertas salvo la de Angela, despedía cierto aire de asombro, así, como boquiabierta de espanto. Sonó el teléfono y Julian cruzó la cocina a toda velocidad de camino al vestíbulo.

—¡Yo contesto! —gritó.

Ruth aguardó en las escaleras.

—Es un hombre —dijo él—. Es para ti.

Ella bajó y le sonrió con alegría a la vez que cogía el auricular. Él se quedó esperando, merodeando, con el pelo húmedo.

—¿Diga?

—¿Señora Whiting?

Ella reconoció al instante aquel silencioso murmullo. Miró a Julian y colocó la mano sobre el auricular.

—¿Dónde está Mike?

Él encogió los hombros, se apoyó contra la pared, miró desinteresadamente hacia la cocina. No podía decirle que se marchara. Le dio la espalda, como si con ese gesto fuera a conseguir ocultar algo.

—Sí —dijo—. Soy yo.

—Soy el doctor Fickstein. He tenido noticias del doctor Worbright esta tarde y ahora espero poder realizar los preparativos necesarios.

—De acuerdo —dijo ella—. ¿Cuándo?

—No siempre es fácil encontrar cama.

—No, pero usted se marcha...

—El jueves.

—De modo que —echó una mirada furibunda, inútil, a Julian— ¿tiene que ser antes?

—Por supuesto. Será el martes como muy tarde. ¿Podrá usted traerla a Londres el martes?

Pero si es Nochebuena, pensó estúpidamente, ¿cómo voy a poder?

—Sí, por supuesto. Pero, verá, es que es un poco complicado...

—Naturalmente. —La interrumpió él sin querer saber más—. Ha llevado más tiempo del que pensaba debido al retraso del principio.

—¿El retraso?

—Le costó, si lo recuerda, contactar con su médico.

—Sí. —Asumió la responsabilidad—. Lo sé. No hay más remedio, lo sé.

—Esperaba poder verla antes para discutir el asunto de los honorarios. Si no me equivoco, me dijo usted que eso estaba solucionado, ¿no es así?

—Sí, yo...

—Serán ciento cincuenta guineas, o en torno a esa suma. No me gusta dar sorpresas de última hora.

—¿Y la...? ¿El sitio?

—Todavía no he dado con el sitio —le respondió él con frialdad.

—No, me refiero a que cuánto costará.

—Entre quince y treinta guineas, es difícil saberlo.

—¿Puede esperar un momento? —Cubrió el auricular otra vez y se giró hacia Julian—. ¿Podrías ir a buscar a Mike —dijo— y subir los dos a daros vuestro baño ahora?

El muchacho se escabulló por el pasillo, arrastrando los pies. Ella lo observó columpiarse en la barandilla y empezar a subir, a paso de tortuga, las escaleras.

—Disculpe —dijo—. ¿Cuánto tiempo..., cuánto tiempo estará allí?

—Si no hay complicaciones —dijo él—, no más de un par de días.

—¿Y si las hay?

—Vaya, hijo no tenemos y nombre le ponemos —dijo él, se diría que con un sentido del humor un tanto retorcido—. Creo que no habrá complicaciones. Por favor, no inquiete a la muchacha en modo alguno.

—No. Por supuesto que no. Entonces, ¿me avisará?

—La avisaré.

Miró frenética al teléfono, frenética hacia las escaleras. Podía ver un zapato negro y una pierna relajada balanceándose por encima del pasamanos.

—Cielo, ¿qué *estás* haciendo? —Lo dijo con un dejo expreso de exasperación, culpable y leve, sin coraje.

—Esperar. —Julian estaba tumbado boca abajo sobre el pasamanos, igual que si estuviera en la cama.

—Pero ¿a qué?

—A Mike.

—Pero ¿por qué...?

El teléfono sonó de nuevo. Ella regresó corriendo hasta él, como si tuviera intención de acallarlo.

—Menuda conversación más larga, demonios —dijo Rex.

—¿Cuál?

—Llevas un cuarto de hora comunicando.

—Oh, lo siento. ¿Quieres...?

—¿Quién era, por cierto?

Julian se soltó, aterrizó con elegancia sobre el suelo del vestíbulo. Parecía repentinamente abatido, como si hubiese perdido algo.

—Está aquí Julian —dijo ella—. ¿Quieres hablar con él? —Sin esperar una respuesta, extendió la mano con el auricular y dijo—: Es papá. Quiere hablar contigo—. Julian acudió deseoso. Se alegra, pensó Ruth. Tiene ganas de hablar con Rex. Mike salió de la cocina con la boca llena.

—Hace unas tartaletas espléndidas —dijo, y se apoyó contra Ruth como si fuera una verja, los pies cruzados, los carrillos llenos, las manos en los bolsillos. Ella se agarró a sus hombros para no perder el equilibrio.

—No sé —estaba diciendo Julian en su educado, estridente tono de voz—. Un hombre. —Se volvió hacia Ruth—. ¿Quién era el que ha llamado por teléfono, mamá?

Ella pestañeó.

—Nadie —dijo. Empujó a Mike un poco hacia delante—. Vamos, arriba.

—Yo también quiero hablar con él —dijo Mike, relajando su peso contra

ella. Ruth posó su mano sobre el cabello hirsuto del muchacho como quien toca un erizo.

—Oh, totalmente fabuloso —decía ahora Julian—, mil gracias... ¿Vienes mañana...? Sí, estupendo. Espera, Mike quiere hablar contigo... —Le pasó el auricular a Mike, que lo cogió con recelo.

—Hola. ¿Papá? Soy Mike. Oh sí, superbién, mil gracias...

De golpe, sin previo aviso, los ojos de Ruth se colmaron de lágrimas. Le quemaban los ojos, como si las lágrimas fueran ácido. Volvió la cara hacia otro lado y entró a trompicones en el salón. A la luz del fuego, todos los objetos metálicos oscilaban y brillaban. Se quedó muy tiesa, la cabeza hundida, hiriéndose las manos en el esfuerzo de reprimir cualquier sonido. Oyó a Mike colgar el teléfono, pero los chicos no entraron en el salón. Estaban cuchicheando, sin saber qué hacer, adónde ir. Ella no llevaba pañuelo y se frotó la cara contra la manga de su camisa. Cuando salió al pasillo, la estaban esperando, pero no la miraron. Tampoco miraron a Angela, que avanzaba con paso lúgubre por el vestíbulo. Parecieron muy incómodos al ver interrumpido su bisbiseo por las dos mujeres, al verse desgajados de su propio mundo.

—Me ha comprado una escopeta de aire comprimido —masculló Julian, encorvando los hombros.

—Vaya, es totalmente fabuloso —dijo Ruth. Los agarró con ligereza y guio sus pasos al cruzarse con Angela, como si, al pasar, pudiera surgir un leve peligro.

CAPÍTULO 37

—¿El martes? —preguntó Angela—. Pero si es Nochebuena.

—Lo sé. Quizá sea antes. Puede que el lunes.

Se hizo un prolongado silencio.

—Vale —dijo Angela. Observaba el tocador de Ruth con el nulo interés de quien recorre un museo. Luego se acercó, despacio, hasta el armario abierto, la cómoda de cajones, escudriñándolos—. ¿Qué les vamos a decir?

—Ya se me ocurrirá algo. ¿No sales con nadie en especial, me refiero a una amiga?

—La verdad es que no. —Estaba de espaldas a ella, examinando la caja de música con la punta de un dedo.

—Bueno, ya pensaremos en algo.

—¿Y qué hay del dinero? ¿No lo quieren antes de...?

—No creo. De todos modos, no te preocupes por eso.

Se hizo otro silencio.

—Vale, pues buenas noches, entonces —dijo Angela abruptamente. Sus zapatillas de internado tabletearon rápidamente por el pasillo y la puerta de su dormitorio se cerró.

La mañana siguiente, el Common presentaba el mismo aspecto que si hubiese abierto al público. Desde bien temprano lo cruzaban de arriba abajo bicicletas tambaleantes, el azul día invernal tintineaba con el sonido de las campanillas y de finísimos gritos; los árboles se sacudían y los jardineros se refugiaban en sus casetas mientras se cortaban ramas de acebo y de abeto, que luego eran arrastradas al interior de las casas. Los helechos rescos fueron pisoteados de nuevo y una cometa roja revoloteaba en el cielo como si

augurase una tormenta. Los relucientes coches negros, en lugar de salir disparados marcha atrás de sus garajes y alejarse a toda prisa, se movían lentamente hacia atrás, se detenían, giraban, volvían a detenerse, esperando a que algún niño encontrase lo que había perdido, recordase lo que había olvidado. Las mujeres lucían brillantes y enajenadas sonrisas. «Qué divertido», se decían al pasar, sin detenerse para indagar o tomar café o intercambiar noticias sobre las asistentas extranjeras. «Qué divertido tenerlos de nuevo en casa, ¿verdad?» Las asistentas no daban abasto, no tenían tiempo ni para conversar entre ellas por teléfono, se amotinaban y echaban de menos sus hogares. Jane Tanner tenía a Baby encerrada en casa. Se sentaban juntas frente a la chimenea como si estuvieran en estado de sitio y cada vez que se abría la puerta, daban un respingo, alarmadas. Hubo quien vio el Jaguar de Rackworth cruzar el Common a toda velocidad con un gigantesco árbol de Navidad atado al maletero. Las caras pálidas, cuajadas, de los pasajeros, sus ropas oscuras, hacían que pareciese una fuga.

Llegada la hora del té, en el ambiente solo se había aposentado una ligera lasitud. La mayoría de los hombres que regresaban a sus hogares esa tarde, lo hacían para quedarse diez días. Las mujeres corrían aturulladas como monjas obligadas a hacer una excursión secular. Entre sus maridos y sus hijos, no conseguían hallarse. Las ingentes cantidades de comida les provocaban náuseas, habituadas como estaban a queso para untar y galletitas de agua. Las perturbaba la perspectiva de tener que explicarse, de tener que vivir en público durante tanto tiempo. Conforme se aproximaba la hora de la llegada, empezaron a llamarse por teléfono las unas a las otras, sin resuello, como si fuera por última vez.

—Tenemos que vernos... Seguir en contacto... Quedar a tomar una copa... Sí, tenemos que vernos como sea... Sí, como sea...

Los hombres llegaron alborotados, henchidos de espíritu navideño. Todos ellos habían adoptado un deslumbrante aspecto *pickwickiano*, se frotaban las manos y daban palmaditas en la espalda a sus hijos, rugían «Feliz Navidad» y pateaban el fuego y abrían el maletero y sacaban a diestro y siniestro paquetes que sus esposas debían esconder. Iban a divertirse, vaya que sí, iban a relajarse. La desilusión se abría, vertiginosa, a sus pies. Ellos, sin verla,

mantendrían el equilibrio como payasos al borde de un abismo.

—Seguiremos la cacería el Día de San Esteban —dijo Rex. Ya les había prometido ir a la función de Navidad, una salida de caza, clases de conducir y una buena caminata de diez millas. Estaban que no cabían en sí de gozo.

—Buah —dijeron—, fabuloso. —Daban vueltas a su alrededor, lo seguían por la habitación, lo trataban como si fuera un héroe.

—Nos llevaremos a vuestra madre y a vuestra hermana también. Les vendrá bien. Organizaremos una partida. ¿Qué os parece?

Los chicos se miraron atónitos el uno al otro, y asintieron obedientes.

—Oh, os la fastidiaríamos, seguro —se apresuró a decir Ruth.

Los chicos parecieron alegrarse.

—Claro que no. —Él se repantingó delante del fuego y le dedicó a Angela una sonrisa alentadora—. A Angela le gustaría que vinieses. Organizaremos una partida.

—De todas formas y sintiéndolo mucho —dijo Angela, sin levantar los ojos de su libro—, yo no estaré aquí.

El silencio fue demasiado breve, apenas le concedió tiempo a Ruth para tomar aire. Rex se había quedado rígido, petrificado en su gesto de generosidad.

—¿Estás diciendo —dijo, espaciando mucho las palabras— que tienes intención de pasar las navidades en otro sitio?

—En efecto. —Pasó una página. Solo Ruth reparó en que le temblaba la mano.

—¿Y puedo saber dónde?

—Desde luego. Con una amiga. Se llama Phyllis Brigson y vive con su abuela en Lichfield. —Levantó la vista, como si quisiera asegurarse de que con eso bastaba—. Lichfield —añadió innecesariamente— está en Staffordshire, creo.

Él se giró hacia Ruth con aire vacilante.

—¿Sabes tú algo de todo esto?

—Oh, sí —dijo Ruth, con un entusiasmo excesivo—. Ya te lo conté...

—Bueno, pues dado que lo habéis organizado todo sin informarme —sonrió sombríamente, apoyando la mano sobre el hombro de Mike—, no

queda nada más que decir, ¿no? ¿Quién va a ganar al pimpón?

Lo había soportado. Los niños se lo llevaron escaleras arriba como si fuera un trofeo. Angela soltó su libro.

—Bueno —dijo—, la cosa ha salido bien.

—Sí. ¿Quién es Phyllis Brigson?

—No existe. Es decir, me la he inventado. Pero, por lo que se ve, se lo ha tragado. —Por un momento, una sonrisa infantil afiló su rostro.

Mentir había dejado de estar mal. Se había convertido, como matar en tiempos de guerra, en algo no solo necesario, sino honorable. Era absurdo que le produjera desagrado.

—No te habrá parecido mal, ¿verdad? —preguntó Angela, en un tono malicioso—. ¿Qué otra cosa podría haber dicho si no?

—Nada.

—De todos modos, ha sido un éxito. ¿Por qué piensas que se lo ha tomado tan bien?

—Oh, no sé. —Sintió que se asfixiaba en la habitación, caldeada en exceso. Abrió una ventana de par en par, la dejó así, con la cortina apartada a un lado de cualquier manera—. Digo yo que porque estaban los niños.

—Los quiere un montón, ¿verdad?

—Pues claro. Claro que sí.

—Pero a mí nunca me ha querido así.

—Oh, Angela...

—No, si no me importa, solo me pregunto por qué.

—¡Pero claro que te quiere! —dijo Ruth con vehemencia. Se le pasó por la cabeza que la falsedad nunca había sido inconsciente, accidental; siempre, al igual que ahora, había sido deliberada, la única forma de sobrevivir. La oportunidad de contar la verdad, de emplear el lenguaje aprendido en la niñez, no se presentaba jamás.

—Venga ya —dijo Angela encogiéndose de hombros, retomando la lectura—, sabes que no es verdad. Qué más da.

Esa noche, después de apagar la luz, Ruth notó que el pesado cuerpo de él era todo agitación; no paraba de moverse en la cama, a su lado, como si estuviera molesto. Ella se quedó muy quieta, aunque extrañamente remisa,

sin ganas de dormir.

—¿Cansada? —preguntó él.

Ella movió ligeramente la cabeza. Años atrás, aquella pregunta había significado si hacían el amor. Solo había dos respuestas posibles: sí o no. Rex siempre había interpretado cualquier muestra de incertidumbre como una negativa. «¿Cansada?», exigía saber, antes de tocarla. Ahora, como no estaba segura de lo que había querido decir con ello, se abstuvo de contestar.

—Es una pena lo de Angela. No entiendo por qué quiere marcharse por Navidad.

—Oh, bueno... —Su mano, al abrirse, tocó la de él. Él no se movió.

—Tenía muchas ganas de que llegaran estas navidades y volver a estar con los chicos. ¿Qué has dicho?

—No he dicho nada. Me alegro.

Callaron de nuevo. Ella no se movió, y aun así tuvo la sensación de que su cuerpo se había acercado a él. Tenía la mano abierta, los labios separados. En aquel estado de fragilidad y paz, era posible que se diese, si no un acto de amor, sí un gesto de perdón. Si se movía o hablaba, el hechizo —pues era como si se transformase en agua, en alga, en algo que flotara sin sustancia— se rompería, no quedaría nada. La sensación, un anhelo que aún no llegaba al deseo, era tan fuerte que aguardó, casi con temor, al momento en el que llegase hasta él y lo identificase.

Él ahuecó las sábanas y se volvió, dándole la espalda, una mole montañosa.

—Bueno —dijo—, buenas noches.

Pasado un minuto, ella dijo «Buenas noches, Rex», y se tumbó sobre el costado, lejos de él.

CAPÍTULO 38

—¿Y cómo le va a esa hija suya, señora Whiting? La de la Vespa.

Ella se dio la vuelta y a punto estuvo de derribarle la copa de la mano. Imperturbable, sonriendo como un lince, Herb posó su mirada sobre ella.

Era domingo, y había llegado la Navidad. Habían acudido con sus hijos. Una yeguada de niñas pequeñas relinchaba y cabriolaba por el jardín, enjaezadas con cintas. En la planta de arriba, los niños, con trajes de *tweed* y chalecos amarillos, jugaban malhumorados al pimpón u hojeaban números atrasados del *Country Life*. Unos cuantos, más mayores, permanecían con los adultos, estorbando, comiendo patatas fritas, con los cuellos de las camisas demasiado apretados o faldas de *tweed* demasiado anchas. Junto al piano de cola, un árbol de Navidad blanco y plateado temblaba y derramaba su escarcha. Todas las superficies estaban cubiertas de felicitaciones navideñas. Cada invitado buscaba la suya y se ofendía cuando la encontraba ensombrecida por la de otra persona. Todo el Common estaba allí, y bebían champán. Su anfitrión era el agente literario, hacia el cual ninguno de los presentes sentía un afecto particular.

—Oh. Hola —dijo ella como una tonta. Y luego, más tontamente aún—: ¿Vespa?

Él hizo un leve quiebro, evitando así a un niño pequeño cargado con una bandeja de canapés.

—Siempre que la recuerdo, me la imagino diciendo adiós a una Vespa.

—Oh. —Ella dio un paso atrás y tropezó con dos niñas pequeñas que estaban sentadas muy juntas, mudas, en el sofá. Le dedicaron una sonrisa efímera cuando ella se disculpó. Herb dio un paso hacia ella. Parecía incapaz

de mantener una conversación a una distancia de menos de cuatro pulgadas.

—¿Y cómo está —preguntó ella a lo loco, olvidando el nombre— su amiga..., la chica... esa con la que estaba la última vez?

—Ah, Maxine. —Asintió. Sus ojos eran como bocas—. Pues no ha venido conmigo, querida. No tiene de qué preocuparse.

—¿Preocuparme?

—He venido solo.

—Pero ¿por qué habría de preocuparme?

Él sonrió y, al hacerlo, a ella se le ocurrió, de repente, qué era a lo que podía estar refiriéndose. Se vieron inmersos a la fuerza en una espantosa intimidad. Él la había seguido mientras ella reculaba hasta detrás del sofá, y ahora se encontraban apartados de la concurrencia. ¿Qué le había contado Maxine? ¿Fue él quien pagó a Ficksten lo de Maxine? ¿Por qué no quiso Jane que le preguntara a Maxine por un médico? La idea del chantaje cruzó su mente. Absurdo. La recuperó con cautela, armada de incredulidad.

—No ha contestado a mi pregunta —murmuró él, comiéndosela.

—¿Qué pregunta? Ah, se refiere a Angela.

—Eso es.

—Está bien. Está perfectamente.

—¿Ha venido?

—No. No, está estudiando.

—La última vez también estaba estudiando.

—¿De veras? Bueno, es que estudia mucho.

—Yo creo que la esconde. Para no tener competencia. ¿Es así?

—¡No sea ridículo!

Él se encogió grotescamente.

—Lo siento. No fue culpa mía, ya lo sabe, querida. Hice cuanto pude. No la pague conmigo.

—¿Es de Angela de quien hablamos? ¿De qué estamos hablando?

—Oh, venga, vamos. Hace una mañana preciosa, es Navidad, hay champán a raudales. No me haga caso. ¿Y cómo está su marido?

—Está ahí. ¿Por qué no se acerca y habla con él?

Jane le habría contado que Rex no estaba al tanto. Se apoyó contra el

respaldo del sofá. Las niñas estaban encabritadas y relinchaban, sus patitas delanteras piafando en el aire.

—No, gracias.

—¿Por qué no?

—Olvídelo —dijo. Encogió sus delgados hombros y se alejó de ella, abriéndose camino sinuosamente hacia donde se encontraba Jane. Julian, ataviado con el uniforme del colegio, apareció de pronto detrás del hombro de Ruth.

—Quieren que nos quedemos a almorzar —dijo con gran pesar.

—¿Os apetece quedaros?

—A Mike sí. A mí no.

—Pues entonces no te quedas.

—Pero, bueno... Si Mike se queda, supongo que yo también me quedaré.

—No pongas esa cara. ¿Qué te pasa?

—Oh..., nada.

La dejó sola. Se dio la vuelta muy despacio y se quedó de cara a la habitación. Esa era la primera vez desde hacía meses que volvía a verlos a todos. Estaban distintos. ¿O era ella la que estaba distinta? Ya no formaba parte de ellos. Pero ¿acaso lo había hecho alguna vez? Richard Tanner le dedicó una leve sonrisa y le dio la espalda. La habría saludado con la mano, le habría enviado un beso volandero, la habría invitado a que se acercara si no hubiese cambiado. No podía deberse a la fiesta de Rackworth. Por fuerza tenía que deberse a que estaban al tanto de lo de Angela. Todos lo sabían y sentían lástima por Rex porque él era el único que no lo sabía. Su propia hija. Pobre hombre.

Se dispuso a cruzar la habitación, con cautela, pasando de un grupo a otro de refilón.

—Oh, hola, Ruth. Pero bueno, de todas formas, necesitaba una buena limpieza de los cilindros...

—No te veía desde hace siglos, Ruth. Voy a buscar otra copa de champán...

—¿Ya estás recuperada del todo? Espero que sí. El caso es que cuando volví, ella ni siquiera había empezado a fregar los platos...

—Vaya, Ruth. Has estado desaparecida. ¿Qué tal anda la familia?

John Phillips, que en lugar de evitarla se había cuadrado ante ella ataviado con su chaleco escarlata. Ella agachó la cabeza, como si así, de una forma u otra, fuese a poder esquivarle.

—Bien, gracias. Yo me..., me marchaba ya.

—Pareces recuperada.

—Oh, sí, lo estoy.

—¿Y Angela? —Había bajado la voz; no la miraba.

—Ella también está bien —dijo ella alto y claro, como si él estuviera sordo.

—¿Va todo... bien?

—Perfectamente.

—Sé que lo has estado pasando mal —murmuró—. Lo lamento.

Ella estaba temblando.

—Podrías habernos echado una mano. Pero no. Te dedicaste a cotillear, igual que todos los demás. ¡No entiendo de qué te lamentas!

—Cielo santo, Ruth, ¿qué podía hacer yo? Dime, ¿qué podía hacer yo?

—¡Podías haber tenido la boca cerrada!

Él dio un paso atrás, estupefacto. Ella lo apartó de un empujón. Alguien que estaba muy cerca dijo: «¡Vergonzoso!»; una violenta denuncia. Pero nadie la siguió. Se enfundó en su abrigo mientras recorría el paseo de grava a toda prisa, cruzaba la verja, se adentraba en el Common.

Caminó deprisa, dejándole el coche a Rex. La hierba estaba quebradiza, una fina capa de hielo, como celofán, cubría los charcos, las urracas y los arrendajos congelados, rígidos, en sus horcas. El estrépito de las campanas de las iglesias sonaba remoto, arrebujado en el aire azul. Parecía que lloraba mientras caminaba, con pasos cortos y manos enguantadas. No había lágrimas. Quería golpear algo, cortar de un tajo las cabezas de los helechos. Pero caminaba con gracia, como si regresase de la iglesia. Quería gritar con todas sus fuerzas, pero apretó los labios... Echó a correr.

CAPÍTULO 39

Y por fin echó a correr.

Cuando Angela tenía seis años, la familia alojada en la casa del agente literario había contratado a una gobernanta, una mujer imponente, escuálida, un tanto desaseada. Así que habían formado una pequeña clase, una idea genial, de tal forma que dejaban a los niños allí a las nueve de la mañana y los recogían a las doce y media. Eran todos niños con buenos modales, empalagosos, de ocho o nueve años. Sus padres habían sido la última generación de habitantes del Common, hoy por hoy instalados en pisos de Palace Gate o en retiros junto al mar, con sus hijos ya casados o, en cualquier caso, adultos.

Por aquel entonces, Ruth tenía veinticuatro años. Amamantaba a un Julian quejicoso, mugriento, con la mitad de los suelos de la casa levantados y enredaderas de cables pelados sobresaliendo de la mitad de los techos. El Common, en aquellos días, era una reunión: todo el mundo intentaba vivir como lo había hecho antes, reorganizar un club, poner cosas en marcha. Juntaban sus raciones de azúcar para preparar mermelada y no guardaban secretos.

—Lo he arreglado todo para que Angela pueda ir a la clase esa de la que te he hablado. Puede empezar el lunes.

—Pero ¿por qué?

—Para mostrar nuestro apoyo. Todos los demás niños van.

—Pero ¡si son mucho mayores!

—Tiene seis años ¿no? La llevaré el lunes.

En bicicleta, porque no tenían coche, con Angela en el transportín. Dejaba a

Julian con la gente que por aquel entonces ocupaba la casa en la que hoy vivían los Tanner. Inmensos problemas de tiempo, ahora imposibles de rastrear, y la colada y el cocinar y el limpiar y el pedalear, aquel peso muerto a su espalda deshecho en lágrimas, ya fuera a la ida o a la vuelta.

—La llevaré hasta la esquina y luego dejaré que siga ella sola. El camino no tiene pérdida. Dios Santo, ya no es un bebé.

Y una calurosa, bochornosa mañana, con víboras en la hierba y el musgo terriblemente quieto, la gente de la casa de los Tanner se había marchado a Londres. Pedaleó hasta la esquina y, poniéndose a la altura de Angela, le señaló el camino. Vio el bosque de helechos, que le llegaba a la altura de la cabeza. La niña echó a andar, encogida en un vestidito a cuadros, las sandalias arrastrándose sobre la arena.

¿Por qué la había seguido? Solo hasta el recodo del camino, donde los helechos la ocultarían de la vista. Sigilosa, unos metros por detrás, por si se caía, o por si tomaba el camino equivocado. ¿Por si se asustaba?

La niña, creyéndose sola, se echó a llorar. Al principio, con pequeños accesos de hipo y quejidos; después, en aumento, un torrente de lágrimas. No se detuvo, sino que prosiguió, lenta y pesadamente, como si tiraran de ella. Ruth la siguió. Está bien, se dijo a sí misma, no le pasará nada. Pero no podía dejarla. Ni tampoco llamarla. Iba tras ella, inútilmente, presenciando una enorme agonía. Presente, pero sin que nadie supiera que lo estaba. Y por lo tanto, en lo que atañía a Angela, del todo ausente.

Pasado un rato, la niña cogió un palo. ¿Para defenderse? No. Para abrirse camino a golpes. Tan pequeña, con desesperación, segó los helechos que había a uno y otro lado.

—¡No lo conseguiré! ¡No lo conseguiré!

Pensaba que nadie la oía. Azotaba los helechos, sin dejar de avanzar a trompicones.

Y ¿adónde se dirigía? Adonde la esperaba la gobernanta escuálida, que la desdeñaba; los niños primorosos, que la pellizcaban con malicia. A veinte yardas de la casa, de la escuela, allí donde el sendero conducía en línea recta hasta la verja principal, Ruth se detuvo. Podría haber echado a correr y haberse arrodillado y abrazado a la niña, consolándola, prometiéndole todo el

amor del mundo. Podría, al menos, haberle dicho que lo sentía. Pero se detuvo, contempló cómo la niña seguía adelante, la contempló tirar el palo y ponerse de puntillas para alcanzar el pasador de la verja. Y por un instante, de manera repugnante, sintió una suerte de orgullo.

—¿Qué tal has llegado esta mañana?

—Bien.

—¿No te ha importado ir sola?

—No, no me ha importado.

—¿Irás sola mañana?

—Está bien.

Y al fin, liberada por la lástima, la ira y la vergüenza, echó a correr. Había tardado doce años. Había tardado toda la vida. Y al fin echó a correr.

CAPÍTULO 40

El tren iba vacío. Ellas eran las únicas pasajeras. Una lluvia constante caía sobre el coque y la escoria, azotaba las tornapuntas de hierro, golpeteaba el tejado acristalado de la estación. El andén parecía un embarcadero; el tren se adentró lentamente en una tierra y un cielo chorreantes de agua.

—No parece Navidad.

—No.

—Pues he de decir que me alegro.

—Sí. Yo también me alegro.

No se miraron ni se sonrieron la una a la otra.

—Phyllis Brigson ha obrado maravillas. Hasta me ha dado un poco de dinero.

—No seas tan dura con él.

—No lo soy. —Sonrió tímidamente, mirando a su madre—. Es igualito que Tony. No lo pueden remediar.

—No. Lo sé.

—Solía pensar que Tony era algo *más*. Ya sabes, que me daría la sorpresa de mi vida. Pero nunca lo hizo. Sencillamente, no había nada más. Es decir, nada.

—Y ya... ¿Y ya no te importa?

—No. Ahora ya no.

El tren se precipitaba a través de la lluvia a gran velocidad, despidiendo vapor y humo. Las señales descendían, las agujas cambiaban, desfilaban ante la ventanilla pequeñas estaciones, torrenceras de calles vacías, guirnaldas de papel en una habitación intensamente iluminada.

—¿Y a papá no le ha importado que vinieras?

—No. Es más, creo que le ha alegrado bastante. Le gusta quedarse solo con los niños.

—Sí. Lo sé. Le gusta estar con ellos.

—Se siente... seguro con ellos.

—Lo sé. ¿Crees que por eso soy diferente? Es decir, ¿porque no estabais casados?

—No. No es que tú seas diferente. Lo que pasa es que contigo fuimos diferentes, eso es todo.

—Ya. Claro. Es lógico. —Bajó la vista y se miró sus largas manos desnudas—. Yo también lo sería.

—Pero no hablemos más sobre el asunto.

—¿Por qué?

—Porque ahora... Verás, ahora es demasiado complicado.

—Está bien.

—¿Te has acordado de coger el cepillo de dientes?

—Sí. Pero me he traído tu dentífrico. Los chicos usan esa pasta verde asquerosa.

No pienses en si has hecho bien. Nada está bien. Lo peor de todo es esperar demasiado y no saber, que nadie te diga, por qué recibes tan poco. Ser fiel al amor está bien.

—No te preocupes.

—No estoy preocupada.

—Claro que sí, lo estás. No puedes culparme por haberme puesto como me puse. Cuando me lo contaste.

—Pues claro que no.

—Hiciste muy bien. De verdad que sí.

—No pensé. Es decir, no pensaba que fuera a contártelo.

—Lo sé. Por eso hiciste bien. Lo hiciste para ayudarme. Y, bueno, lo conseguiste, porque, verás...

—No hablemos de ello ahora. Por favor.

—Está bien.

Angela frotó la ventanilla para despejar un poco el vaho del cristal.

—¿Sabes dónde está la maternidad?

—Sí, me parece que sí.

—¿Estará allí Fickstein?

—No. No irá hasta esta tarde.

—¿Y qué van a hacer?

—¿Cuándo?

—Quiero decir, ¿cómo lo van a hacer?

—Solo..., solo te raspan el útero. Se llama legrado. Creo que es así como lo llaman.

—¿Duele?

—No. Te pondrán anestesia. Ni siquiera te enterarás.

Angela se quedó callada. Oh, Dios, rezó Ruth, haz que se acabe. No, no dejes que se acabe. No dejes que ella sienta que está sola. No me dejes sola. No dejes que suceda.

Después, pensó Angela, me cortaré el pelo. A lo mejor me hago la permanente. Solo las puntas.

—¿Te acuerdas de ese vestido que me dijiste que a lo mejor me regalabas por Navidad?

—¿Qué?

—Me dijiste que a lo mejor me comprabas un vestido por Navidad.

—Ah. Sí, sí.

—Bueno, pues no me importaría que me regalaras uno. Vamos, si es que no me has comprado ya otra cosa.

—Pues lo cierto es que sí que lo he hecho. —Las obras de Thomas Lovell Beddoes.

—Oh. Bueno, no tiene importancia.

—Pero te compraré el vestido también, si quieres.

—Muchísimas gracias.

Esto no está pasando. No es Nochebuena. Vamos de compras a buscar un vestido. Harrods es tan cómodo. Caro, lo sé, pero siempre me ha parecido que merece la pena. Apúntelo en mi cuenta: señora de Rex Whiting. Gracias, señora Whiting. Ahora tomaremos el té en el Silver Grill; y ya no lo haré sola, sino que seremos madre e hija, como otras madres e hijas. Vaya, fíjate

en el sombrero de esa mujer. Angela dice, venga, vamos a comprarte un sombrero nuevo. Sonreímos por encima de los sándwiches de berros, de los merengues que parecen tartas de boda...

—¿Me afeitarán? —preguntó Angela.

—¿Que si...? Oh. Sí. Digo yo que sí.

—Ojalá se hubiese acabado ya.

—Bueno, mañana a estas horas ya se habrá acabado.

—Lo sé. Mañana a estas horas estaréis todos en misa.

—¿En misa?

—Él siempre nos hace ir en Navidad, ¿no?

—Sí. Supongo. Lo había... olvidado.

—Vosotros os casasteis por la Iglesia, ¿verdad?

—Sí.

—Resulta curioso pensar que yo estaba allí. En cierto modo, ya sabes. ¿Ibas vestida de blanco y demás?

—No.

—¿Cómo ibas?

—Con una... especie de cosa de seda estampada. Un sombrero marrón.

—Qué deprimente. Por mi culpa, ¿no?

—No, no fue por tu *culpa*; mi padre..., mis padres se disgustaron mucho.

—Seguro que sí. Y no los has vuelto a ver desde entonces.

—No. Nunca han vuelto de Irlanda.

—Antes solía pensar mucho en ellos. Es decir, me preguntaba por qué no íbamos a pasar temporadas con ellos y eso. Porque las abuelas de los demás..., supongo que es por eso por lo que Phyllis Brigson tiene una. Puede que ella sea yo en realidad.

—¿Quién?

—Phyllis Brigson. Supongo que es lo más lejos a lo que una puede llegar..., irse a casa de su abuela en Lichfield.

—Lo siento.

—Oh, no lo sientas. Solo me importaba cuando no lo sabía. De verdad. Pero no quieres hablar de ello, ¿verdad?

—Sí, claro que sí, lo que pasa es que nunca he hablado de ello, y hacerlo

precisamente ahora, hoy... ¿Hemos pasado Reading?

—Hace siglos. Pero digo yo que hablarías de ello con él, ¿no?

—No.

—Pero ¿cómo se sintió él? Es decir, ¿qué sentía hacia mí?

—No sé. ¿Qué crees que sentiría Tony?

—Él no siente nada, excepto cuando quiere acostarse conmigo, o cuando está irritado, o cuando cree que no le agrada a la gente.

—Pues, entonces, ahí tienes la respuesta.

—Pero tú tuviste a Julian, y luego a Mike. O sea, ¿por qué?

—Lo de Julian fue por la guerra. Y Mike... no sé, para demostrar que nos lo podíamos permitir, en el Common todo el mundo estaba teniendo bebés. Él pensaba que Mike sería una niña.

—Esos no son motivos. Tú los querías. ¿No?

—Sí, por supuesto.

—Siempre dabas la impresión de que los querías muchísimo.

—Y lo hago. Claro que sí.

—Entonces, ¿no los tuviste para compensar de alguna manera... lo mío y todo lo demás?

—Ojalá dejaras de pensar que todo fue por tu culpa. No tuvo nada que ver contigo.

—Pero sí que lo tuvo después de nacer yo.

—Él estaba..., es difícil de explicar, estaba celoso de ellos. Él vivía en casa por entonces. Bueno, te acordarás.

—No.

—Supongo que estarías en el colegio... Mira, está dejando de llover. ¿Dónde estamos?

—¿Cómo que estaba celoso de ellos?

—Él pensaba que yo los estaba haciendo unos, no sé, unos blandos. A los niños no se les dan besos, no se los coge en brazos, los niños no lloran. Bueno, las peleas eran constantes. Todas las noches. Y los fines de semana. Fue hace muchos años. La verdad es que ya ni me acuerdo.

—Claro que te acuerdas. Así que él los mandó al internado para tenerte solo para él.

—No, no solo para él. Es decir, les tiene mucho cariño, no pienses que... Es solo que no quería que yo se lo tuviera. Una vez se marcharon, dejó de pasarlo tan mal. Dejó de pensar que yo estaba...

—Confabulando a sus espaldas. Pasándotelo mejor con ellos que con él. Dios, menudo imbécil.

—No, no lo es. No lo aborrezcas...

—No lo aborrezco. Solo opino que es un imbécil. Ahora ya me trae sin cuidado, de verdad que sí.

—Pero...

—Es la verdad. No tengo que vivir con él. Ni con Tony, a Dios gracias. Me siento..., Dios mío, me siento de maravilla.

—Me alegro.

—Oh, supongo que suena fatal. Pero es la verdad. Pobre mamá, qué mal tienes que haberlo pasado. Tendrías que haber abortado cuando te quedaste embarazada de mí, quizá habría sido lo mejor. No es que me alegre de que no lo hicieras. Aunque supongo que si no te enteras, pues lo mismo da. La verdad es que resulta bastante deprimente pensar en ello.

—Sí. Así es.

—Vaya, te he disgustado. Lo siento.

—Qué va. Ojalá fuera todo distinto.

—Bueno, cuando todo esto haya acabado lo será. Será completamente distinto. Ya verás.

—Sí... Sí, seguro que sí.

—Eso está mejor.

—Podríamos ir a algún sitio por Pascua —dijo Ruth, pasado un momento—. A algún sitio en el extranjero. Estoy convencida de que la señorita De Beer estaría encantada de venir a ocuparse de los chicos.

—Oh, está loca por ellos. Y a ellos también les gusta ella, aunque, si quieres que te diga la verdad, no entiendo por qué.

—Entonces, ¿te parece bien que lo hagamos?

—Bueno..., sí, quizá. No sé.

—Ya casi hemos llegado.

—Ya estamos. Vamos.

Se apeó del tren con su bolsa de lona; se giró para ayudar a Ruth a bajar. ¿Es que soy una anciana? Un árbol de Navidad se cernía imponente sobre el hormiguero de personas vestidas con impermeables. «*I'm dreaming —* bramaban los altavoces— *of a White Christmas...*». El taxista había colgado un ramito de muérdago encima del asiento trasero.

—Digo yo que Fickstein no celebrará la Navidad.

—No.

—Debe de parecerle una fiesta ridícula a la gente que no la celebra.

—No menos ridícula de lo que nos resulta a nosotros la Pascua judía o lo que sea.

¿De qué estamos hablando? ¿Por qué no estamos pensando en lo que va a pasar? Estamos llevando una criatura a que la maten. Yace tan quieta, escondida. No pienses así porque ya no significa nada. Esta criatura sí vivió. Y dice que se siente de maravilla. ¿Crees que podrías cogerla de la mano? Tiene que saber que me alegro.

—Sea como sea —empezó, haciendo un esfuerzo—, me alegra...

Angela se giró en redondo sobre el asiento, miró por la ventanilla trasera.

—Me encantaría un vestido como ese, el de esa tienda. Ya sabes, bastante sencillo, con escote y mangas tres cuartos. Era como de color malva.

—¿Malva?

—Anda, mira eso. —Noddys y gnomos girando con delirante precisión en un bosque de abetos en tiestos. Santa Claus, enorme como ninguno, haciendo reverencias y sonriendo y sin nada que repartir. Ángeles con trompetas mudas. Payasos sacudiéndose con una risa muda. Una iglesia con su gigantesca, profética cruz titilando de rojo, verde y morado.

—¿Ya tienes el árbol? —preguntó Angela.

—Sí, él va... Papá irá hoy a recogerlo.

—Supongo que lo decoraréis esta tarde.

—Eso espero.

—Oh, vaya. Tampoco es que me importe demasiado. Espero que los niños se lo pasen en grande.

—Estoy segura de que sí.

El taxi frenó delante de una enorme casa particular. La lluvia picaba la

gravilla, empapaba los arbustos perfectamente podados.

—¿Es aquí?

—Supongo.

Incrédulas, se apearon del vehículo y permanecieron bajo la lluvia mientras Ruth pagaba al conductor. Pasaron varios minutos antes de que alguien acudiese a contestar a la puerta.

—Buenos días, ¿qué desean?

—Buenos días. Traía a mi..., a la señorita Whiting.

—Ah, sí. La paciente del doctor Fickstein. ¿Quieren pasar?

El vestíbulo era de estilo Tudor, decorado con campanas y bolas y estrellas de papel. Un pulcro y rutilante fuego se consumía en la ornamentada chimenea. Había un libro de visitas y un árbol de Navidad artificial. La enfermera se ausentó. El silencio era absoluto.

—Creo que está vacía —susurró Angela—. Eso o están todas muertas.

—Parece bastante agradable.

—Pensaba que habría cuñas y esas cosas. Ya sabes. Desinfectante.

Era imposible susurrar en aquel silencio. Se arrellanaron en sus sillas tapizadas. De súbito, Angela se echó hacia delante.

—¿Y el dinero?

—No te preocupes. Lo tengo.

—Pero ¿cómo? ¿De dónde lo has sacado?

—Iba a marcharme a Antibes de viaje —dijo Ruth—. Él me dio doscientas libras.

—Pero ¿no quiere que se las devuelvas?

—Fueron un regalo.

—¿Y no va a preguntar por ellas?

—Claro que sí. —Ruth esbozó una sonrisa fugaz. Pareció que las dos oían el remoto sonido de los gritos de Rex, débil, tan carente de importancia como los berridos del hijo de otra persona—. Pero ya sabes —dijo—, no tengo remedio cuando se trata de dinero. No tengo remedio.

Angela dijo: «Oh...», a la vez que se inclinaba hacia ella con lástima, repentinamente avergonzada. Una mujer canosa de mirada incierta bajó corriendo las escaleras, con la mano extendida como para darles la

bienvenida a una entrega de premios. Angela se puso en pie.

—¿Señorita Whiting? —preguntó la mujer—. ¿Señora Whiting? Qué día tan desapacible.

Ella sabe a qué hemos venido, advirtió Ruth, con prontitud, injustificadamente protectora. No te fíes de ella. No te quedes con ella. Marchémonos.

Pero Angela, con deferencia y buenos modales, le estaba estrechando la mano. Parecía perfectamente cómoda.

—Soy la señorita Holliwell. Y, ahora, si quieres seguirme con tu bolsa, cielo...

—Sí, señorita Holliwell. —Empezó a subir las escaleras detrás de la mujer. Ruth se apresuró a seguirlas.

Ascendían. Se dirigían al ático. «Angela», llamó Ruth sin emitir sonido alguno. «Vuelve.»

—A veces —jadeó la señorita Holliwell—, cuando tengo que subir corriendo estas escaleras para ir al paritorio, pienso que no lo conseguiré. Lamentablemente no podemos poner un ascensor debido a la construcción de... —Claudicó. Prosiguieron lenta y pesadamente en fila india. La lluvia batía contra un tragaluz—. Y aquí tienes tu habitación, cielo. Es agradable y está cerca del quirófano. Creo que estarás a gusto.

Un armario oscuro, una ventana resquebrajada con vistas a un muro de ladrillo. Una cama de hierro. La pintura desconchada. Manchas pardas en el lavamanos. «No», gritó Ruth.

—Muy bien —dijo Angela—. Gracias.

—Yo me iría metiendo en la cama. Una enfermera te traerá algo para almorzar a las doce y media.

—¿Y va a subir todas esas escaleras? —preguntó Ruth fuera de sí.

Tanto Angela como la señorita Holliwell se la quedaron mirando.

—Por supuesto —dijo la señorita Holliwell.

—¿Hay timbre? ¿Tiene un timbre?

—No funciona. Los electricistas se están ocupando de ello.

—Y ¿qué pasa si necesita algo?

—Siempre hay una enfermera de guardia.

—¿Aquí arriba? ¿En todo momento?

—Oh, venga, mamá —dijo Angela—. Estaré bien.

—¿Hay teléfono?

Angela suspiró, desalentada.

—No —dijo la señorita Holliwell—, me temo que no. Esta habitación no suele estar en uso, pero dado que estamos al completo y que el doctor Fickstein dijo que era urgente...

—Sí —dijo Ruth—. Entiendo. —Se sentó en el borde de la cama. Los muelles emitieron un quejido.

—El doctor Fickstein llegará hacia las nueve de la noche —la señorita Holliwell se dirigió directamente a Angela—. Así que hoy puedes tomarte el día con tranquilidad, ¿vale? Habrás traído lectura de sobra, supongo.

—¿Tan tarde? —preguntó Ruth, aunque sin demasiadas esperanzas.

—El quirófano está ocupado durante todo el día, señora Whiting. Tenemos a tres madres de parto a la vez. Debemos esperar a que las tengamos a las tres bien recogiditas. Es una cuestión de prioridades.

Me está diciendo que el paritorio hace las veces de quirófano. Todo junto y revuelto en el mismo... Levantó la vista, miró a Angela presa de la desesperación. Ella estaba abriendo la cremallera de su bolsa.

—Pues bien —dijo la señorita Holliwell—, yo tengo que volver con mis bebés. Te veré esta tarde, cielo.

—Sí, señorita Holliwell.

En el silencio, Angela sacó su neceser y sus zapatillas. No la estoy ayudando, pensó Ruth. He hecho lo mismo tantas otras veces. Te levantas y dices de sopetón: «Bueno, cariño, antes de que nos demos cuenta ya estaremos contigo otra vez». Dices: «Bueno, ahora tengo que marcharme». Y pones cara de tener algún sitio al que ir. No lloras ni te demoras ni dices: «Vuelve. No te quedes aquí». Te levantas —así— y sonríes —así— y te aclaras el nudo de la garganta con una ridícula tosecilla nerviosa.

—Bueno, cariño..., será mejor que me ponga en marcha.

—Sí.

—Llamaré por teléfono esta noche para ver qué tal estás.

—Oh, no te molestes.

—Y te esperamos en casa el viernes.

—Sí.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí, gracias.

—Bueno, pues...

—No lo entiendes —dijo Angela con ternura—. *Quiero* hacer esto. Estoy contenta. Piénsalo, mañana me despertaré y todo habrá terminado. Estoy impaciente. Estoy *contenta*. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijo Ruth—. Pues adiós, entonces.

Le tendió sus brazos. La criatura la empequeñeció. Y a continuación ya estaba bajando apresuradamente las escaleras, recorriendo apresuradamente la calle mojada, doblando las esquinas, desembocando en otras calles, la lluvia abofeteando su cara, las calles conduciéndola a algún lugar, tenían que conducir a algún lugar.

¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? No qué voy a hacer, sino, Dios mío, ¿qué he hecho?

CAPÍTULO 41

—**D**igo yo —dijo el revisor— que no nos habría venido mal esto en Navidad.

Más allá de la entrada de la estación, una dócil e inofensiva ventisca formaba remolinos de nieve.

—No —dijo Ruth, extendiendo su mano enguantada—. No nos habría venido nada mal.

—¿Los señoritos han cogido bien el tren?

—Oh, sí, gracias.

—Creo que este es el quinto año que los veo partir. Qué rápido crecen, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

—Supongo que al principio se le hará raro no tenerlos en casa, ¿verdad?

—Sí, así es.

Equilibró el montón de paquetes que llevaba encima y echó a andar hacia la entrada de la estación. Vaciló un momento cuando se encontró cara a cara con la nieve, de pie en el mismísimo borde de esta.

—¿No irá a conducir con este tiempo, verdad, señora Whiting?

Levantó la vista. Un paquete resbaló y ella lo atrapó con torpeza. Rackworth tenía el aspecto de un adusto trampero. Parecía sinceramente preocupado, se diría que como si se la hubiese encontrado dando tumbos en medio del Ártico.

—Oh, sí. Tampoco es para tanto, la verdad.

—Solo he venido a despedir a unos amigos. La acercaré a casa si no le importa esperar unos minutos.

—No, gracias. Puedo arreglármelas perfectamente, gracias.

—Supongo que Angela ha vuelto a Oxford, ¿no es así?

—Sí, se marchó ayer.

—Es una chica muy inteligente. —Sonrió con ternura entre el cuello de piel y la gorra con visera—. Hemos disfrutado mucho de su compañía las dos últimas semanas.

—Espero —dijo con un hilo de voz, descontrolada, agarrando un paquete al vuelo—, espero que no haya sido un estorbo.

—¿Quiere decir que espera que no haya roto nada ni que se haya hecho pis en la alfombra? —Rio con pesar, mirándola como si ella fuera una equivocación—. No, no lo ha sido en absoluto. Es una chica muy inteligente. Nos encantó verla.

No había más que decir. Los viajeros pasaban de largo, renqueantes, los sombreros calados hasta los ojos, los cuellos levantados, los hombros caídos como la última fase de una retirada.

—Bueno —dijo Ruth—, tengo que...

—Me ha contado que va a buscarse un empleo para las próximas vacaciones. Si no lo encuentra, puede venir a vernos cuando quiera.

—Gracias, pero creo —era la primera noticia que tenía sobre el asunto—, creo que conseguiré un empleo. Adiós, señor Rackworth.

El coche estaba cubierto de nieve, un bulto informe en medio del aparcamiento desierto. Rascó la nieve del parabrisas y de las ventanillas con ambas manos. Cuando se subió al coche, se echó el aliento en las manos, se las retorció, intentó secárselas en el abrigo. Mientras hacía girar el coche, cautelosa, con su cargamento de nieve, el Jaguar la adelantó y se alejó ronroneando, se convirtió en una pequeña señal roja y desapareció.

Al principio, la oscuridad y la nieve fueron los únicos problemas que atrajeron toda su atención. Iba sentada muy tiesa, escudriñando, a través de un semicírculo de cristal, un futuro irreconocible; hacía girar el volante, al que se aferraba con fuerza, de aquí para allá, con el fin de seguir un trazado que recordaba. Más tarde, cuando encendió los faros y empezó a ascender la angosta carretera a través del bosque, se relajó un poco en el asiento, volvió a echarse el aliento en las manos. El aire caliente, húmedo de la calefacción le

derretía la piel. Los limpiaparabrisas zumbaban, hipnóticos como un par de metrónomos.

Conducirás hasta casa. Será invierno. Serás más vieja.

Se acabó, se dijo a sí misma. Se han marchado todos. Conduces a casa, es invierno y eres más vieja.

¿Durante cuánto tiempo creyó que sería distinto? ¿Una semana? Enrollando el espumillón, doblando el papel de regalo, cantando en la iglesia, la cristalina voz de soprano de Mike y el destello santurrón en su ojo; el niño estaba muerto, pero Angela estaba viva. Había vuelto al principio, y Angela era suya. Por fin la quiero, y ella confía en mí, y yo estoy perdonada. Irguió la cabeza y cantó con su vocecilla desafinada. Cuando Rex la miraba, ella sonreía, obligándole a mirarla otra vez para averiguar quién era la que se escondía debajo del sombrero de los domingos.

¿Una semana? Ni siquiera eso. A Angela la esperaban sus regalos de Navidad cuando regresó a casa; un árbol para ella sola, porque se lo había perdido. Los niños, Rex incluso, estaban contagiados de felicidad, necesitados de una bienvenida por todo lo alto. La recibieron a su regreso de Phyllis Brigson y Lichfield como si hubiese ganado un premio extraordinario. Su aspecto era el mismo que si hubiese ganado un premio: pálida, cansada, pero radiante. Angela se mostraba alegre en contadas ocasiones. Nunca había estado radiante. Rex dio por hecho que se debía al aire puro. No dejaba de mirarla, y cuando ella se percataba, sonreía. Él dio por hecho, después de pensárselo mejor, que estaba enamorada.

Está aliviada, se dijo Ruth. Claro. Eso es todo. Aguardó a que Angela le hablase; aguardó a hacer planes. Aguardó, pero los días pasaron volando, casi nunca estaban a solas. Y cuando lo estaban, conversaban sobre la ropa nueva de Angela, el peinado de Angela... y entonces, ligera, rauda, casi grácil, se marchaba. Pasó días enteros con Julian y Mike fuera de casa.

—¿Dónde habéis estado?

—En el tractor.

—¿Qué tractor?

—En Bankside. Es una de las granjas de Ralph.

—¿Y Angela qué ha hecho?

—Oh, ella ha vuelto a casa de Ralph para almorzar.

—¿Y vosotros no habéis ido?

—No, nos dieron algunos de sus sándwiches. Oye, ¿sabes que la ha dejado conducir su Jag?

—¿A quién? ¿A *Angela*?

No es que evitase a Ruth, pero siempre estaba a punto de marcharse a algún sitio; la acariciaba, le sonreía al pasar, pero siempre de camino. No es que me evite, pensaba Ruth. Es como si hubiese dejado de reparar en mí. Me atraviesa, no me rodea. Como si para ella —lo que por supuesto no es verdad— yo ya no existiese.

Pero lo cierto es que yo no he hecho sino empezar a existir.

Como si —lo que por supuesto es absurdo— se hubiese hecho adulta.

Pero lo cierto es que ella no ha hecho sino empezar a ser una niña.

Luego *Angela* se marchó. No había ocurrido nada. No se había producido ningún incidente, ninguna súbita revelación. Llegó el momento de regresar, y lo hizo, acompañada de un joven que vino a recogerla en un Morris Minor con «*Betsy II*» pintado en el capó; un joven anodino, silencioso, con gafas sin montura, llamado Jack.

Pero en esta ocasión, por primera vez, ella llevaba equipaje. Su habitación quedó despojada de todo: fotografías, adornos, cojines, incluso la papelería había desaparecido. Ella se había llevado toda su ropa y solo había dejado atrás el jersey de estudiante de medicina y la falda con el imperdible prendido inextricablemente al *tweed* deshilachado.

De hecho, se había mudado. Se había marchado con la misma discreción y determinación con las que habría abandonado un hotel en el que hubiera pasado una larga noche de infancia.

No fue hasta que se hubo ido cuando Ruth cayó realmente en la cuenta. Tenía la mano aún levantada, aunque ellos no le decían adiós; sus labios articulaban aún un «Hasta pronto», aunque ellos miraban al frente y ya se habían olvidado. Esta vez ya no regresaría jamás.

No había espacio donde encajar un amor tardío, una pequeña parcela de humanidad conquistada penosamente. Una mujercilla quisquillosa con demasiados paquetes que conducía correcta y cuidadosamente hacia su hogar,

un mundo vacío, reduciendo la velocidad en los cruces, indicando meticulosamente los giros a izquierda y a derecha en la oscuridad que la seguía y a la que se aproximaba de frente. ¿Qué quedaba?

Rex. Le quedaba Rex. Incluso la señorita De Beer se había marchado, dejando cuatro horquillas sobre el tocador y un calendario litúrgico. Pero Rex seguía allí.

Estaba terriblemente resfriado. Pensaba que se iba a morir.

El mundo estaba vacío. Pero diminuta, ínfimamente colérica, la figura de Rex, como una cabeza de alfiler, resistía; el único superviviente. Rex estornudando con una terrible fuerza diminuta. Rex haciendo gárgaras para proteger su garganta. Rex sonándose la nariz. Rex tomándose el pulso y la temperatura. Rex sufriendo.

Trató de alegrarse de que Rex fuera a estar allí. Trató de preocuparse de si habría empeorado, o mejorado, de si estaría lo bastante abrigado, de si contaría con una provisión suficiente de pañuelos. En el transcurso de los próximos minutos, muy pocos, ella tenía que recorrer una inmensa distancia, desde sí misma hasta Rex: desde su propia desolación al resfriado de Rex.

Debía prepararse para ello de algún modo, defenderse de algún modo. No podía enfrentarse a él así, sobria, sin argucias, sin otra cosa en mente que la verdad.

¿No hay algún juego al que pudiese jugar? Fingir que estoy...

No, no hay nada.

¿Y si fuera a casa de los Tanner? Charlar sobre el divorcio de Robert y las muelas de Baby y el rumor de que Meg Wilmington-Smith por fin está embarazada...

No. Se acabó. No puedes volver. Solo puedes seguir hasta el final, que no es otro que esta verja, esta pradera blanca con los muñecos de nieve de ayer plantados en la oscuridad.

Sí. Supongo que sí. Supongo que sí. Y, aun así...

Detuvo el coche en el garaje, apagó el motor. Los faros resplandecían sobre las bicicletas tiradas contra la pared. La nieve se precipitaba, con un ruido sordo, desde el tejado del garaje.

Y, aun así, ¿por qué? ¿Por qué he de volver?

Empiezas a confundirte otra vez.
Soy libre. No tengo que salir de este coche. No tengo que volver.
Te estás confundiendo con Angela otra vez. Es Angela la que es libre. Ella no le debe nada a nadie.
Ni yo.
Entonces, demuéstalo. Solo tienes que girar la llave.
Pero ¿adónde iré?
A otro sueño, a otro escondrijo.
Pero los sueños se han esfumado todos. Los escondrijos ya no están ahí.
Pues tendrás que vivir sin ellos.
Y ¿pagar? ¿Pagar por todo?
Por fin. De corazón, por todo.
Se dejó caer contra el volante, la cabeza sobre los brazos. No tenía nobleza, y muy poco valor. Insuficiente, corriente, de todo menos joven, la carga de las consecuencias era demasiado onerosa. La aplastaba.
Por favor, déjame descansar. Deja que me quede aquí para siempre. Déjame descansar.
Era la última evasión, una plegaria no atendida, imposible de atender. La nieve resbalaba y caía. Los muñecos de nieve se tambaleaban, se escurrían silenciosamente al suelo.
Finalmente se incorporó. Se atusó el pelo. Recogió uno a uno sus paquetes, el sombrero y los guantes, su insignificante armadura. Sorteando las bicicletas abandonadas al descuido, las botas de agua, entró en la casa.

Índice

PORTADA

PAPÁ SE HA IDO DE CAZA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

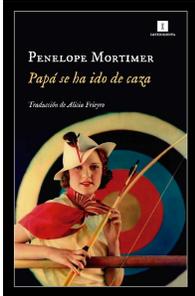
ÍNDICE

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE PENELOPE MORTIMER

CRÉDITOS

Papá se ha ido de caza



En la urbanización donde vive Ruth Whiting, las esposas se ajustan a un código de vestimenta, dirigen sus casas en la misma línea aburrida y prosaica, crían a sus hijos de la misma forma; todas prefieren el café al té, todas conducen coches, juegan al bridge, poseen al menos una pieza de joyería valiosa y son moderadamente atractivas. Sin embargo, Ruth se está volviendo loca. O, para decirlo de un modo políticamente correcto, acaba de sufrir «un leve ataque de nervios». Pero la realidad es mucho menos dulce. Ruth se está volviendo loca porque su vida la está matando y su locura se ve agravada por la indiferencia de todos los que la rodean. Y entonces ocurre lo inesperado: su hija universitaria se queda embarazada de un compañero que es estúpido, y Ruth se ve enfrentada a sus peores miedos.

Penelope Mortimer

Nació en 1918 Gales. Su padre fue un clérigo anglicano que había perdido su fe. En 1937 se casó con un corresponsal de Reuters con el que tendría dos hijas. Tuvo, además, otras dos hijas más, de dos hombres distintos. En 1949 Penelope conoció al escritor John Mortimer, mujeriego reconocido, con el que se casaría. Con él tendría un hijo y una hija. A estas alturas, Penelope era ya madre de seis hijos de cuatro padres diferentes. Tras quedar embarazada de nuevo, su marido la obligó a esterilizarse. Entre sus novelas destacan *The Bright Prison* (1956), *Daddy's Gone A-Hunting* (1958) y *El devorador de calabazas* (1962), adaptada al cine con guión de Harold Pinter. La pareja se divorciaría en 1971. Penelope Mortimer moriría de cáncer a los 81 años.

Título original: *Daddy's Gone A-Hunting*

Edición en ebook: mayo de 2018

Copyright © The Estate of Penelope Mortimer, 1958

Copyright de la traducción © Alicia Frieyro, 2018

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Gabriel Regueiro

Corrección: Ane Zulaika y Virginia de Castro

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 9788417115685

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.